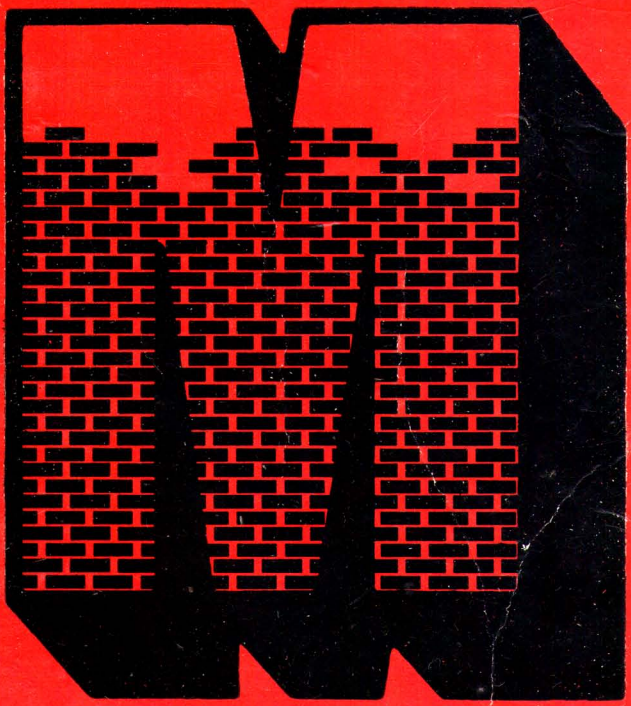
Daniel Guerin

PARA UN MARXISMO LIBERTARIO



Proyección

PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

DANIEL GUERIN

PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

PROYECCIÓN - BUENOS AIRES

Título de la obra en francés:
Pour un marxisme libertaire

Editor:
Robert Laffont

Traducción:
TEODORO LECMAN

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

© editorial proyección
Yapeyú 821
Buenos Aires

1. POR QUÉ "MARXISTA LIBERTARIO"

Mi formación es marxista antistalinista*; hace ya tiempo, sin embargo, me atreví a sondear las riquezas del pensamiento libertario, pensamiento siempre vivo y actual si previamente se lo despoja de algunos infantilismos, utopías y romanticismos, tan antiguos como faltos de utilidad.*

De ahí se deriva el malentendido, casi inevitable, agudizado empero por cierta mala fe de mis contradictores. Los marxistas se encargaron de darme la espalda por "anarquista" y los anarquistas, por el hecho de mi marxismo, no siempre quisieron verme como uno de los suyos.

Un joven marxista, neófito y por lo tanto sectario, creyo ver asimismo en el propósito de este libro el alivio de una "conciencia desgarrada", que estaría rebotando desesperadamente del marxismo al anarquismo. Pero es sin el menor desgarramiento ni la menor vacilación, y sin preocupación alguna por mi comodidad intelectual personal, que creo en la necesidad como en la practicabilidad de una síntesis entre marxismo y anarquismo.

Un diario obrero, de inspiración trotskista*, y dicho sea de paso de alta calidad, aseguraba recientemente que yo había pasado del marxismo al anarquismo. A esta inexactitud, surgida de una necesidad primaria de catalogar a todo el mundo, contesté diciendo que aportaba "una contribución a la búsqueda de una síntesis entre marxismo y anarquismo,*

síntesis que desde mayo de 1968 se ha trasladado del terreno de las ideas al de la acción".

Sin embargo, tenía que encontrar una denominación, ya que para poder comunicarse, cada uno debe hacerse reconocer por una etiqueta. La de "socialista libertario", que me había rotulado durante diez años ya no me parecía apropiada, porque existen "socialismos" de toda clase, yendo del reformismo social-demócrata al comunismo "revisionista" y a un humanismo adulterado; en resumen, porque la palabra "socialismo" pertenece a la categoría de las palabras manoseadas.

Unos estudiantes italianos, con los que fui a discutir acerca del marxismo y el anarquismo en general, y de la autogestión en particular, me suministraron la etiqueta: estos jóvenes se decían corrientemente marxistas libertarios. A decir verdad este no es ningún descubrimiento: los contestatarios de Mayo en Francia, con las banderas rojas y negras mezcladas, aun sin saberlo ni decirlo, ya eran marxistas libertarios.

De ahí proviene el título del presente trabajo. En él se encuentran reunidos cierto número de textos, muy variados en cuanto al tema y la época de redacción, pero conformando todos, por diversas vías, una aproximación al marxismo libertario.

Mi pequeño trabajo de divulgación publicado bajo el título de El anarquismo *pudo haber creado un doble malentendido: el que haya unido todas las ideas allí expuestas a título puramente informativo o, igualmente, el que me haya mostrado inapto para extraer de aquel resumen una síntesis propia, válida tanto para el presente como para el futuro. Suposición dos veces inexacta, ya que me eclipsé frente al tema por propia voluntad. En el presente libro, sobre todo en la conclusión, trato de volar con mis propias alas, por mi cuenta y riesgo.*

Los materiales presentados aquí al lector están ordenados por la fecha de redacción, si bien algunos han tenido que

sufrir retoques mínimos para poder introducir en el estilo una concordancia temporal con respecto al presente.
La Revolución que está ascendiendo será —ya lo es— marxista libertaria.

Mayo de 1969.

2. HERMANOS GEMELOS; HERMANOS ENEMIGOS

El mundo editorial da pruebas en todas partes de la actualidad del anarquismo. En Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Holanda, América del Sur, estos últimos tiempos en todos lados han aparecido trabajos de conjunto sobre el anarquismo, como selecciones de textos y monografías de los grandes pensadores libertarios.

¿Por qué este renacimiento?

En primer lugar, porque se busca reparar una injusticia; un pensamiento tan fecundo, tan original, no debería haber caído en el olvido, se lo requiere rescatar. Luego, porque se han dado cuenta que el anarquismo como doctrina de reconstrucción social está siempre vivo. Ciertamente no cuenta con muchos voceros en el mundo de hoy, pero sus más valiosas ideas han sobrevivido mejor que sus partidarios.

Globalmente, el anarquismo permanece actual en dos planos:

Desde el primer momento, hace ya un siglo, percibió y denunció de manera profética los riesgos de la desviación autoritaria y dictatorial del marxismo, fundada en un Estado todopoderoso, dirigido por una minoría que pretende monopolizar la ciencia del devenir histórico.

A esta falsificación del socialismo contra la cual puso en guardia por anticipado, opuso de inmediato otro socia-

lismo que yo llamaría libertario, basado en nociones inversas, propulsado de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, haciendo un llamado a la iniciativa creadora del individuo, a la participación espontánea de las grandes masas.

Hoy en día los graves inconvenientes del primer tipo de "socialismo" son experimentados hasta en los países que lo habían erigido en dogma. En el plano de la producción se percibe que es muy mediocremente rentable. Y para corregir los excesos, como en Yugoslavia, se colocan, sin saberlo y sin proclamarlo, en la escuela de Proudhon.

El anarquismo es inseparable del marxismo. Oponerlos es plantear un falso problema; su querella es una querella de familia. Veo en ellos a dos hermanos gemelos arrastrados a una disputa aberrante que los ha hecho hermanos enemigos.

Forman dos variantes, estrechamente emparentadas, de un solo y mismo socialismo.

Además, el origen es común. Los ideólogos que los engendraron hallaron su inspiración simultáneamente, ante todo, en la gran Revolución Francesa; luego, en el esfuerzo emprendido por los trabajadores en el siglo XIX —en Francia a partir de 1840—, con miras a emanciparse de todos los yugos.

La estrategia a largo plazo, el objetivo final, es, en resumidas cuentas, idéntico. Se proponen voltear al capitalismo, abolir el Estado, deshacerse de todo tutor, confiar la riqueza social a los trabajadores mismos.

No están en desacuerdo más que en algunos medios para llegar a ello, ni siquiera en todos. Hay zonas de pensamiento libertario en la obra de Marx como en la de Lenin, y Bakunin, traductor al ruso de *El capital*, le debe mucho a Marx.

El desacuerdo de hace un siglo giraba principalmente en torno al ritmo de disolución del Estado tras el estallido de una revolución, en torno al papel de las minorías (¿conscientes o dirigentes?), y también en torno al uso de los

medios de la democracia burguesa (sufragio universal, etc.). A éstos se han agregado un cierto número de malentendidos, prejuicios y cambios de palabras.

Pero la brecha entre anarquismo y marxismo no se convirtió ciertamente en abismo sino al principio de nuestro siglo, es decir, cuando la Revolución Rusa, libertaria y soviética, en octubre de 1917 tuvo que ceder lugar poco a poco a un formidable aparato estatal, dictatorial y policíaco. El anarquismo, la idea anarquista, fueron liquidados en Rusia como lo fueron los soviets mismos.

Es desde aquella época que los puentes han estado levantados entre los dos hermanos. Creo que la tarea de los verdaderos socialistas de nuestro tiempo debería ser restablecerlos; el socialismo, algo desacreditado, todavía podría regenerarse si se lograra inyectar, en los marxismos del presente, una buena dosis de suero anarquista.

¿En qué nos ofrece el anarquismo elementos utilizables para la construcción de la futura sociedad socialista?

Desde un primer instante, con Proudhon, el anarquismo se hace defensor de la asociación obrera, llamada en nuestros días autogestión.

Los libertarios no quieren la gestión económica por el capitalismo privado. Igualmente rechazan la gestión por el Estado, pues la revolución proletaria quedaría a sus ojos vacía de todo contenido si los trabajadores cayesen bajo la férula de nuevos tiranos: los burócratas.

La autogestión es la democracia obrera en la fábrica. El trabajador se desdobla: es a la vez productor confinado en su especialidad y cogestor de la empresa. Cesa así de estar alienado; escapa a la condición de asalariado; recibe su parte de los beneficios de la empresa.

Pero lo que se tiene en vista no es instaurar una especie de patronato colectivo, impregnado de una mentalidad egoísta. Sería indispensable que todas las empresas autogestionadas fueran solidarias, interdependientes; su único objetivo debería ser el interés general; tendrían que con-

formarse con un plan de conjunto. Esta planificación no sería burocrática, como en el comunismo de Estado, sino animada de abajo hacia arriba, regulada en común por los delegados de las diversas unidades de producción.

Otro elemento constructivo del anarquismo es el federalismo.

La idea de la federación no nació en el cerebro de un teórico. Proudhon no hizo más que tomar la experiencia de la Revolución Francesa, donde había germinado espontáneamente. En efecto: en el vacío creado por el desmoronamiento del antiguo Estado absolutista, las municipalidades, federándose, habían intentado reconstituir por la base la unidad nacional. La fiesta de la Federación del 14 de julio de 1790 había sido la de la unidad voluntaria, una unidad contrariamente más sólida que la impuesta por la buena gana del Príncipe.

El federalismo proudhoniano es la unidad sin coerción, vale decir, un pacto libremente consentido, constantemente revocable entre los diversos grupos de base, lo mismo sobre el plano económico que sobre el plano administrativo. Esta federación piramidal que se anuda localmente, regionalmente, nacionalmente, en verdad internacionalmente, asocia a la vez entre ellas a las empresas autogestionadas y a las comunas autónomas.

Nunca se recordará lo suficiente que las ideas de Lenin sobre la cuestión nacional —es decir, la libre determinación y el derecho de separación— están tomadas del anarquismo. Del mismo modo la república de los soviets fue en su origen una república federativa; hoy no lo es más que en los papeles.

Un tercer elemento que completa el edificio y que el anarquismo agregó más tarde a los dos primeros, es el sindicalismo revolucionario. Para asegurar la solidaridad y la interdependencia de las empresas autogestionadas, al mismo tiempo que para animar las comunas —unidades primarias de administración— haría falta un organismo emanado directamente de la clase obrera que englobase y con-

jugase las diversas actividades, estructurado él mismo de modo federativo: tal es el papel devuelto a los sindicatos; en la sociedad capitalista simples órganos de reivindicación y de protesta; en la sociedad socialista uniendo a esta función primaria de defensa de los trabajadores, un papel de coordinación, estructuración, estimulación y educación (para el que deberán prepararse por anticipado). Gracias a un sindicalismo obrero poderoso —claro está que con la condición de haberlo desburocratizado previamente— la indispensable unidad del conjunto podría quedar asegurada sin necesidad de resucitar los engranajes estatales. En la Cataluña anarcosindicalista de 1936 el "municipio", es decir, la comuna, y la unión local de los sindicatos, constituían una unidad. La C.N.T. tendía a confundirse con la República.

Sólo bajo la suposición que la podredumbre y la burocratización del sindicalismo fuesen irremediables, se tendría que hacer tabla rasa, y la necesaria coordinación de las empresas autogestionadas debería ser asegurada por un organismo de un carácter enteramente nuevo: una federación de consejos obreros nacida de los comités de huelga que agrupara a sindicados y a no sindicados.

El anarquismo fue por largo tiempo una simple doctrina sin posibilidad de aplicación. Después, en el curso del presente siglo, sufrió la prueba de la práctica revolucionaria, especialmente durante la revolución rusa y la revolución española.

Así, por ejemplo, el inolvidable episodio de los campesinos libertarios del sur de Ucrania, impulsados por uno de ellos, Néstor Makhno, practicando la guerrilla revolucionaria, llevando a la derrota, mejor que el Ejército Rojo, a los ejércitos blancos intervencionistas de Denikin y de Wrangel, creando soviets libres en una época en que los soviets ya estaban domesticados por el Estado bolchevique, entrando en conflicto con los comisarios instalados en el campo por el gobierno central; destrozados finalmente por un Ejército Rojo al servicio de un Estado cada vez más dictatorial.

Hay otro episodio que me parece particularmente esclarecedor: el de la revuelta de los marineros de Kronstadt, en 1921. Estos insurrectos eran revolucionarios auténticos. En 1917 habían sido la vanguardia en el combate por la revolución comunista. Además estaban estrechamente ligados con la clase obrera, con las fábricas de Petrogrado, por ese entonces el más importante centro industrial de Rusia. Pero osaron entrar en disputa con el poder bolchevique: le reprochaban al Partido Comunista el haberse alejado de las masas, el haber perdido la confianza de los obreros, el haberse vuelto burocrático. Denunciaban la domesticación de los soviets, la estatización de los sindicatos. Acometieron contra la máquina policial omnipotente que pesaba sobre el pueblo e imponía la ley por medio de los fusilamientos y la práctica del terror. Protestaban contra un duro capitalismo de Estado en el que los obreros, del mismo modo que antes, no eran más que simples asalariados y explotados. Reclamaban el restablecimiento de la democracia soviética, elecciones libres en todos los niveles. De este modo, mucho antes que comenzase el reinado de Stalin, hombres del pueblo ya denunciaban con letras de fuego el acaparamiento de la Revolución de Octubre por el comunismo de Estado.

La revolución española, a pesar de las circunstancias trágicas de una guerra civil prontamente agravada por la intervención extranjera, mostró por sí misma el notable éxito de la autogestión tanto en la ciudad como en el campo, y también la búsqueda por los libertarios de una conciliación entre los principios anarquistas y las necesidades de la guerra revolucionaria a través de una disciplina militar sin jerarquía ni grados, libremente consentida, practicada y simbolizada a la vez por un gran soldado anarquista, Durruti.

El anarquismo valora antes que nada al individuo. Es partiendo del individuo libre que se propone edificar una sociedad libre. Aquí reaparece el principio federalista. El individuo es libre de asociarse o de no asociarse, siempre está libre para desprenderse de la asociación. A los ojos

de los anarquistas un pacto así es sólido y fecundo en un sentido diferente del pretendido contrato social de Jean Jacques Rousseau, en donde los libertarios no ven más que impostura y coerción social.

El individuo no es un medio sino el objetivo final de la sociedad. El anarquista entiende ayudar al individuo a desarrollarse plenamente, a cultivar y desplegar todas sus fuerzas creadoras. Finalmente, la sociedad obtiene tanto provecho como el individuo, puesto que no está más formada por seres pasivos, serviles, hijos del sí-sí, sino que es una suma de fuerzas libres, un conglomerado de energías individuales.

De este postulado de libertad se desprende todo el humanismo anarquista, su rechazo de la autoridad religiosa como del puritanismo en las costumbres. En este último terreno de la libertad sexual, los anarquistas, mucho antes que Freud, los racionalistas a la René Guyon, los existencialistas y los situacionistas, figuraron como pioneros.

Ingresando en las fuentes del anarquismo el marxismo de hoy puede salir limpio de sus pústulas y regenerado.

1966.

3. UN PROCESO EN REHABILITACIÓN

El anarquismo fue víctima de un descrédito que no merecía.

De una injusticia que se manifestó en tres formas:

En primer lugar, sus difamadores sostienen que el anarquismo habría muerto. No habría resistido las grandes pruebas revolucionarias de nuestro tiempo: la Revolución Rusa, la Revolución Española. No conservaría más su lugar en el mundo moderno, caracterizado por la centralización, las grandes unidades políticas y económicas, la concepción totalitaria. Según la expresión de Víctor Serge, a los anarquis-

tas no les quedaría más que "retomar, por la fuerza de las cosas, el marxismo revolucionario".[1]

Además, sus detractores nos proponen, para desacreditarlo mejor, una visión absolutamente tendenciosa de su doctrina. El anarquismo sería esencialmente individualista, particularista, rebelde a toda forma de organización. Apuntaría al fraccionamiento, al desmenuzamiento, al repliegue sobre sí mismas de las unidades locales de administración y de producción. Sería inapto para la unidad, para la centralización, para la planificación. Tendría nostalgias de la "edad de oro". Tendería a resucitar formas perimidas de sociedad; pecaría de un optimismo infantil; su "idealismo" no tendría en cuenta las sólidas realidades de la infraestructura material.

Finalmente, varios de sus comentaristas se toman el cuidado de no dejar en el olvido, de no librar a una ruidosa publicidad sino sus desviaciones más discutibles y, en todo caso, las menos actuales, tales como el terrorismo, el atentado individual, la propaganda por medio de explosivos.

Reabriendo el proceso no intento únicamente reparar en forma retrospectiva una triple injusticia, ni hacer gala de erudición. Me parece efectivamente que las ideas constructivas de la "anarquía" siempre están vivas, que pueden, con tal de ser reexaminadas y filtradas, ayudar al pensamiento socialista contemporáneo a retomar impulso.

El anarquismo del siglo XIX se distingue netamente del anarquismo del siglo XX. El anarquismo del siglo XIX es esencialmente doctrinario. Aunque Proudhon haya estado más o menos integrado en la revolución de 1848, y los discípulos de Bakunin no hayan sido totalmente extraños a la Comuna de París, estas dos revoluciones del siglo XIX no fueron en su esencia revoluciones libertarias, sino más bien, en cierto modo, revoluciones "jacobinas". El siglo XX, por el contrario, es para los anarquistas el de la práctica revolucionaria. Desempeñaron un papel activo en las dos

1. Nota al pie de página de Joaquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, 1933.

revoluciones rusas y más aún en la Revolución Española.

El estudio de la auténtica doctrina anarquista tal como se formó en el siglo XIX, pone al descubierto que la Anarquía no es ni la desorganización, ni el desorden, ni el desmenuzamiento, sino la búsqueda de la verdadera organización, de la verdadera unidad, del verdadero orden, de la verdadera centralización, que no pueden residir ni en la autoridad, ni en la coerción, ni en una fuerza ejercida de arriba hacia abajo, sino en la asociación libre, espontánea, federalista, remontando desde lo bajo hacia lo alto. En cuanto al estudio de las revoluciones de Rusia y España y del papel que allí cumplieron los anarquistas, demuestra que, a la inversa de la inexacta leyenda acreditada por algunos, aquellas grandes y trágicas experiencias dan en gran parte razón al socialismo libertario en contra del socialismo que yo llamaría "autoritario". En el curso de la cincuentena de años que siguió a la Revolución Rusa y de la treintena de años que siguió a la Revolución Española, el pensamiento socialista en todo el mundo permaneció más o menos obnubilado por una caricatura del marxismo, rebosante de sus dogmas. Particularmente, si la querella intestina entre Trotsky y Stalin (conocida mejor hoy por el lector de vanguardia) contribuyó a rescatar al marxismo-leninismo de un conformismo esterilizante, no hizo en verdad toda la luz sobre la Revolución Rusa, porque no apuntó (porque no podía apuntar) al fondo del problema.

Para Volin, historiador libertario de la Revolución Rusa, hablar de una "traición" de la Revolución, como lo hace Trotsky, es una explicación insuficiente: "¿Cómo pudo ser posible esta traición tras una victoria revolucionaria tan hermosa y completa? Esta es la verdadera pregunta. [...] Lo que Trotsky llama traición es en realidad el efecto inevitable de una lenta degeneración debida a falsos métodos. [...] Es la degeneración de la Revolución la que trajo a Stalin, y no Stalin el que hizo degenerar la Revolución. ¿Acaso Trotsky hubiera podido 'explicar' verdaderamente

el drama (pregunta Volin), cuando él mismo junto con Lenin había contribuido a desarmar a las masas?" [1]

Discutible es la afirmación del malogrado Isaac Deutscher, según la cual la controversia Trotsky-Stalin va a "proseguir y repercutir durante todo el siglo".[2] El debate a reabrir y a proseguir entre sucesores de Lenin, ya superado, es tal vez de menor importancia que aquel entre socialismo autoritario y socialismo libertario. El anarquismo salió hace poco del cono de sombra al que lo relegaban sus adversarios. El ejemplo de Yugoslavia, particularmente, en su intento de levantar el cerco de hierro de un sistema económico demasiado centralizado y burocrático, al redescubrir los escritos de Proudhon, es un síntoma, entre otros, de esta resurrección.

En la búsqueda de sus formas más eficaces se ofrecen a los hombres de hoy, apasionados por la emancipación social, los materiales de un nuevo examen, y quizá de una síntesis, a la vez posible y necesaria entre dos pensamientos igualmente fecundos: el de Marx y Engels y el de Proudhon y Bakunin. Malatesta, el gran teórico y luchador anarquista italiano, observó que casi toda la literatura anarquista del siglo XIX "estaba impregnada de marxismo".[3] Por el contrario, el pensamiento de Proudhon y Bakunin contribuyó en no poca medida a enriquecer el marxismo.

1965.

[1] Volin, *La Revolución desconocida*, 1945, reedición 1969.
[2] Isaac Deutscher, *Trotsky*, vol. III, 1965.
[3] Malatesta, polémica de 1897 citada por Luiggi Fabri, *Dictadura y Revolución*, Proyección, Bs. As.

4. ¿HAY UNA CRISIS EN EL SOCIALISMO FRANCÉS?

Respuesta a un interrogatorio

La palabra socialismo ha sido despojada de su contenido, tanto en el plano de las ideas como en el de los hechos. Hoy son muy pocos los libros que expresan un socialismo auténtico. En vano se busca en la superficie del planeta un solo país que sea auténticamente socialista.

En general, el socialismo ha sido objeto de dos falsificaciones principales; bajo su etiqueta se despachan dos mercancías igualmente adulteradas: un sórdido reformismo parlamentario y un jacobinismo brutal y omniestatal.

Pues bien, el socialismo tiene una significación muy precisa: el fin de la explotación del hombre por el hombre, la desaparición del Estado político, la gestión de la sociedad desde abajo hacia arriba por los productores libremente asociados y federados.

El socialismo falsificado que hoy tiene vigencia, pertenece, a despecho de las apariencias, al pasado; el socialismo libertario, al futuro. El socialismo es un movimiento histórico que de ningún modo ha cumplido su ciclo. Es el capitalismo quien lo ha cumplido, y el que debe ser reemplazado con urgencia para que la humanidad sobreviva. El socialismo extrae toda su fuerza de la carencia y la bancarrota del capitalismo. Pero si el socialismo balbucea y no existe cabalmente en ninguna parte, nunca fue tan imperiosa su necesidad histórica. Bajo su actual forma desnaturalizada no está adaptado a las necesidades presentes. Mas no se trata de "reconsiderarlo" o de "reformarlo", hay que reintegrarlo a sí mismo, restituirle su verdadero aspecto revolucionario, antiestatal y libertario.

La originalidad del socialismo francés está en la tradición libertaria de las dos Comunas, la de 1793 y la de 1871, en el sindicalismo revolucionario de 1914, en junio del 36.

A despecho de la aparente *stalinización* de un vasto sector del movimiento obrero de nuestro país, esta tradición no está extinguida bajo las cenizas. El socialismo francés, por otra parte, se dirige a un país donde la pequeña propiedad campesina, artesanal e industrial, sigue siendo muy importante, a pesar de la concentración económica. El socialismo francés tendrá la originalidad, entre otras, de inculcar el aprendizaje de la libre asociación a millones de pequeños productores. En cuanto a la *superstición* del Estado, la misma no amenaza envenenar nuestro socialismo, pues nadie en Francia cree ya en el Estado, salvo el efímero poder personal y tecnocrático que se ha apoderado de nuestro país por medio del fraude, que lo rige arbitrariamente y sin control, y logra de esta manera desprestigiar la idea del Estado mejor de lo que podría hacerlo la propaganda más libertaria.

1960.

5. TRES PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN

Volin, historiador libertario de la Revolución Rusa, después de haber sido actor y testigo de la misma, escribe:

"Un problema fundamental nos han legado las revoluciones precedentes, principalmente las de 1789 y 1917. Erigidas por una gran mayoría contra la opresión, animadas por un soplo poderoso de libertad y habiendo proclamado la libertad como su objetivo esencial, ¿cómo fue que zozobraron en una nueva dictadura ejercida por otras capas dominantes y privilegiadas, en una nueva esclavitud de las masas populares? ¿Cuáles serían las condiciones que permitirían a una revolución evitar este triste fin? ¿Se debería éste a factores pasajeros o más simplemente a erro-

res y faltas que podrían ser evitados de ahora en adelante? Y en este último caso, ¿cuáles serían los medios para eliminar el peligro que amenaza a las revoluciones del porvenir?".[1]

Pienso, con Volin, que las dos grandes experiencias históricas de las revoluciones francesa y rusa están indisolublemente unidas. A pesar de las diferencias de época, del medio circundante, del "contenido de clase", el problema que agitan, los escollos con los que chocan son fundamentalmente los mismos. A lo sumo, éstos se manifiestan de una manera más embrionaria en la primera revolución que en la segunda. Por eso los hombres de hoy no pueden esperar encontrar el camino de su emancipación definitiva si no saben distinguir el progreso y el fracaso en las dos experiencias, con el objeto de extraer de las mismas enseñanzas para el futuro.

Para retomar los términos de Volin, la causa esencial, a mi juicio, del relativo fracaso de las dos mayores revoluciones de la historia, no reside ni en la "fatalidad histórica" ni en simples "errores" subjetivos de los actos revolucionarios. La Revolución lleva en sí misma una grave contradicción (contradicción que felizmente, y ya volveremos a ella, no es irremediable y se atenúa con el tiempo): no puede surgir, no puede vencer a menos que se origine en las profundidades de las mismas masas populares, en su irresistible sublevación espontánea; pero las masas populares —a pesar que el instinto de clase las empuja a romper sus cadenas— carecen de educación y conciencia. Y como chocan en su impulso formidable, pero tumultuoso y ciego hacia la libertad, con clases sociales privilegiadas, conscientes, instruidas, organizadas, experimentadas, no pueden ven-

[1] Volin, *La revolución desconocida*; 1917-1921, reedición, París, 1969, pág. 19. En *El único y su propiedad* (1845), Max Stirner enunciaba ya como "principio de la Revolución" este axioma pesimista: "Un nuevo amo es puesto siempre en el lugar del antiguo y la destrucción es una reconstrucción [...]. Resucitando el amo como Estado, el servidor reaparece como ciudadano." Trad. francesa, Ed. S.L.I.M., 1948, págs. 139, 172-173.

ver la resistencia que encuentran si no logran adquirir en el fragor de la lucha la conciencia, la ciencia, la organización, la experiencia que les falta. Empero, el hecho mismo de forjar las armas que acaban de ser enumeradas sumariamente, y que son las únicas que pueden asegurarles la superioridad sobre el adversario, contiene en sí mismo un inmenso peligro: el de matar la espontaneidad que es el nervio de la Revolución, el de comprometer la libertad por la organización, el de dejar copar el movimiento a una élite minoritaria de militantes más instruidos, más conscientes, más experimentados, que en un principio se ofrecen como guías para imponerse al fin como jefes y someter a las masas a una nueva forma de opresión del hombre por el hombre.

Desde que el socialismo fue capaz de pensar este problema, desde que percibió esta contradicción, es decir, más o menos desde la mitad del siglo XIX, no ha cesado de debatirse, de oscilar entre los dos polos extremos de la libertad y el orden. Cada uno de sus pensadores y actores se ha esforzado en resolver laboriosamente, a tientas, y al precio de todo tipo de dudas y contradicciones, el dilema fundamental de la Revolución. Proudhon en su famosa *Memoria sobre la propiedad* (1840), había creído encontrar la solución cuando escribía con optimismo: "La mayor perfección de la sociedad se encuentra en la unión del orden y la anarquía". Pero un cuarto de siglo más tarde comprueba con melancolía: "Estas dos ideas, libertad [...] y orden, están adosadas una a otra. [...] No se puede ni separarlas, ni absorber una en otra; hay que resignarse a vivir con las dos juntas, equilibrándolas. [...] Ninguna fuerza política ha dado todavía la verdadera solución de la concordancia entre libertad y orden." [1]

Un inmenso imperio, construido hoy bajo el signo del "socialismo", busca penosamente, empíricamente, convulsivamente a veces, evadirse del cerco de hierro de un "or-

[1] *De la capacidad política de la clase obrera*, 1864, ed. Rivière, 1924, pág. 200.

den" fundado en la coerción, para reencontrar el camino de la libertad al que aspiran sus millones de individuos, cada día más despabilados y conscientes.

Por lo tanto, el problema queda planteado, siempre de manera acuciante, y la última palabra no está dicha.

Si se mira más de cerca, el problema contiene tres aspectos relativamente distintos, aunque estrechamente ligados:

1. ¿Cuáles deben ser, en el período de la lucha revolunaria, las partes respectivas de la espontaneidad y de la conciencia, de las masas y de la dirección?

2. Una vez derribado el antiguo régimen de opresión, ¿qué forma de organización política o administrativa debe reemplazar a la que acaba de ser vencida?

3. Finalmente, ¿por quién y cómo debe ser administrada la economía después de la abolición de la propiedad privada (problema que se plantea en toda su amplitud en la revolución proletaria y solamente en forma todavía embrionaria en la Revolución Francesa)? ¿Cuáles socialistas? Los socialistas del siglo XIX han dudado, tergiversado, se han contradecido y enfrentado.

En conjunto, se pueden distinguir entre ellos tres corrientes principales:

a) los que yo llamaría los autoritarios, estatistas y centralistas, herederos unos de la tradición jacobina y blanquista de la Revolución Francesa [1], otros de la tradición alemana (o más exactamente prusiana) de la disciplina militar y del Estado con E mayúscula;

b) los que llamaría antiautoritarios, libertarios, herederos por una parte de la democracia directa de 1793, de la idea comunalista y federalista, y por otra, del apoliticismo santsimoniano, aspirando reemplazar el gobierno político por la "administración de las cosas";

c) finalmente, los socialistas llamados científicos (Marx y Engels), esforzándose laboriosamente no siempre con cohesión ni éxito —y frecuentemente por motivos puramente

[1] Guérin, *Marxismo y socialismo libertario*; Proyección, Bs. As.

tácticos— (pues debían hacer concesiones a las alas autoritaria y libertaria del movimiento obrero), en conciliar las dos corrientes precedentes, en encontrar un compromiso entre la idea autoritaria y la libertaria.

Tratemos de resumir brevemente las tentativas hechas por estas tres corrientes del pensamiento socialista para resolver los tres problemas fundamentales de la Revolución.

I. *Espontaneidad y conciencia*

Los autoritarios no tienen confianza en la capacidad de las masas para llegar por sí mismas a la conciencia, y les tienen un miedo pánico aun cuando pretenden lo contrario. Si hay que creerles, éstas todavía están embrutecidas por siglos de opresión; tienen necesidad de ser guiadas y dirigidas; una pequeña élite de jefes debe sustituirlas, enseñarles una estrategia revolucionaria y conducirlas a la victoria. Los libertarios sostienen, por el contrario, que la Revolución debe ser obra de las mismas masas, de su espontaneidad, de su libre iniciativa, de sus facultades creadoras tan insospechadas como formidables y ponen en guardia contra los jefes, que en nombre de una mayor conciencia pretenden imponerse a las masas para expoliarles luego los frutos de su victoria.

En cuanto a Marx y Engels, éstos ponen el acento unas veces en la espontaneidad, otras en la conciencia. Sin embargo, la síntesis permanece defectuosa, incierta, contradictoria. Por otra parte, conviene precisar que los mismos libertarios no escapan siempre al mismo reproche. Yuxtaponiéndose a la exaltación optimista de la "capacidad política de las clases obreras", encontramos en Proudhon pasajes pesimistas, en los que arroja dudas sobre dicha capacidad y se reúne con los autoritarios que sugieren que las masas deben ser dirigidas desde arriba.[1] Bakunin, del mismo modo, no logra nunca despojarse completamente del

[1] Proudhon, *De la capacidad...*, cit., págs, 88, 119.

conspiracionismo "cuarenta y ochesco" de su juventud, e inmediatamente después de haberse jugado por el irresistible instinto primario de las masas, lo vemos preconizar por dirigentes conscientes y organizados en sociedades secretas, el "nucleamiento" invisible de las mismas. De ahí este singular peloteo: los que él acusa a veces no sin fundamento de autoritarismo, lo encuentran en flagrante delito de maquiavelismo autoritario.

Las dos tendencias antagónicas de la Primera Internacional, cada una con algo de razón, se reprochan recíprocamente maniobras subterráneas, tendientes a asegurarse el control del movimiento.[1] Como se verá, será necesario esperar a Rosa Luxemburg para que sea propuesta una síntesis aproximadamente válida entre la espontaneidad y la conciencia. Pero Trotsky, para llevar la contradicción a su culminación, compromete este equilibrio tan laboriosamente alcanzado: en ciertos aspectos es "luxemburguista", como lo testimonia notablemente su *1905* y su *Historia de la revolución rusa*; tiene el sentido y el instinto de la revolución desde abajo, pone el acento en la acción autónoma de las masas. Sin embargo, después de haberlas combatido brillantemente, se reúne finalmente con las concepciones de organización blanquistas de Lenin[2] y, una vez en el poder, se comportará de forma más autoritaria todavía que su jefe de columna. Finalmente, en el duro combate de su exilio, se escudará en Lenin convertido en tabú para intentar el proceso a Stalin; esta identificación le impedirá, hasta su último día, hacer consciente la parte de luxemburguismo que llevaba en él.

[1] Cf. *La alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*. Londres-Hamburgo, 21 de julio de 1873.

[2] Cf. Trotsky, *Defensa del terrorismo*, 1920, ed. francesa 1936, pág. 53.

II. *El problema del poder*

Los autoritarios sostienen que las masas populares dirigidas por sus jefes, deben reemplazar al Estado burgués por su propio Estado decorado con el epíteto de "proletario", y para asegurar la perennidad del mismo deben llevar al extremo los medios de coerción que usaba el primero (centralización, disciplina, jerarquía, policía). Este esquema arranca a los libertarios (y de esto hace ya más de un siglo) gritos de espanto y horror. Para qué, preguntan, una revolución que se contentaría con reemplazar un aparato de opresión por otro. Adversarios irreductibles del Estado, de toda forma de Estado, esperan de la revolución proletaria la abolición total y definitiva de la coerción estatal. Querrían reemplazar al viejo Estado opresor por la libre federación de las comunas asociadas, por la democracia directa de abajo hacia arriba.

Marx y Engels buscan su camino entre estas dos tendencias extremas. Recibieron la marca del jacobinismo, pero el contacto con Proudhon hacia 1844, por un lado, la influencia de Moisés Hess por el otro, la crítica del hegelianismo y el descubrimiento de la "alienación", los volvieron algo libertarios. Rechazan del mismo modo el estatismo autoritario del francés Luis Blanc y el del alemán Lasalle; se declaran partidarios de la anulación del Estado, pero a su tiempo. El Estado, el "armatoste gubernamental", debe subsistir, solamente por un tiempo, tras la Revolución. Una vez que se hayan dado las condiciones materiales que permitan estar sin él, éste "se extinguirá". Y mientras se espera este día, hay que esforzarse en "atenuar inmediatamente al máximo los efectos más enojosos".[1] Esta perspectiva inquieta, con justicia, a los libertarios. La supervivencia aun "provisoria" del Estado no les dice nada y anuncian proféticamente que, una vez reinstalado, el Leviathan [2]

[1] Prefacio de Engels del 18 de marzo de 1891 a *La guerra civil en Francia.*

[2] Título de la célebre obra del inglés Tomas Hobbes (1651), que era, entre otras, una apología del despotismo.

se rehusará obstinadamente a abdicar. La crítica hostigadora de los libertarios pone a Marx y Engels en apuros, y sucede que hacen a sus adversarios de tendencia tales concesiones que en cierto momento la disputa entre ambos socialismos parece carecer de objeto y no ser sino una simple discusión de palabras acerca del Estado. Desgraciadamente, este hermoso acuerdo no durará.

Pero el blocheviquismo del siglo XX revela que no se trataba de una disputa puramente verbal. El Estado transitorio de Marx y Engels, ya en forma embrionaria con Lenin [1], se convierte en un monstruo tentaculado (y mucho más posteriormente) que proclama sin ambages su negativa a extinguirse.

III. *La gestión de la economía*

Finalmente, ¿por qué régimen de propiedad reemplazar al capitalismo privado?

Los autoritarios no se sienten embarazados por responder. Como su defecto principal es la falta de imaginación y tienen miedo de lo desconocido, se apoyan en formas de administración y de gestión plagiadas del pasado. El Estado captará en su inmensa red toda la producción, todo el intercambio, todas las finanzas. El "capitalismo de Estado" sobrevivirá a la revolución social. La burocracia, gigantesca ya bajo Napoleón, bajo el rey de Prusia o bajo el zar, no se contentará más en el régimen socialista con percibir impuestos, reclutar ejércitos y multiplicar sus policías; extenderá sus tentáculos sobre las fábricas, minas, bancos, medios de transporte. Los libertarios lanzan un grito de espanto. Esta extensión exorbitante de los poderes del Estado les parece la tumba de la libertad. Max Stirner fue uno de los primeros en rebelarse contra el estatismo de la sociedad

[1] Guérin, *Marxismo y socialismo...*, cit.

comunista.[1] Proudhon no grita menos fuerte y Bakunin le sigue: "Detesto el comunismo —declara en un discurso—, [...] porque conduce necesariamente a la centralización de la propiedad en manos del Estado, mientras que yo [...] quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva o social de abajo hacia arriba, por la vía de la libre asociación, y no de arriba hacia abajo por medio de cualquier autoridad que sea." [2]

Empero, los antiautoritarios no son unánimes en la formulación de su contrapropuesta. Stirner sugiere una "libre asociación" de "egoístas", de inspiración demasiado filosófica y también demasiado inestable. Proudhon, más concreto, sugiere una combinación en ciertos aspectos retrógrada, pequeño-burguesa, correspondiente a un estadio ya superado de la pequeña industria, pequeño comercio y artesanado: la propiedad privada debe ser protegida; los pequeños productores, que permanecen independientes, deben prestarse una ayuda mutua; a lo sumo admite la propiedad colectiva en cierto número de sectores, que reconoce ya conquistados por la gran industria: los transportes, las minas, etc. Pero Stirner, como Proudhon, cada uno a su manera, se exponen de este modo al vapuleo que, algo injustamente en cierto modo, les administra el marxismo. Bakunin, por su parte, se separa deliberadamente de Proudhon. En contra de su maestro forma en un momento, dentro de la Primera Internacional, frente único con Marx; rechaza el individualismo postproudhoniano; saca consecuencias de la industrialización; convoca a la propiedad colectiva. No se presenta ni como comunista ni como mutualista, sino como colectivista. La producción debe ser administrada al mismo tiempo localmente (por medio de la "solidarización de las comunas") y profesionalmente, por medio de las compañías (o asociaciones) obreras. Bajo la influencia de los bakuninistas,

[1] *El único y su propiedad*, cit.

[2] Discurso en el Congreso de Berna (1868) de la Liga de la Paz y de la Libertad, en *Memoria de la Federación Jurasiana*. Soinvillier, 1873, pág. 28.

el congreso de la Primera Internacional en Basilea, en 1869, decide que en la sociedad futura "el gobierno será reemplazado por los consejos de las corporaciones".[1] Marx y Engels, entre los dos extremos, flotan y navegan hacia donde sopla el viento. En el *Manifiesto comunista* de 1844, inspirados por Luis Blanc, habían adoptado la muy cómoda solución omniestatista. Pero más tarde, bajo la influencia de la Comuna de 1871 y bajo la presión de los anarquistas, moderarán ese estatismo y consentirán en transferir la producción "a manos de los individuos asociados".[2] Sin embargo, estas veleidades libertarias no dudarán mucho y volverán casi inmediatamente a una fraseología más autoritaria y estatista, en ocasión de la lucha a muerte que emprenden contra Bakunin y sus discípulos.

Por lo tanto, no totalmente sin razón (aunque no siempre con total buena fe), Bakunin acusa a los marxistas de pensar concentrar en manos del Estado toda la producción agrícola e industrial. En Lenin, las tendencias estatistas y autoritarias están en germen, superponiéndose a un anarquismo que contradicen y aniquilan, y bajo Stalin, transformándose la "cantidad" en "calidad", degeneran en un capitalismo de Estado opresor que Bakunin, en su crítica de Marx, a veces injusta, parece haber anticipado.

Este breve llamamiento histórico no tiene interés sino en la medida que puede ayudar a orientarnos en el presente. Las enseñanzas que de él extraemos nos hacen comprender, de manera tan brillante como dramática, que a pesar de muchas concepciones que hoy parecen desusadas, infantiles y desmentidas por la experiencia (por ejemplo, su "apoliticismo"), los anarquistas, en lo esencial, tenían razón contra los autoritarios. Éstos volcaron torrentes de injurias sobre los primeros, tratando su programa de "amasijo de ideas de ultratumba" [3], de utopías reaccionarias, perimidas y de-

[1] Cf. Oscar Testut, *La Internacional*, 1871, pág. 154.

[2] Prefacio del 24 de julio de 1872 al *Manifiesto comunista*.

[3] "Las pretendidas escisiones de la Internacional", 5 de marzo de 1872, reproducido en el *Movimiento Socialista*, julio-diciembre de 1913.

cadentes.[1] Pero hoy se revela, como la subraya con fuerza Volin [2], que lejos de pertenecer al futuro, la idea autoritaria no es otra cosa, en realidad, que una secuela del viejo mundo burgués, gastado y moribundo. Si existe una utopía es seguramente la del autodenominado "comunismo" de Estado, cuya quiebra es tan patente, que sus propios beneficiarios (preocupados ante todo por salvar sus intereses de casta privilegiada buscan hoy, laboriosamente y a tientas, los medios de enmendarlo y evadirse de él.

El futuro no está ni en el capitalismo clásico ni tampoco, como quería persuadirnos el extinto Merleau-Ponty, en el capitalismo revisado y corregido por un "neoliberalismo" o por el reformismo social-demócrata; la doble bancarrota de ambos no es menos resonante que la del comunismo de Estado. El futuro está siempre, y más que nunca, en el socialismo, pero en un socialismo libertario. Como lo anunciaba proféticamente Kropoktin desde 1896, nuestra época "llevará el sello del despertar de las ideas libertarias. [...] ¿La próxima revolución no será más la revolución jacobina?".[3]

Los tres problemas fundamentales de la Revolución, que hemos bosquejado más arriba, deben y pueden encontrar finalmente su solución. Ya no estamos en los balbuceos y tanteos del pensamiento socialista del siglo XIX. Los problemas ya no se plantean más en abstracto sino en concreto. Hoy disponemos de una amplia cosecha de experiencias prácticas. La técnica de la Revolución se ha enriquecido inmensamente; la idea libertaria ya no se asienta más en las nubes sino que se desprende de los hechos mismos, de las aspiraciones más profundas (aun cuando son reprimidas) y más auténticas de las masas populares.

El problema de la espontaneidad y la conciencia es mucho más fácil de resolver hoy que hace un siglo; si bien

[1] Plejanov, *Marxismo y anarquismo*, fin cap. VI y pref. Eleanor Marx-Aveling.
[2] Volin, *op. cit.*, págs. 218, 229.
[3] Kropotkin, *La Anarquía, su filosofía, su ideal*, pág. 51.

por el hecho mismo de la opresión bajo la cual se las mantiene sometidas, las masas están siempre algo atrasadas respecto a la bancarrota del sistema capitalista; si bien carecen todavía de educación y de lucidez política, han recuperado una buena parte de su retrato histórico. En todas partes: en los países capitalistas avanzados, lo mismo que en los países en vías de desarrollo y en los sujetos al autodenominado "comunismo" de Estado, han dado un prodigioso salto adelante. Son mucho menos fáciles de engañar; conocen la extensión de sus derechos; sus conocimientos del mundo y de su propio destino se han enriquecido considerablemente. Si la carencia del proletariado francés anterior a 1840 (por el hecho de su inexperiencia y pequeño número) no pudo engendrar el blanquismo; la del proletariado ruso anterior a 1917 el leninismo; la del nuevo proletariado agotado y desmantelado después de la guerra civil de 1918-1920, o recientemente desarraigado del campo, el estalinismo; hoy las masas laboriosas tienen mucha menos necesidad de abdicar sus poderes en manos de tutores autoritarios y autodenominados infalibles.

Por otra parte, ha penetrado en el pensamiento socialista, gracias especialmente a Rosa Luxemburg [1], la idea de que, aunque las masas todavía no están totalmente maduras, aunque la fusión entre la ciencia y la clase obrera soñada por Lasalle todavía no se ha operado totalmente, el único modo de compensar este atraso, de remediar esta deficiencia, es ayudar a las masas para que hagan por sí mismas el aprendizaje de la democracia directa orientada de abajo hacia arriba; es desarrollar, alentar, estimular sus libres iniciativas; es inculcarles el sentido de sus responsabilidades en lugar de mantener entre ellas, como lo hace el comunismo de Estado (esté en el poder o en la oposición), las costumbres seculares de pasividad, sumisión, complejo de inferioridad, que les ha legado un pasado de opresión. Aun si este aprendizaje es a veces trabajoso, si el ritmo es

[1] Cf. el texto de Rosa Luxemburg de 1904 reproducido en anexo a Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, 1904, trad. francesa, 1969.

lento, aun si grava a la sociedad con gastos suplementarios, y si no puede ser efectuado más que al precio de algún "desorden", estas dificultades, estos atrasos, estos gastos suplementarios, estos problemas de crecimiento, son infinitamente menos nocivos que el falso orden, el falso brillo, la falsa "eficiencia" del comunismo de Estado que aniquila al hombre, mata la iniciativa popular y finalmente deshonra la idea misma del socialismo.

En lo que concierne al Estado, la lección de la Revolución Rusa está claramente escrita en las paredes. Liquidar, como se ha hecho, el poder de las masas, en vísperas del triunfo de la Revolución; reconstruir sobre las ruinas del antiguo aparato estatal un nuevo aparato de opresión todavía más perfeccionado que el precedente, bautizado fraudulentamente "partido del proletariado"; absorbiendo frecuentemente en el nuevo régimen las "competencias" del régimen extinto (siempre imbuidas del viejo Führerprinzip); dejar que poco a poco se erija una nueva clase privilegiada, tendiente a considerar su propia supervivencia como un fin en sí mismo, y a perpetuar el Estado que asegura esta supervivencia; tal es el modelo que hoy nos corresponde no seguir. Por otra parte, si se toma al pie de la letra la teoría marxista de la "extinción", las condiciones materiales que habían provocado y (según los marxistas) legitimado la reconstrucción de un aparato estatal, deberían hoy permitir abstenerse cada vez más de ese gendarme obstaculizador y ávido de quedarse en su lugar, que es el Estado.

La industrialización, aunque a ritmo desigual según los países, avanza a pasos de gigante en el mundo entero. El descubrimiento de nuevas fuentes de energía de posibilidades ilimitadas acelera prodigiosamente esta evolución. El Estado totalitario engendrado por la penuria, de la cual extrae su justificación, se vuelve cada día un poco más superfluo. En lo que concierne a la gestión de la economía, todas las experiencias hechas tanto en un país esencialmente capitalista como los Estados Unidos, como en los países sometidos al "comunismo de Estado", demuestran

que el futuro, por lo menos para muy grandes sectores de la economía, no está más en las unidades gigantes de producción. El gigantismo, que había alucinado por igual tanto a los extintos capitanes de industria yanquis como al comunista Lenin, pertenece al pasado. *Demasiado grande*, tal es el título de un trabajo americano acerca de los estragos de esta peste sobre la economía de los Estados Unidos.[1] Por su lado, el rústico y socarrón Kruschev había terminado por captar, aunque tardía y tímidamente, la necesidad de una descentralización industrial. Por mucho tiempo se había creído que los imperativos sacrosantos de la planificación exigían la gestión de la economía por el Estado. Hoy se percibe que la planificación por arriba, la planificación burocrática, es una fuente espantosa de desorden y desperdicio y, como dice Merleau-Ponty, que "no planifica".[2] Carlos Bettelheim nos había mostrado (en un libro sin embargo demasiado conformista para con el momento en que fue escrito [3]), que ésta no podría funcionar eficazmente a menos que fuese dirigida desde abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, salvo que emanase de los niveles inferiores de la producción, y fuese sometida constantemente a su control, mientras que en Rusia ese control de masas brilla por su ausencia. El futuro, sin ninguna duda, está en la gestión autónoma de las empresas por las asociaciones de trabajadores. Lo que queda por poner a punto es el mecanismo, ciertamente delicado, de su federación, de la armonización de los diversos intereses en un orden que sea un orden libre. Desde este punto de vista, la tentativa de síntesis, demasiado olvidada hoy, entre anarquismo y estatismo, del socialista belga César de Paepe, merecería ser exhumada.[4]

[1] Morris Ernst, *Too Big*. Nueva York, 1940.

[2] "Reforma o enfermedad infantil del comunismo", *L'Express*, 23 de noviembre de 1956.

[3] Carlos Bettelheim, *La planificación soviética*, 1945, págs. 149, 258-259.

[4] Cfr. César de Paepe, "Acerca de la organización de los servicios públicos en la sociedad futura, 1874, en *Ni Dieu maître, anthologie historique du mouvement anarchiste*, reedición 1969, pás., 317 ssq.

En otros planos, la evolución misma de la técnica, de la organización del trabajo, abre el camino a un socialismo desde abajo. En materia de psicología del trabajo, las investigaciones más recientes han conducido a la conclusión de que la producción no es verdaderamente "eficiente" sino cuando no aplasta al hombre, cuando lo asocia en lugar de alienarlo, cuando hace un llamado a su iniciativa, a su cooperación plena; cuando transforma su trabajo de carga en alegría, condición que no es plenamente realizable ni en los cuarteles industriales del capitalismo privado, ni en los del capitalismo de Estado. Por otra parte, la rapidez de los medios de transporte facilita singularmente el ejercicio de la democracia directa. Un ejemplo: gracias al avión, los delegados de las secciones locales de los sindicatos obreros americanos más modernos dispersos por todo un continente, como el del automóvil, pueden ser reunidos fácilmente en algunas horas.

Pero si se quiere regenerar el socialismo invertido por los autoritarios, hay que apurarse para volver a colocarlo sobre sus pies. Desde 1896 Kropotkin subrayaba con fuerza que, en tanto el socialismo tome un aspecto autoritario y estatista, inspirará a los trabajadores cierta desconfianza y de este modo verá comprometidos sus esfuerzos y paralizado su desarrollo ulterior.[1] El capitalismo privado, condenado históricamente, no sobrevive hoy sino gracias a la carrera armamentista, por una parte, y a la quiebra relativa del comunismo de Estado, por otra. No podremos vencer ideológicamente al Big Business y su pretendida "libre empresa", a cubierto de la cual domina un puñado de monopolios; no podremos devolver al depósito de accesorios al nacionalismo y al fascismo, siempre dispuestos a renacer de sus cenizas, a menos que seamos capaces de presentar en los hechos un sustituto concreto del pseudo-comunismo de Estado. En cuanto a los países socialistas, los mismos no saldrán de su *impasse* actual a no ser que los ayudemos no a

[1] Kropotkin, *op. cit.*, págs. 31-33.

liquidar sino a reconstruir por completo su socialismo. Kruschev finalmente se ha estrellado por haber dudado demasiado tiempo entre el pasado y el futuro. Los Gomulka, los Tito, los Dubcek, pese a su buena voluntad y sus veleidades de *desestalinización* o desestatización, se arriesgan a patinar, a oscilar sobre la cuerda donde se mantienen en equilibrio inestable, y a la larga, a caer, si no adquieren la audacia y la clarividencia que les permitirían definir los postulados esenciales de un socialismo libertario.

La Revolución de nuestro tiempo se hará desde abajo o no se hará.

1958.

6. LENIN O EL SOCIALISMO DESDE ARRIBA

En los albores del socialismo proletario, en las circunstancias y en el país en que el proletariado constituía una débil minoría, carente de conciencia política y relativamente incapaz de iniciativa revolucionaria, una vanguardia surgida de las clases cultas —vale decir, burguesas— trató de reemplazarlo, de pensar y de *querer* por él. Así, pues, se organizó con el fin de tomar el poder independientemente de la masa trabajadora y, en consecuencia, recurrió a los medios de la clandestinidad y la conspiración. Tal fue el caso de la Conspiración de los Iguales, de 1796, dirigida por Babeuf, y el de las "Saisons", de 1839, fomentada por Blanqui. "Gracias a Dios —escribía este último en 1852— hay muchos burgueses en el bando proletario. Son ellos quienes constituyen su fuerza principal... Le aportan un contingente de luz que, desgraciamente, *el pueblo no está en condiciones de poseer.* Fueron los burgueses quienes levantaron las primeras banderas del proletariado,

quienes formularon las doctrinas igualitarias y, también, quienes las propagaron..." [1]

Engels definió con mucho acierto las concepciones fundamentales del "blanquismo" cuando escribió que los blanquistas, "educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone... partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, sería capaz de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al puñado de caudillos. Esto llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario". [2] Se necesitaba una *"organización militar"*. [3] Y Kautsky señaló que, a juicio de los blanquistas, "el proletariado, demasiado ignorante y desmoralizado como para organizarse y dirigirse por sí mismo, debería ser organizado y dirigido por un gobierno compuesto de su *élite* instruida: algo así como los jesuitas del Paraguay, que habían organizado y dirigido a los indios". [4]

Pero si bien es verdad que en la Francia de 1839 el movimiento obrero estaba aún en pañales y si bien es cierto que durante la primera mitad del reinado de Luis Felipe fue dominado por las conspiraciones de las sociedades secretas republicanas, la rápida industrialización del país y la educación del proletariado dieron brusco nacimiento, a partir de 1840, a un movimiento específicamente obrero, al principio más corporativo que político, pero "politizado" inmediatamente. Se sabe cuán importante fue el papel de

[1] Blanqui, *Lettre à Maillard*, 6-6-1852, en *Textes choisis*, 1955, pág. 132.
[2] Engels, Introducción del 18 de marzo de 1891 a *La Guerre Civile en France*, Ed. Sociales, pág. 16.
[3] Blanqui, Manuscrito de 1868, en *Textes*..., cit., págs. 218-219.
[4] Kautsky, *La dictature du prolétariat*, 1918, ed. en inglés, págs. 17-18.

los trabajadores en la Revolución de 1848. Esta irrupción de la clase obrera significó la caducidad del blanquismo. En 1847, Marx y Engels condenaban los métodos de dicha corriente, ya superados: "No somos de esos conspiradores que quieren desencadenar la revolución en fecha fija." "Los comunistas... saben que... las revoluciones no se hacen a voluntad, según un propósito deliberado, y que siempre y en todas partes fueron consecuencia necesaria de circunstancias por completo independientes de la voluntad y la dirección de tal o cual partido." [5] En 1850 Marx escribía que la preocupación de los conspiradores consistía en "improvisar artificialmente una revolución, sin que existieran las condiciones necesarias para ella", y los censuraba por desinteresarse de la educación de clase de los trabajadores. Repite que, para ellos, "la fuerza motriz de la revolución no radica en la situación real, sino en la *mera voluntad*".[6]

Marx y Engels se habían percatado de que este "voluntarismo" implicaba una valoración pesimista sobre el papel del proletariado, una subestimación aristocrática de su capacidad política, y señalaban: "Los comunistas... no tienen intereses separados de los del conjunto de la clase obrera... No sientan principios particulares para modelar, conforme a los mismos, el movimiento proletario. Representan siempre el interés del movimiento en su totalidad." La teoría comunista no ha sido aportada al proletariado *desde afuera*: nació de la propia experiencia de las revoluciones populares (en primer lugar, de la Gran Revolución Francesa) y del ejercicio de la lucha de clases: "Las concepciones teóricas de los comunistas —declaran Marx y Engels— no se cimentan sobre ideas, sobre principios inventados o descubiertos por este o aquel reformador. Son la expresión general de las condiciones efectivas de una lucha de cla-

[5] Escritos diversos en el *Manifeste Communiste*, Costes, 1953, págs. 128, 133, 173.

[6] *Neue Rheinische Revue*, 1850, en Rubel, *Pages choisies de Marx*, 1948, pág. 227; Discurso de Marx al Comité Central de la Liga de los Comunistas, 15 de setiembre de 1850, en *Karl Marx les jurés de Cologne*, Costes, 1939, pág. 107.

ses... que existe... de un movimiento histórico que se opera ante nuestros ojos." [7]

Pero, desde su nacimiento, el pensamiento marxista fue un tanto ambivalente a este respecto y se podría discernir, ya, cierta tendencia a subestimar el papel específico del proletariado *y a exaltar el que se atribuía a su vanguardia esclarecida*: "En lo que hace a la práctica, los comunistas constituyen la fracción más decidida entre los partidos obreros, la que empuja siempre hacia adelante: *en lo que hace a la teoría, tienen con respecto al resto de la masa trabajadora, la ventaja de comprender las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario*".[8]

Aquí ya se dibuja, tal vez, la idea de una *diferenciación* entre el proletariado y los jefes comunistas, de una superioridad de éstos sobre aquél. ¿Acaso no se percibe, en las entrelíneas, que la "ventaja" así subrayada otorgaría a los comunistas el derecho "histórico" de *dirigir* al proletariado?

Empero, Marx no quiere servirse de tal "ventaja" para dictar a las obreros la línea de conducta que han de seguir. Muchos años después —en 1872— habrá de aclarar que el programa de la Internacional "se limita a trazar los grandes rasgos del movimiento político, y *deja la elaboración teórica del mismo al impulso proporcionado por las necesidades de la lucha práctica*, así como por el intercambio de ideas que se hace en las secciones, admitiendo indistintamente todas las concepciones socialistas en sus órganos y en sus congresos".[9]

No obstante, su epígono, Kautsky, dará al marxismo un sentido más autoritario. Es "totalmente falso" —sostiene— que la *conciencia* socialista sea el resultado necesario, di-

[7] *Manifeste Communiste* (1847), ed. cit., págs. 81-82; cfr. Maximilien Rubel, *Pages choisies de Karl Marx*, 1948, págs. XLIII-XLV, y *Karl Marx, Essaie de biographie intellectuelle*, 1957, págs. 102, 288-290.

[8] *Manifeste...*, cit., pág. 82.

[9] *Les prétendues scissions de l'Internationales*, 1872, reproducido en *Mouvement Socialiste*, julio-diciembre de 1913.

recto, de la lucha de clases del proletariado. El socialismo y la lucha de clases no se engendran mutuamente; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista nace de la ciencia, y el portador de la ciencia no es el proletariado, sino el *intelectual burgués*. Éste es quien ha "comunicado" a los trabajadores el socialismo científico: *"La conciencia socialista es un elemento importado desde afuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que surge espontáneamente de él."* [10]

Es verdad que luego Kautsky atenuará un tanto el extremismo de sus formulaciones. Y así, aunque sigue sosteniendo que el movimiento obrero es incapaz de producir por sí solo la idea socialista, admite, al menos, que produce el "instinto socialista", y admite igualmente que dicho "instinto" "lleva al trabajador a experimentar la necesidad del socialismo"; reconoce, asimismo, que si bien los obreros deben hacerse instruir por los intelectuales burgueses, estos últimos deben, a su vez, 'hacerse instruir por los obreros'.[11] Mas la concepción de Kautsky deja intacta la idea esencial. Idea autoritaria, de inspiración mucho más jacobina y blanquista que socialista. En efecto: para un verdadero socialista, la "teoría" revolucionaria es, a no dudarlo, indispensable; pero la misma, en buena parte, es producida de *abajo hacia arriba* por la propia experiencia de las luchas populares. Y esa teoría, para no quedar en pura abstracción, para no extraviarse, debe ser en todo instante corroborada, vivificada, nutrida, rectificada por el empleo que de ella hacen aquellos a quienes va destinada y en cuyo nombre se la propaga: los trabajadores.

[10] Kautsky, *Neue Zeit*, 1901-1902, XX, I, págs. 79-80, citado por Lenin en *Que faire?*, *Œuvres*, t. IV, págs. 445-446; Henri Lefebvre incurre en la misma deformación del pensamiento marxista (*Pour la pensée de Karl Marx*, 1947, nueva ed. 1956, págs. 56 y 114).

[11] Kautsky al Congreso de la social-democracia austríaca, 2-6 de noviembre de 1901, *Protokoll...*, Viena, 1901, pág. 124, cit. por Salomón Schwartz, *Lénine et le Mouvement syndical*, París, 1935, pág. 23.

• • •

Por lo demás, el problema no puede encararse en el plano de lo absoluto, sino, como lo advirtió Rosa Luxemburg, en el del movimiento dialéctico de la historia. Cuanto más numeroso y consciente sea el proletariado, menos razón habrá para que la vanguardia instruida tome la función rectora. El propio Marx, aleccionado por el despertar de la clase obrera francesa, escribía ya en 1845 (en una jerga aún bastante filosófica) que "con la profundidad de la acción histórica aumentará el volumen de las masas que se lancen a la acción".[12] A medida que la educación arranca a la masa trabajadora de su ceguera, derrúmbase la base social que sirviera de sustento a los "jefes". La masa toma el papel de dirigente y sus jefes no son ya sino los "órganos ejecutivos" de su "acción consciente". Este proceso no es, por cierto, instantáneo, ni se produce en línea recta. Sin duda, como escribe Rosa, "la transformación de la masa en dirigente lúcido y seguro; es decir, la fusión de la ciencia con la clase obrera —sueño acariciado por Lassalle— no es ni puede ser otra cosa que un proceso dialéctico, dado que el movimiento obrero absorbe de manera ininterrumpida a nuevos elementos proletarios así como a los *tránsfugas* de otras capas sociales. Empero, la tendencia *dominante*, que signa la marcha del movimiento socialista en la actualidad y en el futuro, es la abolición de los "dirigentes" y la masa "dirigida".[13]

Dentro de esta perspectiva histórica, y no en el plano de lo absoluto —lo repetimos—, es donde corresponde examinar las concepciones organizativas formuladas por Lenin en la emigración, entre 1901 y 1904, o sea bajo el zarismo.

Hacia 1875, la situación en que se encontraba el movimiento revolucionario ruso ofrecía ciertas semejanzas con

[12] Marx, *Le Sainte Famille* (1845), *Œuvres philosophiques*, Costes, t. II, pág. 145.

[13] Rosa Luxemburg, "Masse et chefs" (en alemán "Esperanzas frustradas"), *Neue Zeit*, 1903-1904, XII, nº 2, en *Marxisme contre dictature*, París, 1940, págs. 36-37.

las del movimiento revolucionario francés antes de 1840. En un país inmenso, atrasado y no industrializado, la clase obrera apenas si existía en forma embrionaria. Tal situación dio origen a la variedad local del blanquismo. Tkachev preconizaba la toma del poder mediante una conjuración fomentada por la minoría consciente; es un autoritario, un jacobino, que descree en absoluto de la capacidad de iniciativa popular, de la espontaneidad de las masas: "Ni en el presente ni en el futuro será capaz el pueblo, librado a sus propias fuerzas, de hacer la revolución social. Sólo nosotros, minoría revolucionaria, podemos y debemos cumplir tal cometido... El pueblo no es capaz de salvarse a sí mismo... de dar cuerpo y vida a las ideas de revolución social." "Sin dirigentes no está en condiciones de edificar un mundo nuevo... Esta misión pertenece exclusivamente a la minoría revolucionaria." [14]

Cuando entre 1890 y 1900 el proletariado irrumpe en escena [15], paralelamente con la industrialización del país, Lenin advirtió —como antes lo advirtieran Marx y Engels, con respecto a Blanqui— que el factor determinante de la revolución social en Rusia era la organización de la clase obrera, y descartó, por superados, los métodos conspirativos y voluntaristas de los discípulos de Tkachev. Empero, conservó hacia dichos métodos una mal disimulada admiración [16] y —según se verá más adelante— en cierto sentido se mantuvo fiel a la inspiración de los mismos. El proleriado se había expresado a través de grandes huelgas en San Petersburgo en 1896-1897, y, por primera vez en una huelga política, el 1º de mayo de 1898.[17] No obstante, su actividad era sobre todo reivindicativa, ya que se hallaba aún carente de conciencia política. Además, imperaba en Rusia un régimen autocrático y policial, por lo cual la ac-

[14] Cfr. Boris Suvarin, *Staline*, 1935, pág. 30; Nicolás Berdiaev, *Les sources et le sens du communisme russe*, París, 1951, págs. 94-99.
[15] Cfr. Peter I. Lyashchenko, *History of the National Economy of Russia to the 1917 Revolution*. Nueva York, 1949, págs. 525-548.
[16] Lenin, *Que faire?*, 1902, *Œuvres*, t. IV, pág. 567.
[17] Lyashchenko, *op. cit.*, pág. 551.

ción revolucionaria se veía forzada a adoptar formas estrictamente clandestinas.

De estas premisas Lenin creyó poder deducir una teoría relativamente pesimista sobre la capacidad política de las masas obreras. A su juicio, los trabajadores, dispersos, oprimidos, *embrutecidos* por el capitalismo [18], no estaban todavía en condiciones —o no lo estaban en su gran mayoría— de poseer conciencia política, la cual sólo podía llegarles *desde afuera.* El movimiento obrero era incapaz de elaborarse por sí solo una ideología propia. Y, generalizando de una manera abusiva, pretendía que "la historia de todos los países atestigüe que, librada a sus solas fuerzas, la clase obrera no puede llegar más que a la conciencia tradeunionista, vale decir, a la convicción de que es preciso unirse en sindicatos, luchar contra los patronos...".[19] De esta generalización falaz, Lenin sacaba la conclusión —no menos discutible— de que la vanguardia tiene por cometido *"combatir la espontaneidad"* del proletariado (!). Inclinarse ante esta espontaneidad significaría hacer de la vanguardia una "simple sirvienta" del movimiento obrero. "Toda sumisión a la espontaneidad del movimiento obrero, toda restricción del papel propio del 'elemento consciente'... significa... quiérase o no, un fortalecimiento de la influencia de la ideología burguesa sobre los trabajadores." [20]

Lenin rechazaba deliberadamente la concepción materialista marxista, según la cual el socialismo se produce por la experiencia y la lucha de las masas populares. Apoyándose en el pasaje de Kautsky antes mencionado, pero guardándose de hacer referencias a las enmiendas (insuficientes) que aquél había expuesto posteriormente, sostiene la tesis idealista y blanquista de que la "doctrina socialista... surgió de teorías filosóficas y económicas elaboradas por los representantes instruidos de las clases poseedoras: los inte-

[18] Lenin, *Un pas en avant, deux pas en arrière*, 1904, Editions Sociales, pág. 37.
[19] Lenin, *Que faire?*, cit., págs. 437, 445-446, 482.
[20] *Ibid.*, págs. 445, 447, 452.

lectuales", y agregaba: "Por su extracción social, los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, eran intelectuales burgueses." [21] Proclamaba, con entera razón: *"Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario"* [22], pero creía que esta teoría revolucionaria saldría redonda y acabada, del cerebro de los dirigentes, para descender luego *de la cúspide a la base*; vilipendiaba, por "anarquista", la concepción inversa, que basa la teoría sobre la experiencia misma de las luchas obreras y la hace ascender de la base a la cúspide; optaba lisa y llanamente por el centralismo, el *burocratismo* (es la palabra que él mismo utiliza), contra el *democratismo* que "desemboca en el anarquismo".[23]

Quería que la vanguardia de los iniciados estuviera compuesta, en forma principalísima, por "revolucionarios profesionales", por "gente cuya profesión es la acción revolucionaria", que "vive a expensas del partido"; quería que éste fuera "una organización de revolucionarios capaces de *dirigir la lucha emancipadora del proletariado*". Sin esta vanguardia profesional —subrayaba—, "ninguna clase de la sociedad contemporánea puede desarrollar firmemente la lucha".[24] La vanguardia habría de concebirse —son los mismos términos empleados por Blanqui— como una *"organización militar"*, fuertemente jerarquizada y disciplinada.[25] Y afirma Lenin que el proletariado se somete más fácilmente que el intelectual a una disciplina, a una organización de ese género, porque ha pasado por la dura escuela de la fábrica.[26] Argumento especioso, este último, pues si bien es verdad que la "escuela de la fábrica" constituye, en cierto sentido, una escuela de cooperación, de organización, configura también —y particularmente en la época del zarismo, como el propio Lenin se ve obligado a reconocer— una escuela de obediencia pasiva y de sumisión.

[21] *Ibid.*, págs. 437-438.
[22] *Ibid.*, pág. 432.
[23] *Un pas en avant...*, cit., págs. 6, 78, 86, nota.
[24] *Que faire?*, cit., págs. 510-511, 516, 520-522, 528-530.
[25] *Ibid.*, pág. 571, nota.
[26] *Un pas en avant...*, cit., págs. 73-76.

Es innegable que en el pensamiento de Lenin esta concepción tan tajante comportaba cierto número de correctivos. El revolucionario ruso aceptó gustoso el sambenito de "jacobino" que le colgaron sus adversarios mencheviques, pero agregándole este complemento: *"Jacobino ligado, indisolublemente, a la organización del proletariado que ha tomado conciencia de sus intereses de clase."* [27] A quienes objetaban que un partido así concebido no era sino una "asociación de conspiradores", les respondía que habían "comprendido muy mal" su pensamiento; que, para él, "el partido no debe ser más que la vanguardia, el guía de la inmensa masa obrera" [28], y que la organización de los revolucionarios profesionales sólo tiene sentido en relación con "la clase verdaderamente revolucionaria que se lanza a la lucha en forma elemental". La condición previa y fundamental de su concepción radica en que la clase obrera, de entre la cual la *élite* ha creado el partido revolucionario, "se distingue de todas las clases de la sociedad capitalista por su óptima capacidad de organización, en virtud de ciertas razones económicas objetivas". "Sin esta condición previa, la organización de los revolucionarios profesionales no habría pasado de ser un juego, una aventura..." [29] Y atempera un poco su hostilidad hacia la espontaneidad de las masas, expresando que dicha espontaneidad exige de la vanguardia una elevada conciencia. "La lucha espontánea del proletariado sólo se convertirá en verdadera 'lucha de clases' cuando esté dirigida por una fuerte organización revolucionaria." [30]

No obstante estas enmiendas, en su espíritu sigue existiendo un hiato entre la vanguardia y la masa. Según él, no se debe confundir el partido con la clase.[31] La masa

[27] *Ibid.*, pág. 66.

[28] Lenin. Discurso al 2º Congreso del P. S. D. O. R. (Partido Socialdemócrata Obrero Ruso), 4-8-1903, *Pages choisies...*, cit., t. I, I, pág. 176.

[29] Lenin, *Que faire?*, cit., pág. 508; prefacio de 1908 a diversos artículos, *Obras* (en alemán), t. XII, pág. 74.

[30] *Que faire?*, cit., págs. 458, 532.

[31] *Un pas en avant...*, cit., págs. 35-37.

actúa bajo la dirección y el control del partido y "se congrega en torno de él", "gravita" a su alrededor, pero, en su gran mayoría, *no ingresa ni debe ingresar en sus filas.* El círculo clandestino de dirigentes pone en movimiento a la masa más vasta posible, se extiende hacia los elementos proletarios, ligados a un trabajo público de masas [32], pero sólo se fusiona con ellas *hasta cierto punto.* Si aspira a reclutar obreros, es para transformarlos en revolucionarios profesionales, en jefes.[34] Con esto Lenin cree refutar victoriosamente a quienes lo acusan de querer imponer el socialismo a la clase trabajadora, desde afuera. Pero Bakunin, mucho antes que él, había señalado el riesgo de que una pequeña minoría dirigente dominara al pueblo, *aun cuando estuviera compuesta de trabajadores*: "Sí, por cierto, ex trabajadores que apenas se conviertan en dirigentes... dejarán de ser obreros y empezarán a mirar por encima del hombro a las masas laboriosas. Desde ese momento ya no representarán al pueblo, sino a sí mismos y a su propia pretensión de gobernar a aquél." [35]

Pero muy pronto, hostigado por las críticas del menchevique Martinov, y así como por las de Trotsky y las de Rosa Luxemburg (al igual que lo habían sido antes Marx y Engels por las de los libertarios), Lenin admitía que había exagerado un poco cuando afirmaba, de manera absoluta y general, que, librado a sí mismo, el movimiento obrero caía fatalmente bajo la influencia de la ideología burguesa. Si había dicho una cosa así, lo hizo empujado por el ardor de la polémica en que se hallaba embarcado con sus adversarios de tendencia (los "economistas"), quienes reducían el movimiento obrero a un sindicalismo estre-

[32] Discurso al 2º Congreso, cit., pág. 176; prefacio de 1908, cit., pág. 74.

[33] *La maladie infantile du communisme*, 1920, *Œuvres*, t. XXV, pág. 208.

[34] *Que faire?*, cit., págs. 528-529. Discurso al 2º Congreso, cit., *Obras* (en alemán), t. VI, pág. 24.

[35] Bakunin, *El Estado y el Anarquismo*, 1873 (en ruso), en G. P. Maximoff, *The Political Philosophy of Bakunin.* Grencol (III), EE. UU., 1953, pág. 287.

cho y reformista. La vara que estos últimos habían curvado en un sentido, habíala él doblado en la dirección contraria. Pero con el solo fin de enderezarla.[36] (¡Extraña manera de corregir un error. ésta de incurrir en el exceso opuesto!) Y consideraba útil puntualizar que el socialismo científico se había formado *"en estrecha conexión con el crecimiento del movimiento obrero en general"* [37], que la teoría revolucionaria "no es... un dogma acabado", sino que "se forma... en relación estrecha con la práctica de un movimiento realmente revolucionario que abarque realmente a las masas".[38] Admitía que en sus escritos anteriores se habían deslizado algunas exageraciones. Las mismas eran síntoma de lo que ocurre en un movimiento carente aún de madurez. Se trataba ahora de romper con muchas pequeñeces inherentes a la vida de la ínfimos círculos clandestinos, las cuales eran una herencia del pasado y no servían, por lo tanto, para las tareas del presente.[39]

Invocaba igualmente la excusa de la necesidad. En un país autocrático era indispensable, por elementales razones de precaución, el dar acceso al partido únicamente a quienes hacían de la revolución un oficio.[40] Por otra parte, la blandura, la inconstancia, la informalidad —en una palabra: la "anarquía"—, que son rasgos muy notorios del temperamento ruso, y que, en particular, se daban en el partido socialista ruso de la época —sobre todo entre la *intelligentsia*—, le habían llevado a cargar las tintas de sus concepciones autoritarias y centralistas.[41]

Tenía también otra excusa, pero no podía invocarla sin faltar a la modestia. Los defectos de su sistema de organización se veían en cierta medida compensados (y aun

[36] Lenin, Discurso, cit., *Obras* (en alemán), t. VI, págs. 22-24.
[37] Del mismo, "Los frutos de la demagogia", marzo de 1905, *Obras* (en ruso), 3ª ed., t. IV, pág. 546, cit. por Schwartz, *op. cit.*, pág. 25.
[38] *Maladie infantile*..., cit., pág. 208.
[39] Prefacio, cit., *Obras* (en alemán), t. XII, pág. 74.
[40] *Que faire?*, cit., págs. 514, 522.
[41] *Ibid.*, pág. 502; cfr. Bertram D. Wolfe, *La Jeunesse de Lénine*, París, 1951, págs. 253, 259.

corregidos) por su genio. Y porque tenía la inquebrantable convicción de estar en lo cierto, de estar en lo cierto en beneficio del proletariado, afirmaba con tanta seguridad la primacía de la "teoría", el papel dirigente del partido, la orientación "de la cúspide a la base", la organización jerárquica de los revolucionarios profesionales en cuanto brazo ejecutor de su excepcional perspicacia.[42]

Además, este acérrimo partidario de la organización centralizada sabía evadirse, llegado el momento, del fetichismo del aparato. Su notable aptitud para sentir la temperatura de las masas lo orientaba personalmente —aunque en teoría sostuviera lo contrario— *de abajo hacia arriba.* Trotsky no anda del todo descaminado cuando afirma que Lenin expresaba personalmente la presión de la clase sobre el partido, del partido sobre el aparato, que no representaba a éste sino a la *verdadera* vanguardia del proletariado, que veía en el aparato, ante todo, una especie de palanca destinada a aumentar la actividad de los obreros avanzados. Lo cual, hasta cierto punto, era verdad.[43]

Por último, superponiéndose a su dogmatismo y a su rigidez, Lenin tenía una asombrosa flexibilidad de espíritu, un sentido casi infalible de la oportunidad, una capacidad para desdecirse y para cambiar súbitamente de posición, que ablandaban la rigidez militar y burocrática del aparato por él formado.[44] Las fallas intrínsecas de sus concepciones organizativas resultaban un tanto atenuadas por su presencia al frente de la organización. Al desaparecer él, esos defectos se agravarán y terminarán haciéndose monstruosos.

Pero la luminosidad de este genio tenía su reverso. Era demasiado dominante. La fuerza de su pensamiento en cierto modo frenaba el desarrollo independiente de sus colaboradores. Había entre ellos y él una "gran brecha". El partido sólo existía para él. Abandonados a su propia ini-

[42] Trotsky, *Ma vie*, ed. París, 1953, pág. 175; Paul Frölich, *Rosa Louxembourg*, París, 1939 (en alemán), págs. 86-89.
[43] Trotsky, *Staline*, París, 1948, págs. 89-90, 314-317.
[44] Schwartz, *op. cit.*, pág. 36.

ciativa, los lugartenientes se atascaban, desbarrancaban, cometían enormes desatinos.[45] Estas fallas fatales de un tipo de organización que intenta inspirarse, no en "la voluntad colectiva de un pueblo, sino en una sola *cabeza, por muy genial que ella sea*", como decía Bakunin.[46]

Las concepciones organizativas de Lenin suscitaron, en la época, vehementes críticas. Cuando las mismas procedían de mencheviques oportunistas como Martinov, Martov o Axelrod, le era muy fácil rebatirlas limitándose, de manera por demás simplista, a tratar a sus adversarios de "girondinos modernos", mientras él se ufanaba calificándose de "moderno jacobino".[47] Pero las críticas más devastadoras, las más sólidas y, por ende, las más difíciles de refutar, provenían, no de los "oportunistas", sino de revolucionarios auténticos, de marxistas probados, como Rosa Luxemburg y León Trotsky.[48]

El "jacobinismo", el "blanquismo" que Lenin reivindicaba con orgullo, condenábanlo Trotsky y Rosa por "periclitado". A juicio de Rosa, no se podía trasponer mecánicamente el principio organizativo blanquista de los círculos de conjurados a la época del socialismo, es decir, a la época del proletariado organizado y con conciencia de clase. Para el movimiento obrero europeo —sostenía Trotsky— era cosa desde hacía largo tiempo superada el estadio del "jacobinismo" y del "blanquismo". En Rusia, éste respondía aún a la psicología política retrasada de la *intelligentsia*

[45] Trotsky, *Staline*, cit., pág. 317; Suvarin, *Staline*, cit., pág. 77

[46] Bakunin, *Œuvres*, Stock, t. IV, págs. 260-261.

[47] Lenin, *Un pas en avant...*, cit., pág. 66; "Deux tactiques", 1905, *Pages choisies...*, t. II, págs. 24-30; "Devons-nous organiser la Révolutions?", 1905, *ibid.*, págs. 37, 46.

[48] Rosa Luxemburg, "Centralisme et Démocratie", 1904, en *Marxisme contre Dictature*, cit.; Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, Ginebra, 1904 (en ruso); algunos extractos en Deutscher, *The Prophet Armed, Trotsky: 1879-1921*. Nueva York y Londres, 1954. Conviene dejar constancia de que, posteriormente, Trotsky se creyó en el deber de desautorizar este folleto (no permitiendo jamás que se lo tradujera del ruso), y se adhirió al "leninismo", eludiendo, a este respecto, todo examen crítico.

revolucionaria. Pero "no era para enorgullecerse si, a causa de nuestro retraso político, seguimos detenidos en el jacobinismo".

Ambos consideraban infeliz la fórmula leninista de "jacobinismo ligado indisolublemente a la organización del proletariado": "En realidad —exclamaba Rosa—, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera: *es el movimiento propio de la clase obrera.*" ¿A qué poner el agregado de "ligado a la organización del proletariado" —inquiría Trotsky— si se conserva la psicología jacobina de desconfianza con respecto a las masas? Y añadía: "No por azar ha dado Lenin una definición que no es sino un atentado teórico contra el carácter de clase de nuestro partido, atentado no menos peligroso que el reformismo."

Rosa denunciaba el "implacable centralismo de Lenin", los poderes exorbitantes que se arrogaba el comité central en materia de selección y de medidas disciplinarias, la sumisión absoluta y ciega de las organizaciones locales del Partido con respecto a la entidad central. Los afiliados no son más que instrumentos, brazos ejecutores de "su alteza, el comité central". Y rechazaba, por considerarla gravísima equivocación, la idea de sustituir en el seno del partido —aunque fuera con carácter temporario— el poder de la mayoría, compuesta de obreros conscientes, por el poder absoluto del comité central. Trotsky se alzaba, igualmente, contra la depuración mecánica, decretada desde arriba y llevada a cabo mediante exclusiones, degradación y privación de derechos. Denunciaba asimismo la política "sustitucionista" de Lenin: primero, el aparato sustituye al partido; luego, el comité central sustituye al aparato; finalmente, un "dictador único" sustituye al comité central. La concepción organizativa de Lenin era la de un partido que sustituía a la clase obrera, que actuaba en su nombre, por poder, sin preocuparse de lo que ella pudiera pensar y sentir. En una palabra, se trataba de una *teocracia ortodoxa.*

Rosa se indignaba al ver que Lenin atribuía a los trabajadores algo así como una afición masoquista por "los ri-

gores de la disciplina despiadada", y que tomaba en sus manos (tras haber sustituido, meramente, la autoridad de la burguesía por la del comité central) el tipo de disciplina inculcada a los obreros por la burguesía zarista; es decir: la disciplina de las fábricas y de los cuarteles. Y replicaba: "Solamente extirpando de raíz estos hábitos de obediencia y servilismo podrá la clase obrera adquirir el sentido de una disciplina nueva, de la autodisciplina libremente consentida". También Trotsky censura esa forma de disciplina que suprime la fuerza vital de un movimiento.

"En un movimiento auténticamente socialista —afirmaba Rosa— los progresos de la conciencia y de la organización no pueden operarse mecánicamente, sino que constituyen un proceso continuo y democrático; por otra parte, no hay recetas tácticas que un comité central pueda enseñar a sus tropas, como se hace en los cuarteles." Y expresaba enérgicamente: "El socialista es el primer movimiento de la historia que se basa... *sobre la organización y la acción directa y autónoma de las masas*... El único «sujeto» al cual corresponde hoy en día el papel de dirigente, es el «yo» colectivo de la clase obrera". Es innegable que, para Rosa, la iniciativa y la dirección de las luchas proletarias "incumben naturalmente al núcleo más organizado y esclarecido del proletariado, o sea, al núcleo socialista", PERO SOLO HASTA CIERTO PUNTO: *"Las revoluciones no se dejan conducir como niños por un maestro de escuela... Jamás deberá concebirse el movimiento de clase del proletariado como movimiento de una minoría organizada... Toda verdadera gran lucha de clases debe cimentarse sobre el apoyo y la colaboración de las masas más vastas posibles, y una estrategia de la lucha de clases... que únicamente se desarrolle al compás de marchas bien ejecutadas"* por una minoría, *"estará condenada de antemano a lamentable fracaso"* [49].

Trotsky, por un lado, explicaba que Lenin, al tratar de

[49] Rosa Luxemburg, *Grève générale, Parti et Syndicats* (1906), ed. 1947, págs. 47-49, 58.

imponer con tanta rudeza la ideología marxista a la *intelligentsia* rusa, se proponía empujar a los intelectuales a convertirse en jefes eficaces de un movimiento obrero carente aún de madurez y de confianza en sí mismo. Pero, al proceder así, se empeñaba en forzar el paso de la historia, y tales artificios no podían obrar como sucedáneo de un proletariado educado políticamente. En efecto: para preparar a la clase obrera, con vistas a la conquista del poder, era preciso desarrollar en ella el sentido de la responsabilidad y el hábito de un constante control sobre el personal ejecutor de la Revolución. Sin embargo, los "jacobinos", los "sustitucionistas", reemplazaban el gran problema de la preparación para la conquista del poder, por la estructuración de un aparato dirigente. Todo lo reducían a una técnica de selección de ejecutantes disciplinados. Invocando el ejemplo de la Comuna de París, Trotsky, fiel en esto a las enseñanzas de Marx, recordaba que aquélla había estado integrada por tendencias diversas y a menudo opuestas. Mas la Comuna resolvió tales contradicciones (y no podía hacerlo de otra manera) mediante la confrontación de los diferentes puntos de vista, mediante largas discusiones. Un aparato fuerte sólo sería capaz de ahogar estas corrientes y divergencias, en el afán de abreviar y facilitar el proceso de esclarecimiento. No era dable eludir dicho proceso con el expediente de instalar, por encima del proletariado, una minoría bien seleccionada —o incluso a una sola persona— provista de poderes disciplinarios. La Comuna demostró, justamente, que el único fundamento del socialismo es un proletariado independiente, y no una clase a la que se ha inculcado el espíritu de subordinación frente a un aparato que se ha erigido por sobre ella. *El socialismo se basa sobre la confianza en el instinto de clase de los trabajadores y en su capacidad para comprender la misión histórica que les compete.*

Rosa denunciaba proféticamente los rasgos conservadores y esterilizantes del "sustitucionismo" burocrático. Éste no hacía más que apuntalar, hasta un grado muy peligroso, el

conservadorismo inherente al aparato: "El ultracentralismo de Lenin se nos aparece impregnado, no de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación consiste en *controlar* la actividad del partido, y no en fecundarla; en estrechar el movimiento más que en ampliarlo". Y expresaba el temor de que *el movimiento revolucionario autónomo de la clase obrera fuese transformado en instrumento de las ambiciones de los intelectuales del comité central. "No concebimos peligro más grande para el partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. Esta coraza burocrática con que se lo inmoviliza, es el instrumento más apto para entregar el movimiento obrero ruso, tan joven aún, a una «élite» intelectual sedienta de poder..."*

Y Trotsky, leyendo el porvenir con igual clarividencia, denunciaba "a todos aquellos que atienden menos a la *lógica histórica del movimiento de clase que a la lógica burocrática de sus planes organizativos"*, de su *"formalismo organizativo"*.

La perspicacia de Trotsky tenía fundamentos muy precisos. Tiempo antes había sorprendido a algunos discípulos de Lenin (el comité bolchevique del Ural) en flagrante delito de blanquismo. Estos militantes, llevando a sus últimas consecuencias las enseñanzas del maestro, se habían atrevido a declarar abiertamente que la dictadura del proletariado sería en realidad *una dictadura sobre el proletariado.* Y Trotsky comentaba el episodio en los términos siguientes: "Se dirá que esto es, simplemente, una demostración de inepcia por parte de un grupo local. Pero, ¿no llama la atención que esta inepcia coincida punto por punto con las críticas que los mencheviques han formulado a Lenin? ¿No se recuerda acaso que mucho tiempo antes de la aparición del documento uraliano la delegación de Siberia había proclamado la hegemonía de un solo individuo en el seno del partido? ¿Lo ignoraba Lenin, para quien se prepara el papel protagónico en el sistema de «boulangismo» uraliano? ¿Ha hecho oír alguna protesta contra éste? Nada de

eso... El manifiesto de marras no es una broma, sino el síntoma de un peligro que de antiguo amenaza al partido. Hay que felicitar a los camaradas uralianos por haber llevado su lógica hasta el fin".

El desenlace lógico de las concepciones que acabamos de reseñar fue la noción del *papel dirigente* del Partido, luego de la toma del poder por el proletariado: "Al educar al partido obrero —escribía Lenin en 1917—, el marxismo forma a la vanguardia del proletariado, la capacita para tomar el poder... para *dirigir* y organizar un nuevo régimen, para ser maestra y guía de todos los trabajadores" [50]. Así, pues, ya no es el proletariado en armas, *sino un sustituto,* el partido, el que gobierna. Isaac Deutscher y Víctor Serge [51] cometen un error al creer que esta noción no era en absoluto inherente al programa bolchevique y que nadie la había formulado hasta que las circunstancias, la vida, la "necesidad", la impusieron [52]. En realidad, las circunstancias objetivas no han hecho más que favorecer, desarrollar hasta el extremo una concepción autoritaria que, *antes de la prueba del poder,* había ya madurado subjetivamente en el pensamiento de Lenin.

Esta concepción del partido dirigente habría de fusionarse en una concepción, no menos autoritaria y jacobina, de la *forma del poder* que nacería tras la revolución proletaria.

En *El Estado y la Revolución,* escrito en vísperas de la Revolución de Octubre, Lenin comienza presentándose como libertario. El objetivo final del socialismo es la extinción del Estado. Toma por su cuenta los conceptos de Proudhon sobre "la incompatibilidad absoluta del poder con la libertad", conceptos que resume en una fórmula

[50] Lenin, *L'Etat et la Révolution* (1917), Petite Bibliothèque Lenine, 1933, pág. 31.

[51] Sobre los viejos bolcheviques, dice Víctor Serge: "Su espíritu, estrechamente intolerante, se representaba al Estado confundido con el aparato del partido, y al partido, regido por la vieja guardia" (*Destin d'une Révolution*, 1937, pág. 140).

[52] Deutscher, *Staline*, 1953, pág. 183; Víctor Serge: *L'An I de la Révolution russe*, 1930, pág. 331.

brillante y lapidaria: *"Mientras exista el Estado no habrá libertad; cuando reine la libertad, ya no existirá el Estado"* [53]. Pero, luego de hacer esta reverencia al anarquismo, pasa a señalar que la desaparición del Estado no seguirá inmediatamente a la conquista del poder por el proletariado. Aquélla sólo será posible tras un "período de transición" más o menos largo. Habrá que esperar a que se transformen las condiciones de producción y se supriman las clases. ¿Cuánto tiempo durará este purgatorio? Lenin elude este doble interrogante: "No tenemos pautas que nos permitan resolverlo" [54].

En lo que respecta a la duración, "no lo sabemos y no podemos saberlo; dependerá del ritmo con que se desarrolle el pasaje desde el capitalismo al comunismo, pues *(Lenin, evidentemente, piensa en el atraso de Rusia)* la misma presupone una productividad y un hombre totalmente diferentes de los que existen ahora". El Estado sólo durará "un tiempo", durará a lo largo de "todo el período histórico que separa al capitalismo del comunismo". El proceso será "lento", "prolongado". Tratar, hoy, de anticiparnos a él "equivale a enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años" [55].

En cuanto a esa cosa informe, inédita e indefinible que nacerá después de la Revolución, será un "Estado transitorio", una "forma revolucionaria y pasajera del Estado", un Estado a la vez "democrático" y "dictatorial", "un Estado no político", "un Estado proletario, o sea un semi-Estado", "algo que no es propiamente el Estado", un "Estado en vías de extinción", una "dictadura del proletariado", "una dictadura provisional de la clase oprimida". Este torrente de definiciones variadas y dificultosas abre la puerta a todas las interpretaciones y, por tanto, cuando llegue la hora de la aplicación, a todos los abusos.

[53] Lenin, *L'Etat...*, cit, pág. 109.
[54] *Ibid.*
[55] *Maladie infantile...*, cit., págs. 134-135, 228. La única restricción que admite Lenin es la siguiente: "Acaso esta demora... sea menor en Inglaterra."

En ciertos momentos podría creerse que la "dictadura del proletariado" es la compulsión ejercida *de abajo hacia arriba* por el proletariado en armas, lo que Víctor Serge denomina el *"Estado-Comuna"* [56]. Lenin elogia a Marx por haber aprendido "en la escuela de la Comuna" y afirma (antes de haber tomado el poder) que se propone "simplemente la organización armada de las masas", *"de la cual los soviets nos ofrecen un ejemplo"*. En el deseo de captar para su partido el poderoso movimiento de masas que, en los momentos en que escribe, se expresa espontáneamente a través de los soviets, sugiere que los ministerios burgueses sean reemplazados por los "soviets soberanos y todopoderosos de diputados obreros y soldados", y propugna la creación de "una república democrática del tipo de la Comuna o de la República de los Soviets" [57]. Pero, en otros momentos, este señuelo, destinado a atraer a las masas proletarias hacia el bolcheviquismo, da paso a perspectivas mucho menos tranquilizadoras para aquéllas. Mientras las condiciones de producción no se hayan transformado radicalmente, subsistirá, en la repartición de los productos, algo que Marx y Lenin llaman "el derecho burgués". De esta terminología imprudentemente tomada al adversario, Lenin deduce que *"el Estado burgués sin burguesía subsiste durante algún tiempo bajo el régimen comunista"* [58]. [Más tarde, en 1922, sugerirá que la construcción de la sociedad comunista se confíe no sólo a los comunistas, sino también a la *burguesía* o a los *intelectuales del campo de la burguesía*, más cultivados que los comunistas [59] (!)]. Y este Estado omnívoro deberá, al parecer, absorberlo todo. Ya en 1848 Marx y Engels proyectaban concentrar la totalidad

[56] Víctor Serge, *Destin d'une Révolution*, cit., pág. 140, 163.

[57] Lenin, *L'Etat...*, cit., págs. 57, 103, 110-111, 125, 132, 137; cfr. Volin, *La Révolution inconnue*. París, 1947, págs. 185-188.

[58] Marx, carta a W. Bracke del 5-5-1875, en *Critique des Programmes de Ghota et d'Erfurt*, Editions Sociales, 1950, págs. 24-25; Lenin, *L'Etat...*, pág. 112.

[59] XI Congreso, marzo de 1922, citado en nota por el editor de Proudhon, *De la capacité politique des classes ouvrières*, Rivière, pág. 92.

de la industria, del capital, de los transportes y del intercambio en manos del Estado [60]. Luego, bajo la presión de los libertarios, vertieron bastante agua en el vino de su estatismo. Lenin, en cambio, se aferra rígidamente al comunismo de Estado. Se asigna la tarea de "aprender en la escuela del capitalismo de Estado alemán" (la "economía de guerra" existente en Alemania de 1914 a 1918 [61]). Lo seduce igualmente la organización que el capitalismo ha dado a la industria moderna, con su "disciplina de hierro" [62], y la propone como modelo. Para él, el capitalismo de Estado es *"la antecámara del socialismo"*, y se puede pasar de uno a otro *"por simples decretos"* [63]. Se extasía ante un monopolio del Estado capitalista como el P. T. T. * y exclama: "¡Qué mecanismo admirablemente perfeccionado! Toda la vida económica organizada como el servicio de correos... Eso es el Estado, ésa es la base económica que necesitamos". (Si hubiera podido leer el reciente estudio de Michel Crozier sobre la administración de los cheques postales [64], se habría atemperado su entusiasmo.) Querer prescindir de la "autoridad" y la "subordinación" —dictamina— es un "sueño anarquista". Su ideal: que "todos los ciudadanos" pasen a ser "empleados y obreros de un solo trust estatal", que "toda la sociedad" se convierta en "una gran oficina y en una gran fábrica" [65].

Pero Lenin sabe bien que una organización económica como ésa está en contraposición con el poder del pueblo en armas (Comuna o soviets) que se describía y prometía páginas antes. Y entonces, al no poder resolver esta grave

[60] *Manifiesto...*, cit., págs. 95-96.

[61] Lenin, *Sur l'impôt en nature*, mayo de 1921.

[62] Con referencia a la disciplina "de hierro", humillante y policial, que reinaba en las fábricas bajo el zarismo, véase *Histoire économique de l'U.R.S.S.*, 1952, pág. 368, por Serge N. Prokovicz.

[63] "La catastrophe et les moyens de la conjurer", *Œuvres*, t. XXI, págs. 207, 228-229.

* Organización estatal de Correos, Transportes y Telégrafo de Francia. *(N. del T.)*

[64] Michel Crozier, *Petits fonctionnaires au travail*, 1955.

[65] Lenin, *L'Etat...*, cit., págs. 57, 59, 110-111, 115.

contradicción, introduce en su sistema estatista algunos correctivos y garantías. En primer lugar, se arrulla con la ilusión de que en la sociedad capitalista la gran mayoría de las funciones administrativas se han "simplificado" enormemente y que, por lo tanto, bajo el régimen socialista "se harían plenamente accesibles a todos los ciudadanos, perdiendo así todo carácter jerárquico o privilegiado" [66]. Así, el *Estado de los obreros* podría reemplazar al *Estado de los funcionarios* [67]. Pero ni él mismo parece muy convencido del pleno éxito de esta sustitución, y se pregunta cómo hará la clase obrera en el poder *"para no caer bajo el yugo de nuevos amos"*, para impedir que los nuevos "funcionarios" *"se vuelvan también burócratas"*. Propone, pues, una serie de "medidas de precaución", ya mencionadas por Proudhon [68], como la elegibilidad y la revocabilidad, una retribución que no supere la del salario obrero y una rotación gracias a la cual todos serán temporariamente funcionarios sin que nadie pueda convertirse en "burócrata" [69].

Pero Proudhon, desde mediados del siglo XIX, había advertido que es imposible ser al mismo tiempo gobernante y gobernado y que de esta antinomia resultaría, ya la desaparición, ya el agresivo retorno del Estado. Cuando el sistema ideado por Lenin —demasiado ingenioso— fue a aplicarse, tenía que estallar la contradicción y —con la ayuda de la "necesidad"— prevalecer la segunda alternativa. El propio autor admite en 1920 que ya no estaban en presencia del *Estado obrero* soñado en 1917, sino de un Estado *"no totalmente obrero"*, de un *"Estado obrero sujeto a una deformación burocrática"* [70].

[66] Lenin, *L'Etat*..., pág. 111. Es perfectamente posible reemplazar a los capitalistas y a los funcionarios —en lo tocante al control de la producción— por el pueblo en armas (pág. 114).

[67] Lenin, *L'Etat*..., cit., pág. 111.

[68] Proudhon, *Idée Générale de la Révolution au XIX siècle* (1851), Ed. Rivière, págs. 184-185.

[69] Lenin, *L'Etat*..., cit., págs. 88-89, 125-126.

[70] Lenin, *Obras* (en ruso), t. XXVI, pág. 67, en Schwartz, *op. cit.*, págs. 85-86.

Leyendo a Víctor Serge y a Volin [71] se comprueba que la democracia directa de los soviets, del pueblo en armas (al igual que la democracia directa de 1793 [72]) tuvo fugaz existencia después de octubre. Casi inmediatamente fue reemplazada por el poder *desde arriba*, por un aparato estatal centralizado y ya burocrático. Pero Serge, anarquista arrepentido, acepta este retorno ofensivo del Leviatán, en nombre de la *necesidad*. La propia Rosa Luxemburg, cuando, en el curso del verano de 1918, criticaba con severidad la "dictadura" naciente, atribuía los "errores cometidos" al "imperativo de la necesidad" [73]. Pero ¿es dable imputar el fenómeno a la necesidad, *únicamente*? Sin duda alguna, la espantosa situación en que se encontraban los bolcheviques, al frente de un país aislado, atrasado, sumido en la guerra civil y amenazado por la intervención extranjera, fue la causa *objetiva* de la rápida liquidación del poder de los soviets y de la implantación de un Estado fuerte. Pero las intenciones *subjetivas* desempeñaron también un papel no desdeñable. Hay que estar cegado por el dogmatismo para no discernir en el leninismo, superponiéndose a tendencias libertarias y anulándolas, una propensión hacia el más autoritario de los comunismos de Estado.

Allá por 1870, un revolucionario genial, hoy injustamente olvidado, daba la alarma contra las concepciones de organización del movimiento obrero y del poder "proletario" que Lenin habría de llevar al triunfo. Miguel Bakunin creyó ver en el marxismo —a veces equivocadamente, a veces con razón— el embrión de lo que luego sería el leninismo. Atribuyendo malignamente a Marx y a Engels intenciones que éstos jamás habían expresado, por lo menos abiertamente, escribía: "Pero —se dirá— no todos los obreros...

[71] Víctor Serge, *L'An I de la Révolution Russe*, 1930, en particular pág. 331; Volin, *op. cit.*, en particular pág. 257.

[72] Cfr. *La revolución desjacobinizada*, pág. 27.

[73] Rosa Luxemburg, *La Révolution Russe* (1918), ed. 1937, págs. 28-29.

pueden convertirse en sabios, ¿y acaso no basta que en el seno de esta asociación [la Internacional obrera] haya un grupo de hombres provistos de un dominio completo —tan completo como sea posible en nuestros días— de la ciencia, la filosofía y la política del socialismo, para que la mayoría... obedeciendo con fe a sus directivas... pueda estar segura de no desviarse del camino que la conducirá a la emancipación definitiva del proletariado?... *Frecuentemente hemos oído este razonamiento, formulado, no en forma franca —faltan el valor y la sinceridad necesarios para ello—, sino con reticencias más o menos hábiles...*" [74] Y Bakunin declara: "Habiendo tomado como base el principio de que... el pensamiento tiene prioridad sobre la vida y que la teoría abstracta tiene prioridad sobre la práctica social, y que, en consecuencia, la ciencia sociológica debe convertirse en punto de partida de las conmociones sociales y de la reconstrucción social, han llegado necesariamente a la conclusión de que, como el pensamiento, la teoría y la ciencia son, por lo menos en la actualidad, propiedad exclusiva de un puñado de personas, esta minoría debe dirigir la vida social..." [75] 'Las palabras *socialismo científico*... no significan otra cosa que la dominación despótica de las masas laboriosas por parte de una nueva aristocracia, compuesta por un reducido número de sabios o de pretendidos sabios" [76]. "Pretender que un grupo de individuos —aun cuando sean los más inteligentes y estén animados de las mejores intenciones— sea capaz de convertirse en la inteligencia, el alma y la voluntad directriz y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todos los países, constituye una herejía tan enorme contra el sentido común y contra la experiencia histórica, que nos preguntamos con asombro cómo ha podido concebirla un hombre de la inteligencia de Marx... La implantación de una dictadura mundial que

[74] Bakunin, *Œuvres*, cit., t. VI, pág. 95.
[75] Bakunin, *Œuvres*, cit., t. VI, pág. 95.
[76] Bakunin, *L'Etat et l'Anarchie*, cit., pág. 284.

rigiese y dirigiese el movimiento insurreccional de las masas como se dirige una máquina..., la implantación de una dictadura semejante bastaría por sí sola para matar la revolución, para paralizarla y para inutilizar todos los movimientos populares... ¿Y qué pensar de un congreso internacional que, en beneficio de esta pretendida revolución, impone al proletariado de todo el mundo civilizado un gobierno investido de poderes dictatoriales?" [77]

En verdad, se necesita forzar el pensamiento de Marx para atribuirle una concepción tan universalmente autoritaria. Pero hoy, leyendo a Bakunin, nos parece que éste tuvo la presciencia del bolcheviquismo, y también de la III Internacional.

En lo que respecta al problema del Estado, el gran libertario no se mostró menos profético. Los "socialistas doctrinarios" —dice— "no han sido ni serán jamás enemigos del Estado, sino que, por el contrario, son y serán sus más celosos paladines", pues aspiran a "poner al pueblo bajo una nueva coyunda" y a "derramar [sobre él] los beneficios de sus medidas gubernamentales" [78]. Sin duda admiten, como los anarquistas, que todo Estado es un yugo, pero "sostienen que sólo la dictadura —la dictadura de ellos, claro está— puede crear la voluntad del pueblo; por nuestra parte, les respondemos: *ninguna dictadura puede tener otro fin que su propia perpetuación*". En vez de dejar que el proletariado destruya al Estado, quieren que este último pase "a manos de sus bienhechores, guardianes y profesores: los jefes del partido comunista. Quieren concentrar todos los poderes del Estado en una mano fuerte. Crearán una sola banca del Estado, concentrando en éste toda la producción industrial, agrícola y aun científica... Bajo el mando directo de este Estado, la nueva clase privilegiada estará constituida por los ingenieros". Pero comprendiendo que un gobierno semejante será, "pese a su forma democrática, una verdadera dictadura, se consuelan con la idea de que

[77] Carta al diario *La Liberté*, en *Œuvres*, cit., t. IV, págs. 342-343.
[78] Bakunin, *L'Etat et l'Anarchie*, cit., pág. 284.

dicha dictadura ha de ser tan sólo temporaria, y de breve duración". ¡Piedra libre!, les grita Bakunin. La dictadura transitoria desembocará en la "reconstrucción del Estado, de los privilegios, de las desigualdades, de la opresión estatal"; en la formación de una aristocracia gubernamental, es decir, de toda una clase integrada por gente que nada tiene en común con la masa del pueblo "y que vuelve a explotarlo y a someterlo con el pretexto de la felicidad colectiva o para salvar al Estado". Éste, reconstituido, sería "una especie de Estado oligárquico, el peor de cuantos ha habido", y sería "tanto más absoluto cuanto que su despotismo se oculta cuidadosamente tras la apariencia de un un respeto obsequioso hacia la voluntad... del pueblo" [79]. En un país como Rusia, simplemente se conservaría el Estado de Pedro el Grande, "cimentado sobre la supresión de toda manifestación de la vida popular", pues "se puede cambiar el rótulo de nuestro Estado, se puede cambiar su forma... pero en el fondo siempre seguirá siendo el mismo". Se impone, o bien destruirlo, ya que "su existencia no es compatible ni con la libertad ni con el bienestar del pueblo", o bien hacer el "socialismo de Estado", "reconciliarse con la mentira más vil y deleznable de nuestro siglo... la *burocracia roja*" [80].

El flagelo que aquí predice Bakunin, ¿no se parece, como una gota de agua a otra, al monstruo que el socialismo autoritario engendró en nuestros días a partir del atraso ruso? Sólo acabaremos con ese flagelo, sólo libraremos de él al mundo, si aceleramos la hora en que, por el ejercicio de la democracia, por la educación y la autogestión, se opere la fusión —anunciada por Lassalle— de la ciencia, de la conciencia, con la clase obrera.

[79] Bakunin, *o. cit.*, págs. 237, 288; *Œuvres*, t. II, pág. 108; t. IV, págs. 260, 264; t. VI, pág. 96.

[80] Bakunin a Herzen y Ogareff, 19-7-1866, en *Correspondance*, ed. Michel Dragomanov, París, 1896, págs. 227, 219.

7. EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshé Lewin en su libro "El último combate de Lenin" [1] y en su comentario del "Diario de las secretarias de Lenin" [2], siguió paso a paso la enfermedad de Lenin desde diciembre de 1922 a marzo de 1923, es decir durante el período en que Vladimir Ilitch, (golpeado ya por el mal que habría de llevarlo el 21 de enero de 1924) pudo dictar las notas conocidas con el nombre de "Testamento" y sus últimos escritos: cinco artículos redactados en enero y febrero de 1923, el más notable de los cuáles, "Más vale menos, pero mejor" fue publicado en el *Pravda* del 4 de marzo de 1923 con un retraso intencional por parte del Buró político.

El autor nos recuerda en su introducción que, a decir verdad, el tema no es totalmente nuevo. Ya nos eran conocidas las revelaciones y las cartas publicadas por Trotsky en la *Revolución traicionada* [3], testimonio que considera redactado "con la mayor honestidad y la mayor exactitud" [4]. Pero publicaciones recientes han permitido que el tema se renueve: éstas son, por una parte, la aparición de la quinta edición de las "Obras Completas" de Lenin, más "completas" que las precedentes (o menos censuradas, podría haber agregado, y provistas de un importante aparato explicativo (que hubiese sido impensable en el período stalinista); y por otra parte, el "Diario de las secretarias de Lenin" que decidieron publicar en Moscú en febrero de

[1] 1967.

[2] *Cuadernos del mundo ruso y soviético*, vol. VII (y no VIII como se indica por error en el libro de Lewin), abril-junio de 1967, traducción de Jean-Jacques Marie.

[3] Lewin habla de las "revelaciones de Trotsky de los años 20". ¿Por qué esta formulación imprecisa? La *Revolución traicionada* apareció por primera vez en Francia en 1929.

[4] El homenaje así rendido, que extraemos del comentario del *Diario*, nota 1 de pág. 153 (pág. 297), es más vibrante que el otorgado en el libro (pág. 100).

1963 [1] y que nos fue revelado en francés con un retraso de más de cuatro años.[2]

El libro de Moshé Lewin y el "Diario" tienen ante todo el valor de ser un patético documento humano. Nos hacen ver a un hombre, colocado por la Revolución de Octubre a la cabeza de un régimen que cubre la sexta parte del globo, impotente y físicamente (mas no intelectualmente) disminuido por la enfermedad. Está además prisionero de un Comité Central en el cual Stalin ya se impone; es este último quien, el 18 de diciembre de 1922, se "preocupa" por el cuidado de su salud: con el pretexto de evitarle toda fatiga, el futuro dictador trata de impedirle la comunicación con el exterior, y especialmente con Trotsky. Lenin es víctima de su propia policía.

El 22 de diciembre el cuidador de Ilitch, recién en funciones, se entera a través de sus informantes que en la víspera Krupskaia ha tomado en dictado unas breves palabras de felicitación dirigidas a Trotsky por haber triunfado en una sesión del Comité Central "sin disparar un tiro"; el debate estaba dedicado al monopolio del comercio exterior (en el cual los dos artesanos de la Revolución de Octubre, a pesar de la N. E. P., estaban de acuerdo contra Stalin y otros en no hacer derogaciones). Stalin llama entonces a Krupskaia por teléfono y se permite "un griterío de los más groseros" contra ella, la cubre de "injurias indignas y de amenazas", habla de enviar a la compañera de Lenin ante la comisión de fiscalización, de tal modo que ésta escribe a Kamenev para quejarse: "Sé mejor que todos los médicos de qué se puede y de qué no se le puede hablar a

[1] En esta fecha apareció en ruso, en la revista *Cuestiones de Historia* y al mismo tiempo en las *Obras completas*, 5ª edición, pág. 43.

[2] Los trabajos de Moshé Lewin contienen algunas faltas tipográficas que pueden inducir al error al lector. De esta forma la carta de Krupskaia, en la pág. 150 del libro, lleva la fecha del 23 de diciembre de 1923, mientras que es del 23 de diciembre de 1922, y, en la pág. 316 del *Diario* se lee: "5 de enero de 1924", mientras que hay que leer: "5 de enero de 1923."

Ilitch, puesto que sé lo que lo perturba o no, y en todo caso, lo sé mejor que Stalin".[1]

Lewin subraya que la intervención de Stalin no estaba justificada ni siquiera desde el punto de vista médico, puesto que Krupskaia había recibido autorización del médico que lo trataba para tomar en dictado esta carta. Lenin no pudo ser puesto al tanto de este grave e insólito incidente, pues casi enseguida, el 23 de diciembre, fue sorprendido por un serio ataque de parálisis. Pero lo supo apenas su estado de salud se hubo mejorado temporariamente.

Y quizás bajo el golpe de esta revelación, el 4 de enero de enero de 1923, Ilitch dictaba la nota donde proponía desplazar de su puesto al ya todopoderoso secretario general: "Stalin es demasiado brutal y este defecto ... se torna intolerable en las funciones de secretario general." No obstante esto, los editores de la 5ª edición de las "Obras Completas" sostienen que Krupskaia no habría referido el hecho a Ilitch sino a principios de marzo. De todas maneras, el 6 de marzo de 1923, Lenin dictaba este mensaje demoledor dirigido a Stalin, que el régimen post-stalinista consistió en introducir en el tomo 54: "Se ha permitido la grosería de llamar por teléfono a mi mujer e injuriarla. No tengo intenciones de olvidar lo que se ha hecho en mi contra, y es de por sí evidente que, del mismo modo, considero como hecho contra mí, lo que se ha hecho contra mi mujer. Por esta causa le pido considere si está dispuesto a retirar lo dicho y a presentar sus excusas, o bien, si prefiere, romper las relaciones entre nosotros." Esta carta habría de ser el último acto político de Lenin. Ni siquiera pudo tomar conocimiento de las excusas de Stalin, exigidas y obtenidas, puesto que cuatro días más tarde era víctima de un ataque de parálisis más grave que los precedentes con pérdida del uso de la palabra, que iba a conducirlo a la tumba once meses después.

Entre enero y marzo de 1923, alrededor de la misma épo-

[1] Después de la era stalinista, la carta fue finalmente publicada en el t. 54 de la 5ª edición, pero aun así con cortes.

ca, el "Diario" abunda en detalles. Es así como el 1º de febrero Lenin es informado que, ante el retroceso de su mal, el Buró político ha consentido en permitirle recibir ciertos documentos para estudiarlos. Le confía entonces a una de sus secretarias, L. A. Fotieva: "¡Ah si estuviese en libertad!" El 12 de febrero la misma secretaria anota: "Visiblemente ... Vladimir Ilitch tuvo la impresión que no eran los médicos los que daban las instrucciones al Comité Central, sino el Comité Central quien las daba a los médicos."

Sin embargo Lewin no se contenta con relatar, también juzga. Sus apreciaciones, siempre interesantes, algunas veces parecen contradictorias y otras, en cambio, coherentes.

El problema de la autogestión obrera no es abordado sino incidentalmente. El autor menciona la supresión de los consejos de fábrica, supresión que señaló el comienzo del proceso de burocratización de la Revolución soviética, pero lo hace superficialmente.

Ante todo, omite que la autogestión obrera había sido preconizada con mucha convicción y ardor, por los mismos bolcheviques. No se necesita más prueba que los extraordinarios artículos de Lenin aparecidos en Francia hace tiempo, en una recopilación titulada: "Por el camino de la insurrección", así como los informes del Comité Central del Partido Comunista Ruso publicados por François Maspero.

Omitiendo este punto de partida, Lewin sostiene bastante severamente, que los consejos de fábrica habían sido el fruto de "un brote libertario de inspiración sindicalista" y afirma, condenándolos en bloque, que "sólo trajeron desórdenes". Sería por esta causa que Lenin se habría visto obligado a favorecer la burocracia administrativa "contra las tendencias anarco-sindicalistas de los obreros".

Ni una palabra por supuesto del testimonio dado por Volin en "La Revolución desconocida". Este anarquista, estrechamente vinculado con la época de los consejos de fábrica, ha demostrado que la autogestión durante el corto período en que había podido ser experimentada, había

suministrado, por el contrario, la prueba de la madurez de la clase obrera rusa y de su notable capacidad de iniciativa creadora, rápidamente frenada.

Moshé Lewin no explica claramente por qué esta gestión desde abajo tuvo que desaparecer tan rápidamente ante la tutela burocrática. O si lo hace, es en términos injustos para con el proletariado. Si damos crédito a sus palabras, los obreros habrían sido "demasiado incultos" para poder participar efectivamente en la gestión de las empresas; era necesario que fuesen reemplazados por burócratas.

Sin embargo el autor refuta, sin parecer percibirlo, su propia tesis cuando agrega: "Al decir eso, nos referimos a los obreros como grupos, pues individualmente llegaban a los más altos puestos del Partido". ¿No es singular que los obreros hayan sido colectivamente incapaces pero que, una vez absorbidos por el Partido, hayan demostrado súbitamente sus capacidades? Hubiera sido muy útil que se nos intentase explicar esta extraña metamorfosis.

Lewin observa por otra parte, que las fábricas fueron privadas de su élite proletaria, reclutada para reforzar el aparato administrativo: he aquí el núcleo del problema. ¿Es preciso sacrificar la autogestión obrera en provecho de la construcción de un aparato de Estado invasor y pletórico y de una casta de burócratas impacientes por mandar y hacerse obedecer?

Lenin ha convenido en que "las fuerzas del proletariado fueron agotadas sobre todo por la creación del aparato". Es bien evidente que esta extracción unida a la dispersión en el campo de un gran número de obreros, a causa del hambre y de la falta de materias primas, no facilitó la consolidación de la autogestión. Pero aún así el proletariado no había sido borrado del mapa y a veces se tiene la impresión que se invoca su "agotamiento" como una falsa excusa.

Lewin admite que la máquina del Partido sustituyó demasiado rápidamente al proletariado organizado; empero cree que este proceso habría sido considerado al principio como un "fenómeno transitorio a la espera del reagrupa-

miento de los obreros de las grandes fábricas y el refuerzo de la industria por las realizaciones futuras".

Hubieran sido deseables pruebas y citas incontrovertibles en apoyo de esta afirmación; sin embargo, parece que no estamos en condición de producirlas. Y constatamos melancólicamente que, en realidad, el reinado de los burócratas, comenzaba en las fábricas (reinado cuya extinción sólo hoy se comienza a prever y todavía a largo plazo, medio siglo después de la gloriosa Revolución de Octubre).

Igual incertidumbre existe en el pensamiento de Lewin en lo que concierne a las partes objetivas y subjetivas respectivamente, en el proceso de burocratización. Son solamente las terribles condiciones objetivas de las vísperas de la Revolución, ¿es la guerra civil la que ha moldeado el régimen dictatorial? ¿O son más bien "las doctrinas del Partido", o mejor aún "la doctrina sobre el Partido" forjada por Lenin? No sólo duda Lewin, sino que se siente remiso de adoptar la opinión de ciertos historiadores que ven en esta doctrina preestablecida el "pecado original" de Lenin. Sostiene que "el lugar central acordado al Partido en la estrategia leninista no debe conducir sin embargo a imputarle, como algunos lo hacen, todas las responsabilidades" de una evolución que desembocará finalmente en la autocracia. Cree saber que "la dictadura del Partido sobre el proletariado no entraba en los designios de Lenin", pero que constituía "el corolario totalmente imprevisto de una serie de circunstancias imprevistas". No obstante admite que, si "Lenin pudo acomodarse a esta nueva situación" tan fácilmente, fue porque estuvo ayudado en ello por las ideas sostenidas antiguamente en *Que hacer*, es decir por "la importancia del papel atribuido a la toma de conciencia, que no es espontánea, y por una cierta concepción del Partido al que atribuye la tarea de despertar esta conciencia".

En otra parte el autor reconoce que el régimen bolchevique ya bajo Lenin, no estaba "muy alejado de la realización de la situación que Trotsky había previsto en 1903-1904", a saber: "La organización del Partido tomará el

lugar del Partido mismo, el Comité tomará el lugar de la organización, finalmente el dictador tomará el lugar del Comité Central." Como si quisiese hacerse perdonar este instante de audacia, Lewin agrega: "A pesar de la fina intuición de Trotsky sería falso creer que la concentración del poder que llegó a su paroxismo con el régimen stalinista, era el resultado de las escisiones de 1903-1904." En consecuencia un punto crucial como el mecanismo de la degeneración de la primera revolución proletaria de la historia, es apenas abordado, e imperfectamente esclarecido.

Sin embargo, el producto de este mecanismo, tal como ya aparecía en vida de Lenin, es diagnosticado por el autor sin rodeos: "el Partido sustituye a la clase" y se está en presencia de una "dictadura del proletariado casi sin proletariado, acaparado por un partido en cuyo seno aquél era minoritario".

Lewin no se muestra tampoco muy seguro de sí cuando aborda la cuestión de la prohibición de las fracciones decidida en marzo de 1921 por el X Congreso del Partido comunista soviético. Se pregunta si esta desgraciada decisión fue simplemente temporaria y, como lo sostuvo Trotsky en "La Revolución traicionada", una "medida excepcional llamada a caer en desuso con la primera mejoría de la situación", o si por el contrario fue "el fruto de un error de cálculo y de la falta de clarividencia". Si nos remitimos —lo que no hace el autor— al informe del X Congreso [1] se constata, efectivamente, que Lenin, en sus relaciones, presenta la prohibición de las fracciones como una necesidad del momento. Sin embargo, en el texto mismo de la resolución que emite la prohibición [2], su carácter "temporario" no figura. Moshé Lewin no ha llegado a conocer un texto de Trotsky donde el mismo estima que "esta prohibición fue uno de los puntos de partida de la degeneración del partido", para concluir: "Es así como se

[1] Lenin, *Obras completas*, t. 32.

[2] El texto se encuentra en las notas que siguen a la *Oposición obrera* de Kollontai, en el nº 35 de la revista *Socialismo o Barbarie*.

formó el régimen totalitario que mató al bolcheviquismo." [1]

Lewin tiene el mérito de denunciar la mostruosa máquina estatal en que muy rápidamente se transformó el régimen soviético aún antes de la muerte de Lenin. "El Estado dictatorial tiende a fijarse en un organismo con leyes e intereses propios, se arriesga a sufrir asombrosas distorsiones en relación con los objetivos iniciales, se arriesga a escaparse de las manos de sus fundadores [...] El instrumento se torna entonces un fin en sí [...], una máquina de opresión". ¿"Degeneración imprevista", imprevisible? ¿No hubiera sido oportuno recordar que la previsión de la misma había sido hecha largo tiempo antes por Bakunin, y su análisis desarrollado por Volin en el curso y dentro mismo de la Revolución Rusa?

Lewin subraya que Lenin al fin de su vida, "no ahorró las críticas más amargas", a esta "formidable máquina administrativa". Pero nos parece que las raras citas que rescata dan un reflejo demasiado pálido de la angustia experimentada por el fundador del primer Estado socialista ante su propia creación. El autor, a nuestro parecer, no ha utilizado suficientemente los escritos revelados hace poco al lector francés, por los últimos tomos de la 5ª edición de las *Obras completas*. Así, por ejemplo, en un anexo, Lewin reproduce en extenso el último artículo de Lenin "Más vale menos, pero mejor", sin embargo en el meollo de su libro no cita los pasajes más salientes: "Las cosas van mal con nuestro aparato estatal, por no decir que son detestables." "La burocracia existe entre nosotros", etc.

El autor tiende a subestimar la relativa clarividencia de

[1] Carta de Trotsky al Partido Socialista Obrero y Campesino del 25 de julio de 1939. Pierre Broué no creyó necesario insertar esta larga e importante carta en su reciente trabajo: *El movimiento comunista en Francia*, 1967. Pierre Frank tampoco hace mención de ella en una nota al pie de página, en la pág. 264 del tomo I de la reedición de *La Internacional comunista después de Lenin*, 1969. El texto fue publicado, sin embargo, con el título "El troskismo y el P.S.O.P." en el nº 42 de *Bajo la Bandera del Socialismo*, noviembre-diciembre de 1967.

Lenin a propósito de la burocracia: "El tumor burocrático inquietaba ciertamente a Lenin hasta el más alto grado pero, a su parecer, no provenía de allí la amenaza más grave. [...] Lenin no distinguió toda la magnitud del peligro representado por el abuso de poder que la cumbre de la jerarquía podía ejercer. [...] Los fenómenos de los que hablaba en su testamento no eran todavía para él perfectamente claros. [...] Lenin combatía ferozmente el burocratismo pero no lo analizaba con suficiente profundidad."

Pasando de un extremo al otro nos parece que el autor *sobreestima*, las reformas de las estructuras gubernamentales, que encaraba el enfermo en los últimos tiempos de su vida. Estos proyectos, y Moshé Lewin conviene en ello, tenían el inconveniente de ser concebidos desde arriba. Era solamente "la cabeza del Partido" la que Ilitch hubiera querido reorganizar; se preocupaba más de mejorar "la calidad de las capas superiores" que de recrear "la fuerza y la conciencia de la clase obrera". Sus designios se limitaban a querer dotar al Partido de una eficaz comisión de control central que hubiera reemplazado la poca provechosa inspección obrera y campesina. ¿Por qué habría de triunfar una, donde la otra había fracasado? Lewin enumera a justo título los riesgos que hubiese acarreado tal experiencia: todo dependía de la elección de los veedores y esta selección no podía ser fructífera sino durante el tiempo que Lenin viviese para operarla por sí mismo; en los proyectos de Lenin, por otro lado, la comisión de control central debía estar ligada al congreso del Partido; pues bien, dicho Partido se había quedado sin su aliento vital después de la prohibición de las fracciones.

Sin embargo, a nuestro parecer, Lewin exagera cuando asegura que el proyecto de Lenin era un verdadero "golpe de Estado" y que hubiera sido el punto de partida de una "nueva orientación". También deja de ver que las reformas de Lenin debían tomar, según la intención y la confesión de aquél, "muchos, pero muchos, muchos años [1]". Se deja en-

[1] "Más vale menos, pero mejor", cit.

gañar además y singularmente desconoce la auténtica concepción marxista de la "dictadura del proletariado" cuando, pasando del relato histórico a la divagación teórica, cree en la posibilidad de "crear una máquina dictatorial capaz de controlarse" y más cuando traza el esquema utópico —digamos babeuviano— de "un régimen dictatorial racional con jefes íntegros a la cabeza, que trabajen conscientemente para supera el subdesarrollo y la dictadura"; para terminar proclamando con un optimismo gratuito, invalidado por todo el curso posterior de la Revolución Rusa: "Nada nos permite deducir que este tipo de dictadura está destinada a degenerar obligatoriamente en una dictadura personal, despótica e irracional."

Finalmente Moshé Lewin se expone a críticas aún más rotundas cuando se atreve a prever lo que Lenin hubiese hecho de seguir viviendo. Trasponiendo, sin decirlo francamente, el esquema de la revolución cultural china a la revolución rusa, confundiendo a Lenin con Mao, nos revela, con la seguridad de un privilegiado que hubiese recibido de Lenin confidencias de ultratumba: "Se hubiera visto obligado constantemente a movilizar aliados dentro y fuera del Partido; hubiese tenido que hacer un llamado a las fuerzas vivas del país: la juventud obrera y estudiantil, los intelectuales, los mejores del campesinado [...], algunos elementos de los otros partidos socialistas." Aquí el lector desearía precisiones indispensables: ¿al auxilio de quién hubiera recurrido Lenin "fuera del Partido", habiéndole conferido al mismo un monopolio exclusivo? ¿Qué elementos de "otros partidos socialistas", suprimidos hace largo tiempo (del mismo modo que las fracciones dentro del propio Partido)? ¿Cuáles intelectuales? ¿Qué elementos del campesinado?

Es más agradable a nuestra imaginación la hipótesis de una coalición entre Lenin y Trotsky dirigida contra Stalin, hacia la cual había esbozado un primer paso durante su enfermedad. Pero en contra de esta suposición Lewin reprocha a Lenin su "elitismo estrecho" que le hacía "adormecer

su vigilancia" sobre las tendencias "peligrosas de la cumbre del poder". Y paralelamente reprocha a Trostky por haber "sucumbido al fetichismo del partido". ¿Acaso hubiera bastado la asociación de los dos grandes revolucionarios (si hubiese podido ser llevada a cabo) para detener la degeneración de la Revolución de Octubre? Nos es lícito dudarlo.

1967.

8. LA AUTOGESTIÓN CONTEMPORÁNEA

La derrota de la revolución española había privado al anarquismo de su único y exclusivo baluarte en el mundo. Salió aplastado y disperso, y, en cierta medida, desacreditado. Por otra parte, la condena pronunciada por la historia contra él era severa e injusta en ciertos aspectos. No fue el verdadero, o en todo caso, el principal responsable de la victoria franquista. La experiencia de las "colectividades" rurales e industriales llevada a cabo en las circunstancias más trágicamente desfavorables, dejaba tras de sí un saldo ampliamente positivo. Pero fue desconocida, subestimada, calumniada. Durante años el socialismo autoritario, desembarazado de la indeseable competencia libertaria, quedó dueño de la situación en todo el mundo. La victoria militar contra el hitlerismo, conseguida por la U.R.S.S. en 1945, y los logros innegables y aun grandiosos en el plano técnico, parecieron en un momento dar la razón al socialismo de Estado.

Empero, los mismos excesos de este régimen no tardaron en engendrar su propia negación. Hicieron nacer la idea que la paralizadora centralización estatal debía ser suavizada, que las unidades de producción debían disponer de

una mayor autonomía, que los obreros estarían incitados a trabajar más y mejor si pudiesen intervenir en la gestión de las empresas. En uno de los países avasallados por Stalin fueron engendrados lo que en medicina se llama "anticuerpos": la Yugoslavia de Tito se liberó de un yugo demasiado pesado, que hacía de ella un país colonizado; procedió a una nueva evalución de los dogmas, cuyo carácter antieconómico saltaba ahora a la vista; volvió a la escuela de los maestros del pasado; descubrió y leyó discretamente la obra de Proudhon, penetró en sus predicciones. Exploró igualmente las zonas libertarias, demasiado desconocidas, del pensamiento de Marx y de Lenin. Profundizó entre otras la noción de "extinción del Estado" que no había sido borrada totalmente, por cierto, del vocabulario político, pero que era una fórmula ritual, desprovista de toda sustancia. Remontándose al corto período en que el bolcheviquismo, con los soviets, se había identificado con la democracia proletaria por abajo, rescató una palabra pronunciada y luego rápidamente olvidada por los conductores de la Revolución de Octubre: *autogestión*. No prestó menos atención a los embriones de consejos de fábrica que el contagio revolucionario había hecho surgir en la misma época en Alemania e Italia y mucho más recientemente en Polonia, Hungría y Checoslovaquia; se preguntó, como lo escribía en la revista *Argumentos* el italiano Roberto Guiducci, si "la idea de los consejos, que el stalinismo había ahogado por razones evidentes", no "podría ser recuperada en términos modernos".

Cuando la Argelia descolonizada accedió a la independencia, y sus nuevos dirigentes se percataron de institucionalizar las ocupaciones espontáneas de los bienes vacantes europeos, efectuadas por los campesinos y los obreros, se inspiró en el precedente yugoslavo, asimilando al mismo tiempo su legislación en la materia.

La autogestión, si las alas no le son cortadas, es innegablemente una institución de tendencias democráticas, verdaderamente libertarias. A la manera de las "colectividades"

españolas de 1936-1937, apunta a confiar la gestión de la economía a los productores mismos. A este efecto, instala en cada empresa por el camino de las elecciones, una representación obrera en tres niveles: la asamblea general soberana; su abreviado deliberativo, el consejo obrero, y finalmente el órgano ejecutivo, el comité de gestión. La legislación prevé ciertas garantías contra la amenaza de una burocratización: los elegidos no pueden hacer renovar sus mandatos indefinidamente, deben estar directamente comprometidos en la producción, etc. En Yugoslavia, además de las asambleas generales, los trabajadores pueden igualmente ser consultados a través del referéndum. En las empresas muy grandes las asambleas generales tienen lugar por unidad de trabajo.

En Yugoslavia, como en Argelia, se asigna una función importante, por lo menos en teoría, o en tanto perspectiva del futuro, a la comuna, donde se jactan de hacer prevalecer la representación de los trabajadores de la autogestión. Siempre en teoría, la gestión de los asuntos públicos debería tender a la descentralización y ejercerse cada vez más en el plano local.

Pero la práctica se aparta sensiblemente de estas intenciones. En los dos países mencionados la autogestión hace sus primeros pasos en el marco de un Estado dictatorial, militar y policial, cuyo esqueleto está formado por un partido único monolítico y cuyo timón está sostenido por un poder personal y paternalista que escapa a todo control y a toda crítica. Existe por lo tanto una incompatibilidad entre los principios autoritarios de la administración política y los principios libertarios de la gestión económica. A lo que se agrega la coexistencia de la autogestión con un sector privado muy importante: en Yugoslavia, exclusivamente rural; en Argelia, no solamente rural sino también especialmente industrial, comercial y bancario; los bancos privados se muestran poco dispuestos a financiar la autogestión. En ausencia de un Banco de la autogestión, reclamado en vano por los autogestionarios y rechazado

por el gobierno, el banco central utiliza los fondos líquidos que las empresas autodirigidas están obligadas a confiarle para acordar créditos al sector privado. De este modo la misma autogestión financia a su formidable competidor capitalista. Además, el comercio al por mayor, que sigue siendo privado, extrae de la autogestión beneficios considerables. Las empresas privadas disponen de cuadros técnicos y de una mano de obra especializada mejor retribuida, lo que les permite ganarse a los mejores obreros del sector socialista. Gozan, además, del favor del aparato estatal, que les pasa preferentemente sus encargos.

Por otra parte, a pesar de las precauciones tomadas por la legislación, tiende a manifestarse una cierta burocratización en el mismo seno de las empresas. La mayoría de los trabajadores no está todavía suficientemente madura para una participación efectiva en la autogestión. Carece de instrucción, de conocimientos técnicos, no se ha despojado lo suficiente de la vieja mentalidad salarial, abdica sus poderes en manos de los delegados con demasiada facilidad. El resultado es que una minoría restringida asume la gestión de la empresa, se arroga toda una serie de privilegios, hace lo que se le antoja, se perpetúa en la función directiva, gobierna sin control, pierde el contacto con la realidad, se desliga de la base obrera a la que a veces trata con orgullo y desdén, y de este modo desmoraliza a los trabajadores y los indispone con respecto a la autogestión.

Al oponerse contra estas tendencias los trabajadores reaccionan de una manera que sus censores califican de "primitivismo" y de "obrerismo". Reivindican un "ultraigualitarismo". Tratan de "burócratas" a sus cuadros en bloque.

Por último, el control del Estado se ejerce frecuentemente de manera tan indiscreta y opresiva que la verdadera gestión escapa a los "autogestionarios". El Estado coloca directores al lado de los órganos de autogestión, sin preocuparse demasiado de su consentimiento; en términos legales debería, sin embargo, ser solicitado. La ingerencia de estos funcionarios en la gestión es frecuentemente abusiva

y se comportan a veces con la misma mentalidad arbitraria que los antiguos empleadores. En las empresas yugoslavas muy grandes, el nombramiento de los directores es un asunto de Estado, exclusivamente: estos puestos son distribuidos por el mariscal Tito entre los antiguos combatientes de su vieja guardia.

Además, la autogestión depende estrechamente del Estado en el plano financiero. Vive de los créditos que aquél tiene a bien concederle. Tiene a su libre disposición sólo una parte restringida de los beneficios, mientras que el resto se vuelca a beneficio del tesoro público.

En teoría, la remuneración de los trabajadores debe componerse de dos partes: un pago arancelario y una participación en los beneficios. Pero en la práctica las dos asignaciones tienden a confundirse, ya sea porque la empresa, descontando los resultados futuros, sume pago y "participación" en la hoja de pago, ya porque transforme la "participación" en asignación de una "prima" o de un decimotercer mes de salario. De esta manera el trabajador tiene siempre la impresión de que es un asalariado y lo que debería conformar el atractivo *psicológico* esencial de la autogestión, la "desalienación" y la desaparición de la mentalidad salarial, se ven entorpecidas.

El Estado no se vale de los beneficios de la autogestión únicamente para desarrollar los sectores retrasados de la economía, lo que en sí sería justo, sino que los afecta también a la retribución del aparato gubernamental, de una burocracia pletórica, del ejército, de las fuerzas del orden y a gastos de prestigio a veces desmesurados. La sobrenumeración de los autogestionarios compromete el impulso de la autogestión y contradice sus principios mismos.

Por otra parte, la empresa está sometida a los planes económicos del poder central, establecidos arbitrariamente y sin consultar a las bases, de donde surge una limitación considerable de su libertad de acción. En Argelia debe, además, abandonar completamente al Estado una parte importante de su producción. La misma es avasallada por "ór-

ganos de tutela", que con la excusa de suministrarle una asistencia técnica y contable desinteresada, tienden a reemplazarla y a tornarse ellos mismos administradores.

La "tutela" invade también la autogestión reagrupando las granjas autogestionadas en dominios demasiado amplios, sin que las asambleas generales hayan sido consultadas; de este modo las distancias entre las diversas unidades de un dominio así conformado, vuelven imposible el control efectivo de la gestión por los trabajadores. Centraliza en exceso el material agrícola, transfiriendo las máquinas a su antojo o enviándolas a lejanos centros de reparación estatales, donde quedan inmovilizadas por un tiempo demasiado largo, siendo las tarifas prohibitivas. Tiende finalmente a acrecentar los poderes de los directores y cuadros en detrimento de las prerrogativas de los órganos obreros de la autogestión.

Por último, en el sector industrial, la autogestión ha sido pura y simplemente borrada del mapa: se la ha reemplazado por un sector nacionalizado.

En general, la burocracia del Estado totalitario ve con malos ojos las pretensiones de autonomía de la autogestión. Como ya lo vislumbrara Proudhon, no soporta ningún otro poder fuera del suyo, tiene fobia a la socialización y nostalgia de la nacionalización, es decir, de la gestión directa por los funcionarios del Estado. Tiende a invadir la autogestión, a traducirle sus atribuciones, a absorberla verdaderamente.

El partido único no ve con menos desconfianza la autogestión. Tampoco él puede tolerar rivales. Si la toma a su cargo es para ahogarla mejor; tiene secciones en la mayor parte de las empresas; se le presenta fuertemente la tentación de inmiscuirse en la gestión, de inutilizar los órganos elegidos por los trabajadores o reducirlos al papel de instrumentos dóciles, de falsear las elecciones confeccionando por adelantado las listas de los candidatos, de hacer ratificar por los consejos obreros decisiones que ya ha tomado,

de manipular y desviar los congresos nacionales de los trabajadores.

En contra de estas tendencias autoritarias y centralizadoras, algunas empresas reaccionan manifestando tendencias autárquicas. Se comportan como si estuviesen compuestas por pequeños propietarios asociados. Entienden funcionar en beneficio exclusivo de sus trabajadores. Se inclinan a reducir los efectivos para compartir la torta en menos partes. Manifiestan un desdén egoísta hacía los trabajadores temporarios que en Argelia, por otra parte, están excluidos por ley de la autogestión. Quisieran producir un poco de todo, en lugar de especializarse. Se ingenian para dar vuelta los planes o reglamentos que consideran el interés de la colectividad entera. En Yugoslavia, donde la libre competencia entre las empresas ha sido mantenida (a título de estimulante a la vez que para protección del consumidor), la tendencia a la autonomía conduce a desigualdades flagrantes en los resultados de explotación de las empresas, al mismo tiempo que a irracionalidades económicas.

De este modo la autogestión se ve animada de un movimiento de péndulo que la hace oscilar constantemente entre dos comportamientos extremos: exceso de autonomía, exceso de centralización, "autoridad o anarquía", "obrerismo o caudillismo", según la expresión del ex presidente Ben Bella. Yugoslavia, en particular, ha corregido a través de los años, por medio de la autonomía, la centralización; después la autonomía por medio de la centralización, remodelando sin cesar sus instituciones, sin lograr alcanzar todavía un "justo medio".

A esto se ha agregado más recientemente el llamado capital privado extranjero y hasta la reaparición, todavía modesta, de un sector industrial privado.

Parecería que la mayoría de las debilidades de la autogestión pueden ser evitadas o corregidas si existe un auténtico movimiento sindical de clase, independiente del poder y del partido único, emanado de los autogestionarios pero a la vez encuadrándolos. Es demasiado cierto que la auto-

gestión, por lo menos en sus principios, puede difícilmente bastarse a sí misma. El particularismo de empresa, la tendencia a la burocratización de los elegidos, exigen ser corregidos por un organismo que tenga en vista exclusivamente los intereses de clase del conjunto de los trabajadores y que sea capaz de hacerlos coincidir con el interés general. Este rol indispensable de solidaridad, coordinación y planificación fue asumido en la experiencia de las colectividades españolas de 1936-1937, por el anarcosindicalismo.

Pues bien, en Yugoslavia el sindicalismo obrero juega un papel secundario, pasa por ser un "engranaje inútil"; mientras que en Argelia está pura y simplemente despojado de toda autonomía, domesticado y subordinado al Estado y al partido único. Por lo tanto no llena, o lo hace apenas, la función de conciliación entre autonomía y centralización que debería ser suya y que asumiría mucho mejor que los organismos políticos totalitarios, en la medida en que, efectivamente, emanaría estrictamente de los trabajadores que se reconocieran en él, éste sería el órgano más apto para armonizar las fuerzas centrífugas y centrípetas, para "equilibrar", como decía Proudhon, las contradicciones de la autogestión.

Sin embargo, el panorama no es tan sombrío. La autogestión tiene ciertamente poderosos y tenaces adversarios, que no han renunciado a la esperanza de hacerla fracasar, pero es un hecho que la misma ha demostrado tener su propia dinámica en los dos países donde está en vías de experimentación. Ha abierto nuevas perspectivas para los obreros y les ha restituido —cuando ha funcionado realmente— una cierta alegría en el trabajo. Ha comenzado a operar en sus mentalidades una verdadera revolución; ha hecho penetrar en ellas los rudimentos de un socialismo auténtico, caracterizado por la desaparición progresiva del asalariado, la desalienación del productor, su acceso a la libre determinación. De este modo ha contribuido a una nueva alza de la productividad. A pesar de los tanteos inevitables de un período de noviciado, tiene en su haber resul-

tados apreciables. Sus deficiencias (cuando las presenta en su pasivo) no se inscriben tanto en el nivel de los productores como en los niveles situados por encima de los mismos: la parálisis, la impericia o la corrupción de los aparatos burocráticos.

Los pequeños círculos de anarquistas que siguen de lejos la autogestión yugoslava y argelina la miran con una mezcla de simpatía e incredulidad. Sienten que a través de la misma parte de sus ideales se está convirtiendo en realidad. Pero la experiencia casi no se desarrolla según el esquema ideal previsto por el socialismo liberatario. Es ensayada, muy por el contrario, en un marco "autoritario" que repugna al anarquismo. Y este marco le confiere, sin ninguna duda, características de fragilidad; siempre es de temer que el cáncer autoritario acabe por devorarla. Si a pesar de esto la autogestión fuese escrutada más de cerca, y sin ideas previas, sería posible encontrar en ella signos más bien alentadores.

En Yugoslavia la autogestión es un factor de democratización del régimen. Gracias a ella el reclutamiento se hace en el medio obrero sobre bases más sanas. El partido se resigna a animar antes que a dirigir. Sus cuadros se tornan mejores portadores de las masas, más sensibles a sus problemas y aspiraciones. Como lo ha observado Albert Meister, un sociólogo que se tomó el trabajo de observar el fenómeno en el lugar, la autogestión posee un "virus democrático" cuyo contagio se ejerce a la larga sobre el mismo partido único. Es para él como un "tónico"; suelda los niveles inferiores con la masa obrera. La evolución es tan clara que a veces lleva a los teóricos yugoslavos a usar un lenguaje cercano al de los libertarios. Es así como uno de ellos, Stane Kavcic, anuncia: "La fuerza impulsora del socialismo en Yugoslavia no puede ser en el futuro un partido político ni el Estado accionando desde la cúspide hacia la base, sino el pueblo, los ciudadanos provistos de un estatuto que les permita accionar de la base hacia la cúspide." Y continúa proclamando audazmente que la autogestión libera "cada

vez más de la disciplina rígida y de la subordinación que son características en todo partido político".

Hay por cierto en este lenguaje una parte de demagogia o de bluff, y el autor no tardará en retractarse, agregando con una especie de arrepentimiento: "El papel del partido debe seguir siendo decisivo." Por otra parte, cada vez que la intromisión excesiva del partido provoca en las fábricas las protestas de los autogestionarios, el régimen marca a fuego inmediatamente las "tendencias anarquizantes", es decir, "la desconfianza o el rechazo sistemático de los principios pregonados por el partido".

Esto no quita que, veinte años antes, el lenguaje antiautoritario de Stane Kavcic hubiera sido impensable y señala un indiscutible paso hacia adelante, a pesar de todas las reservas que son prudentes formular al respecto.

En Argelia, la tendencia es menos clara y la experiencia demasiado reciente, y además está expuesta a los golpes de enemigos temibles: burócratas, intereses privados. Antes de la caída del régimen de Ben Bella los mismos tutores creían su deber elevarse contra la palabra "tutela". Por más que el vasallaje les pareciese inevitable en un período embrionario, afirmaban que "no sería indispensable siempre". Se prevé que esta función será tomada progresivamente a cargo por los mismos comités de gestión, una vez que estos últimos estén provistos de cuadros. Hocine Zahouane, responsable entonces de la comisión de orientación del F.L.N., no dudaba en publicar en los diarios, a fines de 1964, un artículo en que denunciaba la tendencia de los órganos de tutela a colocarse por encima de los trabajadores y tiranizarlos: "Se acaba entonces el socialismo. Solamente hay un cambio en la forma de explotación de los trabajadores." El autor de este artículo oficial pedía en conclusión que los productores "sean realmente dueños de su producción" y no "manipulados para fines extraños al socialismo".

Un ala izquierda del F.L.N. denunciaba en voz alta la intromisión de la burocracia estatal en la autogestión; se

esforzaba en extender esta última a través de la puesta en marcha de los engranajes previstos por la legislación, tales como la autonomía financiera de las empresas autodirigidas y el funcionamiento al nivel de la comuna de los consejos comunales de animación de la autogestión.[1] El objetivo confeso de estos militantes de vanguardia era la fusión de la municipalidad y de los consejos comunales el día en que los dos organismos estuviesen en manos de los trabajadores. A partir de la "reestructuración" del partido único iniciada con el congreso de abril de 1964, daban por descontado el saneamiento de la autogestión por medio de un reclutamiento más amplio en el seno de las masas obreras, y como en Yugoslavia, su revigorización por contagio del "virus" democrático.

El ala en funcionamiento de la autogestión también esperaba extender su campo de aplicación a través del control obrero en las empresas del sector privado, por una parte, y a través de una reforma agraria que hubiera socializado la gran propiedad autóctona todavía existente, por otra. En el interior del régimen argelino se libraba cotidianamente un conflicto de clases en torno a la autogestión. Éste desembocó, provisoriamente, en la victoria brutal del conservadorismo antisocialista, consumada por el golpe de Estado militar del 19 de junio, el secuestro de Ben Bella y el arresto de los líderes de la izquierda socializante: Mohammed Harbi y Hocine Zahouane, seguido por el de numerosos militares. Sin embargo, a pesar de la dictadura y del terror, los sindicatos de la U.G.T.A. han continuado luchando por mucho tiempo en salvaguardia de la autogestión, contra los dos peligros que la amenazaban: la estatización de las empresas o su restitución al capitalismo privado.

Es tal la dinámica de la autogestión agrícola que, a pesar de ciertos rasgos reaccionarios del régimen de Boumedienne, ha sobrevivido a todas sus deficiencias, a todos sus adversarios, y ha logrado finalmente que se le acordase por medio de decretos una cierta autonomía (1969).

[1] Pero que todavía no se habían aplicado.

El éxito por lo menos parcial de la autogestión, especialmente en Yugoslavia, está llevando a los dirigentes de la U.R.S.S. a una nueva evaluación de sus métodos de gestión económica. El 15 de octubre de 1964, antes de su caída, Kruschev parecía haber comprendido, aunque tardía y tímidamente, la necesidad de una descentralización industrial. Desde 1955, en ocasión de su visita a Yugoslavia, había admitido ante el auditorio restringido de un consejo obrero, "que el sistema de gestión de la economía soviética había envejecido un poco, y que actualmente se buscaba darle formas menos perimidas". En el XXII Congreso del Partido Comunista ruso (1961), se volvió a hablar de "la autogestión de las masas". A fines de 1962 el plenario del comité central del partido adoptaba una resolución que atraía la atención "sobre la necesidad de desarrollar más los principios democráticos de la participación de los trabajadores en la gestión de la producción".

En el curso de un nuevo viaje a Yugoslavia, en agosto de 1963, Kruschev había prometido enviar una comisión de expertos (reconociendo los éxitos conseguidos en ese país por la autogestión obrera), a fin de encarar el restablecimiento de la autogestión obrera en la U.R.S.S. y su inclusión en la nueva constitución. Durante el congreso de los sindicatos soviéticos (28 de octubre-4 de noviembre de 1963), el presidente de la central sindical, Grichine, declaró: "El desarrollo del estado socialista provocará, poco a poco, su transformación en autogestión social comunista, que asociará a los soviets, los sindicatos, las cooperativas y las otras organizaciones de masas de los trabajadores." A principios de diciembre de 1964 y bajo el título de "El Estado de todo el pueblo", el *Pravda* publicaba un largo artículo tratando de definir los cambios de estructura, gracias a los cuales la forma del Estado "llamada del pueblo entero", difiere de la "dictadura del proletariado", su diferencia consiste, principalmente, en un mayor progreso de la democratización, participación de las masas en la dirección de la sociedad por medio de la autogestión, revalorización de los soviets y de los sindicatos, etcétera.

Bajo el título de "Un problema importante: la liberalización de la economía", Michel Tatu, en *Le Monde*, puso al desnudo los males más graves "que sufre toda la máquina burocrática soviética, y en primer término la economía". El nivel técnico alcanzado por la U.R.S.S. hace cada vez más insoportable el yugo de la burocracia sobre la gestión. Los directores de empresa, en el estado actual de las cosas, no pueden tomar una decisión sobre ningún asunto sin la conformidad de por lo menos una oficina y con mayor frecuencia de una docena de ellas. "Nadie pone en duda el notable progreso económico, técnico y científico realizado en treinta años de planificación *stalinista*. Sin embargo, esto tiene precisamente como resultado que esta economía se coloque hoy en la categoría de las economías desarrolladas y que las viejas estructuras que permitieron llegar a esta situación se muestren cada vez más inadaptadas, y con el correr del tiempo, sin duda, la situación se agravará". "Se necesitaría, por lo tanto, para desprenderse de la enorme fuerza que reina de arriba hacia abajo de la máquina, mucho más que reformas de detalle; un cambio espectacular de espíritu y de método, algo así como una nueva *desestalinización*. Con la condición, sin embargo, como lo ha hecho notar Ernest Mandel en un artículo de *Tiempos Modernos* (junio de 1965), que la tendencia a la descentralización no se detenga en la condición de una simple autonomía de los directores de empresa, sino que desemboque en una verdadera autogestión obrera. Pues bien, no estamos en ese caso. Las últimas reformas anunciadas a fines de septiembre de 1965 no aflojan sino a medias la presión del poder central, e inauguran una especie de "aprovechariado" de los administradores. Los obreros no tendrán casi nada que ver en el asunto, salvo en lo que concierne a una vaga promesa de "participación en los beneficios".

Con todo, Michel Garder, en un pequeño libro, pronosticaba una revolución "inevitable" en la U.R.S.S. A pesar de sus tendencias visiblemente antisocialistas el autor duda, quizá a regañadientes, que "la agonía" del actual

régimen puede llevar a un retorno al capitalismo privado. Muy por el contrario, piensa que la revolución futura podría retomar el viejo *slogan* de 1917: "Todo el poder a los soviets", apoyándose en un sindicalismo regenerado y devuelto a su autenticidad. Finalmente, continuaría a la estricta centralización actual, una federación más descentralizada. "Por una de esas paradojas que abundan en la Historia (afirma el autor), arriesga su desaparición, en nombre de los soviets mismos, un régimen llamado falsamente soviético."

Esta conclusión se aproxima a la de un sociólogo de izquierda, el malogrado Georges Gurvitch, para quien en la U.R.S.S. el posible éxito de las tendencias dirigidas hacia la descentralización e incluso hacia la autogestión obrera (si bien apenas iniciadas) mostraría "que Proudhon fue más certero de lo que se podría creer".

También en Cuba [1] se abren quizás nuevas perspectivas; donde el Che Guevara había tenido que abandonar la dirección de la industria, después de su fracaso en una experienciacia de centralización excesiva. René Dumont, especialista en economía castrista, ha deplorado en un libro la "hipercentralización" y la burocratización de la misma. Ha subrayado especialmente los errores "autoritarios" de un departamento ministerial que busca administrar por sí mismo las fábricas, y que se ve conducido a un resultado inverso: "Partiendo de la intención de forjar una organización fuertemente centralizada, en la práctica se termina por dejar hacer todo, a falta de poder controlar lo esencial." Igual crítica es dirigida al monopolio estatal de la distribución: la parálisis que resulta del mismo habría podido ser evitada "si cada unidad de producción hubiese conservado la facultad de aprovisionarse directamente". "Cuba vuelve a recorrer inútilmente todo el ciclo de los errores económicos de los países socialistas", confiaba a Dumont un colega polaco (bien colocado para saberlo). El autor concluye exhortando al régimen cubano a inclinarse hacia una auto-

[1] Ver más adelante: "¿Dónde va la revolución cubana?"

nomía de las unidades de producción y, en la agricultura, hacia federaciones de pequeñas cooperativas de producción agrícola. No duda en resumir en una palabra el remedio para el mal: autogestión, una autogestión que se puede conciliar perfectamente con la planificación.

En resumen, son los factores exteriores a él mismo los que ponen al marxismo libertario a la orden del día. Por una parte, en el plano económico, el atascamiento burocrático al que conduce el capitalismo de Estado y la parálisis de la producción que resulta de ello; en el plano político, el aplastamiento, por el aparato estatal totalitario, de la individualidad, del pensamiento libre, la investigación, el conflicto entre este encasillamiento y las aspiraciones humanistas de las jóvenes generaciones; por otra parte, la tentativa de los países recién *desestalinizados* o descolonizados de descubrir una forma de gestión tanto agrícola como industrial, que no sea ni capitalista ni estatista. Esta doble evolución contribuye a devolver al pensamiento libertario una actualidad y una juventud que no pareciera haber sabido conservar o encontrar por sí mismo.

1965.

9. SINDICALISMO Y SOCIALISMO EN GHANA

"Respuesta a S. G. Ikoku"

L'Etincelle era un diario interesante y simpático. Antes de la caída de N'Krumah era redactado en francés en Ghana, y tenía entre sus redactores a Dorothy, la viuda del malogrado Georges Padmore, campeón del panafricanismo, y a Julia Hervé, la hija del gran escritor negro norteamericano Richard Wright, prematuramente desaparecido.

En el número del 15 de mayo de 1964 se podía leer, bajo

el título "Sindicalismo y Socialismo", un discurso pronunciado en el "seminario" de la central sindical ghanesa, por el entonces líder sindical S. G. Ikoku, originario de Nigeria.

El orador estimaba que era urgente reconsiderar el lugar y el papel de los sindicatos en un país descolonizado que, por una parte, está en marcha hacia el socialismo, y por otra, está regido por un partido único.

Desde sus primeras palabras hacía gala de modestia, de honesto empirismo y de una conmovedora buena voluntad: "Me gustaría precisar —decía— que no estoy aquí para pontificar, pues para nosotros se trata de abordar un terreno que nos es totalmente desconocido." No quería más que "adelantar algunas ideas", y se excusaba si algunas de ellas podían parecer "provocadoras". Pero no pretendía haber agotado los problemas que planteaba: "Está abierto el camino para toda experimentación, posiblemente la solución final vendrá después de años de tanteos."

El primero de esos problemas es la ambivalencia del movimiento sindical en un país donde todavía coexisten capitalismo y socialismo. Ikoku veía a los sindicatos en el régimen capitalista como un instrumento de defensa y de combate para los trabajadores; en el régimen socialista, donde los trabajadores son sus propios dueños, un instrumento consagrado principalmente a la expansión de la producción.

Esta primera definición me parece contener una laguna. Incluso en un "país socialista", el movimiento sindical debería conservar una amplia autonomía frente al poder, porque los trabajadores, como resultado de su misma situación en la parte inferior de la escala económica, siempre están expuestos a ser las víctimas de abusos contra los cuales deben ser protegidos: abusos de la administración, abusos de los técnicos, abusos de los ideólogos, etcétera.

En el país en que se expresaba Ikoku, el régimen no era ni totalmente capitalista, ni totalmente socialista. "Desgraciadamente para nosotros —decía—, aquí en Ghana, como en muchas otras partes del África, no estamos ni de un lado ni de otro. Hemos dejado las costas del capitalismo, pero

no hemos fondeado todavía en las costas socialistas. Aún estamos en alta mar. Nuestra sociedad actual está en transición". En resumen, Ghana vivía en un régimen de economía mixta donde el sector estatal (socialista) coexistía con el sector privado (capitalista), esperando el día en que toda la economía pudiese ser socializada.

El movimiento sindical ghanés no podía permanecer atado, por lo tanto, a las formas de organización y de acción del período colonial. Pero no le era factible comportarse como si se encontrase en el seno de una sociedad plenamente socialista. De su concepción un poco falaz de los sindicatos en el régimen "socialista", en la situación de la Ghana de entonces, Ikoku decía que los sindicatos del sector socialista debían dedicarse principalmente a elevar el rendimiento, y tendía a subestimar una de las funciones de los mismos que, a mi parecer, sigue siendo primordial: la defensa de los trabajadores.

En el sector privado, por el contrario, el movimiento sindical debía conservar su función reivindicativa: como lo decía el orador: "Todavía debemos extraer del empleador todo el dinero que podamos." Pero limitaba en forma demasiado restrictiva las reivindicaciones obreras; las aceptaba sólo si los contingentes fijados por el plan septenal de desarrollo eran alcanzados. Sostenía, entre otros, que la elevación del nivel de vida de los trabajadores no debía pasar necesariamente por los aumentos de salarios, que también podía ser obtenido por medio de realizaciones sociales. Sin duda. Pero aquí soslayaba una contradicción: en un régimen de coexistencia entre capitalismo y socialismo, la planificación se expone a ser parcial y defectuosa: por lo tanto, sería paradójico sacrificar la remuneración de los asalariados del sector privado en aras de un plan que los empleadores sabotean abiertamente, licenciando a los trabajadores o reduciendo sus salarios. *L'Etincelle* del 15 de junio de 1964, que nos revelaba estos hechos, constataba que en la ocasión la Central ghanesa había "hecho gala, como mínimo, de pasividad".

El orador abordaba a continuación el problema a la vez clásico y espinoso de las relaciones entre movimiento sindical y partido único. Dejaba entender, pese a toda la prudente mesura de su lenguaje, que estas relaciones distaban de ser idílicas. "El error más común y más grave", confesaba, era dirigir "críticas negativas contra el partido", lo que engendraba "un estado de espíritu en que el líder sindical se veía en oposición al líder político". Y, haciendo uso de todo su coraje, el orador dejaba escapar esta amonestación: "Sin duda los aplazamientos, las vacilaciones y los tanteos de los líderes políticos contribuyen frecuentemente a crear este estado de espíritu entre los líderes sindicales."

Se sabe, en efecto, que pese a la indiscutible sinceridad de la opción socialista que había tomado el presidente N'Krumah, el partido único, en Ghana como en Argelia, distaba de ser un partido obrero o un partido socialista; los propietarios y los burócratas no escaseaban en él; los adversarios más o menos camuflados del socialismo eran allí abundantes; la corrupción hacía allí estragos.[1]

¿Cómo asombrarse, en estas condiciones, de que los militantes sindicales "recayesen" en lo que Ikoku llamaba peyorativamente "sindicalismo", es decir, que tendiesen a "considerar al movimiento sindical (y no al partido) como la vanguardia de la revolución socialista"? Sin embargo, la opinión del orador no era ésa. Toda actitud consistente en "dar demasiada importancia a la causa sindical a expensas del partido" era rechazada categóricamente por aquél en nombre de la sacrosanta primacía del partido único.

El orador se inclinaba luego sobre otro problema no menos acuciante, el de la pluralidad de los poderes en el interior de las empresas socializadas y colocadas bajo la autogestión. Problema que se plantea en otros países socialistas o de opción socialista, como Yugoslavia y Argelia. Tres poderes coexisten en la empresa: el comité de ges-

[1] La misma había sido denunciada bajo N'Krumah, después de una investigación oficial, en el informe del juez Akainyah, hecho público en la prensa ghanesa el 20-21 de marzo de 1964.

tión, elegido por los trabajadores, la sección sindical y la sección del partido único. ¿Cuál sería la relación "triangular" ideal a establecer entre ellos?, se preguntaba este hombre de buena voluntad. Aquí su respuesta era más satisfactoria que las dadas precedentemente. La autogestión, no dudaba en proclamar Ikoku, "tiene que tener la última palabra en materia de producción". Sin embargo, agregaba con arrepentimiento, "a la misma no debe subordinarse la sección del partido ni dictar su voluntad al sindicato".

Le parecía que la sección del partido único tenía un papel importante que desempeñar: debía iniciar a los trabajadores en la opción socialista del régimen, suscitar y mantener una atmósfera de emulación socialista en el lugar de trabajo. Pero, insistía, convenía velar para que los responsables sindicales (y sin duda pensaba también en los de la autogestión) fuesen elegidos democráticamente. Era, afirmaba, una necesidad primera. Pues, en tanto los trabajadores sienten que los responsables sindicales no proceden de su propia elección, "se hace algo difícil suscitar su entusiasmo" y, por ello, encuadrarlos. El orador no decía expresamente que vislumbraba la ingerencia del partido único en las elecciones en la base, pero ese era, evidentemente, el objeto de su inquietud.

Por el contrario, cuando en el desarrollo posterior de su discurso, Ikoku trataba las elecciones en la dirección de la central sindical, colocaba mejor los puntos sobre las íes. Hay que elegir, decía, entre dos soluciones: o permitir al movimiento sindical elegir por sí mismo a los responsables confederados, o recurrir al partido para su selección. La primera solución le parecía "seductora", pero exponía al peligro (según su parecer) de librar la dirección sindical a elementos que no comprendieran la revolución socialista; la segunda, por el contrario, exponía al peligro "de crear una casta de burócratas sindicales completamente impermeables a las necesidades propiamente democráticas del movimiento, porque éstos se apoyan menos en un sostén popular auténtico que en intrigas internas y artimañas destinadas a mantenerlos en lo alto de la escala".

La alternativa presentada por el orador suscita dos observaciones: en principio, conviene destacar su persistente subestimación del "sindicalismo", a quien se obstina en negarle la facultad de encarnar la revolución socialista; luego, el vapuleo que administra al partido único, del cual admite era en el seno del movimiento sindical una fuente de intrigas y de artimañas antidemocráticas.

Parece, en efecto, que las maniobras de esta índole eran bastante frecuentes en Ghana, pues Ikoku se atrevía a dar las siguientes precisiones: "El presente sistema que consiste en colocar subrepticiamente a un comandante desde arriba, no beneficia ni al partido ni al movimiento sindical. Las tendencias antidemocráticas tienden en esta situación a apoderarse del movimiento, y la masa de trabajadores pierde confianza en sus líderes y abandona fríamente al partido".

Pero Ikoku, dividido entre el movimiento sindical y la obediencia al partido único, se esforzaba trabajosamente en "reconciliarlos". Sugería que se permitiese al movimiento sindical elegir sus responsables incluso en el nivel confederal, pero, en compensación por este favor, preconizaba que el partido formase una comisión de tres miembros encargada de asegurar la ligazón de los sindicatos y de velar para que la acción de los mismos estuviese de perfecto acuerdo con su orientación general.

Las vacilaciones de pensamiento del líder sindical deben ser señaladas, por cierto, sin acrimonia. Ya que con lealtad (lo prevenía por anticipado a sus auditores) abordaba una *terra incognita*. Y los socialistas de los países europeos, para los que estos problemas son más familiares, no pueden, desgraciadamente, jactarse de haber sido capaces de encontrarles una solución satisfactoria, puesto que pronto hará un siglo que atraen la atención, al menos teórica, de los mismos. Las relaciones a establecer entre partido revolucionario, sindicalismo obrero y autogestión que ya, aunque en una forma embrionaria, eran tema frecuente y causa de división en la Primera Internacional, torturarán todavía por mucho tiempo nuestros cerebros.

Cuando se consulta un libro como el que Albert Meister ha consagrado a la experiencia yugoslava [1] dividida entre la democracia augestionaria, el sindicalismo y la injerencia del partido único, hecha de titubeos, de correcciones, de zig-zags constantes e inciertos, se confirma la impresión de que nuestro continente no tiene todavía para ofrecer ningún prototipo seguro y definitivo en la materia. Por lo tanto, nos es necesario considerar con modestia a los africanos, confrontados súbitamente a causa de la descolonización, con estos problemas sobre los que nosotros mismos divagamos.

Hechas estas reservas, quisiera tratar de esclarecer el embrollo "triangular" en el que se debatía con tanta franqueza el entonces militante sindical, ghanés por adopción.

En primer lugar, el sindicalismo obrero tiene una ventaja muy grande sobre las otras formas de organización: a causa de su misma naturaleza está compuesto únicamente por trabajadores, y los propietarios, grandes o chicos, carecen en el mismo totalmente de lugar. Ciertamente, se manifiestan diferenciaciones en el seno mismo de la clase obrera. Ikoku tenía razón en subrayar que en Ghana, como en todos los países emergidos recientemente del colonialismo, un porcentaje importante de los delegados sindicales provenía de una capa social muy particular: la de los empleados de oficina. Pues bien, el cuello duro no está en condiciones de comprender los problemas técnicos de la producción. Además, por "el hecho de que constituye la pequeña-burguesía del movimiento obrero, es frecuentemente propagador de tendencias aventureristas o reformistas en el seno del movimiento sindical". Empero, el mismo orador convenía en que este estado de cosas era puramente transitorio y que con la industrialización el trabajador manual estaba destinado a tomar una importancia creciente en el seno de los sindicatos.

Albert Meister hace notar que en un país ya menos sub-

[1] Meister, *op. cit.*

desarrollado como Yugoslavia, la influencia incesante de campesinos pobres hacia las fábricas (como ocurrió en la U.R.S.S.) produce un proletariado todavía no calificado, no educado socialmente. Las consecuencias de esta urbanización brusca difieren según el carácter mas o menos totalitario del país encarado. En U.R.S.S. la misma ha dejado el campo libre para la dictadura policial y para el "culto a la personalidad"; en Yugoslavia ha retrasado la *desestalinización del régimen* y colocado al movimiento sindical lo mismo que a la autogestión, bajo la tutela de una aristocracia de trabajadores altamente calificados, enmarcados dentro del partido único.

El movimiento sindical no deja de ser, sin embargo, atributo exclusivo de los asalariados, incluso tanto si es dirigido temporariamente por "proletarios de cuello duro" como por obreros especializados. No pueden penetrar en él las profesiones liberales, el negocio, la propiedad rural (en Ghana los productores de cacao); también es más permeable a la conciencia de clase que el partido único, en cuyas filas, ya sea en Ghana, Yugoslavia o Argelia, el trabajador industrial o agrícola dista de ser el elemento preponderante. Es significativo, por ejemplo, que en Yugoslavia las críticas más audaces contra ciertas desviaciones antidemocráticas de la autogestión (que se elevaron hace algunos años) hayan provenido de las filas del movimiento sindical.[1]

Subordinar el movimiento sindical al partido único es, por lo tanto, exponerse a entorpecer la lucha de clases en dirección al socialismo. Ocurre, por cierto, según lo afirmaba Ikoku, que los delegados sindicales tiendan a desprenderse de sus mandatos, a hacer gala de "oportunismo" y de un "exceso de ambición". Empero, estas desviaciones se corregirán mejor en el seno del mismo movimiento sindical que bajo la intervención del partido único, tampoco exento, por lo demás, de oportunismo y de arribismo.

Un argumento clásico esgrimido en contra del sindica-

[1] A. Deleon, *La Constitución de 1963...*, Belgrado, 1963 (en francés).

lismo (y sólo por Lenin), es su "economicismo" o, para hablar más claro, su propensión a limitarse a reivindicaciones inmediatas de carácter puramente económico, y a verse afectado de miopía respecto a los objetivos políticos últimos. Se da, efectivamente, el caso de que el movimiento sindical cae en estas desviaciones. Pero también puede darse lo contrario: dos ejemplos históricos lo demuestran.

El primero fue el de la España republicana, donde el sindicalismo revolucionario de la C.N.T. libertaria tuvo una conciencia mucho más clara del objetivo final que los grandes partidos políticos que se declaraban de la clase obrera (partido social-demócrata, partido "comunista"). El otro ejemplo fue el de Túnez, donde la U.G.T.T., animada entonces por el malogrado Ferhat Hached, estaba impregnada de una conciencia de clase que después ha faltado cruelmente al partido único de mentalidad burguesa y pequeño-burguesa. Si el animador del sindicalismo tunecino no hubiese sido asesinado, a fines de 1952, por el colonialismo, hoy Túnez no estaría librada a Bourguiba y, seguramente, habría precedido a Argelia en el camino del socialismo.

Por cierto, existe en el seno del movimiento sindical, como en toda asociación humana, una vanguardia y una retaguardia. La retaguardia apunta esencialmente al pan cotidiano. El sindicalismo, sin embargo, desacreditado erróneamente por Ikoku, es una ideología de vanguardia, de largo alcance, puesto que aspira nada menos que a la abolición del asalariado y a la gestión de la economía por los trabajadores mismos. Esta vanguardia debe desempeñar en el seno de la masa de los sindicatos el papel de una "minoría consciente", como decían los viejos sindicalistas franceses de antes de 1914. En el caso de la C.N.T. española, este papel era desempeñado por un núcleo de libertarios dotados de una formación teórica: la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica).

Pero el sindicalismo, suficiente en todo, ¿excluye la necesidad de un partido revolucionario anticapitalista? Los so-

cialistas europeos discuten hace un siglo por esta razón, unos dando prioridad a la acción "política", los otros negándosela. Una parte de los malentendidos en este debate se debe al vocabulario. Pues nadie definió nunca claramente lo que hay que entender por "política", y todo el mundo admite en el fondo la necesidad, bajo una forma u otra, de una minoría consciente en el seno de los masas. De este modo se podría sostener con toda validez que la opción socialista de la "apolítica" C.N.T. era tan "política" como la del partido socialista o la del partido comunista español. Quizá lo era en mayor grado puesto que, en oposición a la actitud timorata de los partidos (contrarios a salir de los marcos del derecho burgués), la misma se tradujo en la acción directa revolucionaria, en la socialización, en la autogestión. De hecho, la disputa entre "políticos" y "apolíticos" en el seno del socialismo europeo se ha reducido a una cuestión relativamente accesoria, en todo caso secundaria (para los países subdesarrollados), a saber: ¿se está por o en contra del uso de la papeleta del voto?

En los pueblos recién descolonizados el problema del partido se plantea de una manera muy distinta. En un pequeño libro sobre Guinea [1], B. Ameillon resumió los imperativos de los mismos en estos términos: "Un país subdesarrolado que accede a la independencia es necesariamente un país de partido único. El rigor de las condiciones económicas exige un rigor paralelo del gobierno. En los países donde toda oposición, todo pluripartidismo, representan una brecha en el frágil equilibrio que lleva al desarrollo, no son usuales las normas políticas de democracia corrientes (al menos en teoría) en las naciones occidentales desarrolladas."

El autor hubiese podido agregar, de haber tenido aunque sea mínimamente una perspectiva sindicalista, que el movimiento sindical en un país subdesarrollado a raíz de la falta de industrialización, permanece forzosamente y por mucho tiempo minoritario. El pequeño campesinado tradicional,

[1] *Guinea, balance de una independencia*, 1964.

individualista y atrasado, constituye todavía la gran mayoría de la población. El mismo no entrará ni en el movimiento sindical, ni en las ligas campesinas, sino en la medida de su inserción en cooperativas y, en una etapa ulterior, en la autogestión agrícola, donde todavía no se organizará sindicalmente sino después de su reconversión en la industria. Además, las direcciones sindicales, como lo subrayaba Ikoku, están todavía, por sus lazos sociales, más o menos contaminadas por la mentalidad pequeñoburguesa. Estas limitaciones, estas deficiencias del movimiento sindical, explican que el papel de propagador de la opción socialista sea monopolizado por el partido único, de ideología sin embargo confusa y demagógica y de extracción de clase heterogénea.

Pero Ameillon corregía prontamente su hermosa seguridad agregando, no sin amargura: "El partido único por sí solo no encarna necesariamente el grado óptimo de desarrollo; puede aun oponerse al mismo. Todo depende de si el partido se identifica con la nación y el interés general o bien lo hace solamente con una fracción privilegiada cuyos intereses se oponen a los del conjunto de la nación. Pues bien, la historia del P.D.G. (Partido Democrático de Guinea) desde la independencia, es la historia de su paso de órgano de lucha nacional a organización política de una clase privilegiada."

En otros términos, el partido único no es una panacea por extraordinario que sea el objetivo con que se lo disfrace. Puede ser progresista o reaccionario. Puede desplegar las fuerzas de todo el pueblo en dirección al desarrollo económico y la opción socialista, o puede doblegarlo bajo la dominación de una nueva capa social privilegiada, tanto burguesa como burocrática, como más frecuentemente, burguesa-burocrática. Pero las cosas no son tan simples. Puede suceder que el partido único combine los rasgos progresistas con los rasgos reaccionarios. Puede, en alguna medida, estimular el desarrollo económico subyugando simultáneamente al pueblo. Ya se trate de Yugoslavia, Túnez, Guinea,

Ghana, Argelia, para no citar sino algunos ejemplos, aquél es simultáneamente instrumento de dominación y, en menor grado, instrumento de emancipación.

Tampoco deberíamos aceptar incondicionalmente al partido único. Un socialista digno de ese nombre sólo podría darle un apoyo crítico. Se impone la necesidad de equilibrarlo con contrapesos.

A fin de compensar la ausencia del pluripartidismo, uno de esos contrapesos debería ser una democracia interna tan amplia como fuera posible en el seno del partido único, la libertad de expresarse en él para las corrientes de opinión sinceramente socialistas, su derecho a organizarse en tendencias y a expresarse a través de órganos periodísticos.[1]

Otro contrapeso debería ser la extensión de la autogestión industrial y agrícola, su protección de toda injerencia antidemocrática, su consolidación a través de la libre elección de los poderes comunales en cada localidad.

Pero el más eficaz de esos contrapesos sigue siendo el movimiento sindical; con tal que se dé una orientación sindicalista revolucionaria, que conserve su autonomía frente al partido único, que se muestre capaz de coordinar la autogestión de las empresas industriales o agrícolas y de ayudar a las grandes masas a practicar a través de este ejercicio el aprendizaje de la democracia económica, lo mismo que política.

En una etapa ulterior, el movimiento sindical me parece llamado a ser algo más que un contrapeso: una fuerza de recambio. ¿Acaso no es el objetivo último, una vez que los trabajadores se han hecho mayoritarios y conscientes en el país, la absorción del partido único por el trabajo organizado?

En todo caso esta es una perspectivas que algunos teóricos yugoslavos no dudan hoy en abrir, en un país donde, sin embargo, el partìdo único domina todavía con todo su

[1] En Argelia, antes del golpe de Estado del 19 de junio de 1965, la izquierda socialista del F. L. N. tenía un órgano de tendencia: el semanario *Revolución Africana.*

vigor. Así, para Stane Kavcic, "La fuerza impulsora del socialismo no puede ser en el futuro un partido político ni el Estado accionando desde la cúspide hacia la base", sino más bien la autogestión accionando "de la base a la cúspide", la única capaz de liberar "de la disciplina rígida y la subordinación características en todo partido político".

Quizá no sean más que hermosas palabras, pero en todo caso son materia de reflexión para los militantes obreros de los países en vías de desarrollo.

1964.

Después de haber sido redactado este texto se supo que un golpe de Estado militar derribó en Ghana al régimen del presidente N'Krumah. A fines de 1968 pude tener en París una conversación con Ikoku, que había vuelto a su país de origen, Nigeria, donde ocupa funciones importantes. En esa oportunidad me confió que ciertas lagunas y contradicciones de su pensamiento, que yo recalcaba en 1964, se debían al hecho de que había tenido que autocensurarse para no enfrentar al poder de entonces; empero, lo que se había arriesgado a decir en su discurso ya era demasiado imprudente y le había valido, bajo N'Krumah, las persecuciones de la burocracia gubernamental.

10. ¿DÓNDE VA LA REVOLUCIÓN CUBANA?

Yo era uno de los 470 "trabajadores intelectuales" invitados por el gobierno cubano al Congreso Cultural de La Habana de enero de 1968. La estadía fue muy breve, de tres semanas, incluyendo ocho días consagrados a las sesiones del congreso, para el cual se nos había enjaulado en un hotel de lujo. Las impresiones que he traído son, por lo tanto, algo fugaces.

La revolución cubana es una revolución joven; los "barbudos" de Sierra Maestra están todavía en la flor de la edad. Fidel Castro recién acaba de traspasar el límite de los cuarenta. Los puestos de responsabilidad son ejercidos con frecuencia por hombres muy jóvenes; de allí una audacia que tiene su reverso: la relativa inexperiencia; de allí también la confianza en el futuro: este equipo juvenil tiene la impresión de tener bastantes años ante sí como para llevar a buen término la revolución; una revolución que recién comienza.

La revolución cubana es idealista y voluntarista. Al mismo tiempo que restablece la condición del material humano apunta todavía más allá: a su transformación psicológica, a su desarrollo integral, a la creación de un "hombre nuevo", profundamente diferente del repugnante *homo economicus* heredado del capitalismo. Desde el momento en que el visitante desembarca en Cuba, es sorprendido por un original estilo de vida, una alegría de vivir que asimila rápidamente a la revolución a los cubanos por adopción: una joven pareja de franceses nos confió que ya no podría vivir en otra parte, y unos estudiantes argelinos, becarios de Cuba, dicen "nosotros" al hablar de las realizaciones de la revolución cubana.

Cuba ofrece un espectáculo estimulante, desde el punto de vista racial, para quien ha vivido en Estados Unidos y en las Antillas. Ningún prejuicio, ninguna discriminación entre descendientes de españoles y descendientes de africanos; estos últimos forman cerca de la mitad de la población y se reproducen más rápidamente que los blancos. Los jóvenes estudiantes del "Poder Negro", invitados al Congreso Cultural, no daban crédito a sus ojos. El porvenir de Cuba parece estar en la cruza de razas, aunque los matrimonios mixtos, crecientes sin embargo, sean todavía poco numerosos. Desde el punto de vista escolar y profesional, el relativo atraso de la población negra, producto del pasado, explicaría (por lo menos esta es la explicación oficial) el pequeño número de hombres de color en las altas funciones

del Estado y del partido. Por el contrario, una pléyade de ellos se dedica a hacer resaltar la herencia cultural africana y esclavista de Cuba, especialmente en el plano literario y teatral. La cultura en Cuba es profundamente afrocubana.[1]

En el plano social el régimen me pareció ser, en la mejor acepción del término, una especie de paternalismo organizador y diligente. Sus beneficios son prodigados al pueblo desde arriba. La semana de trabajo reducida a 44 horas, los salarios decentes (tendiendo al igualitarismo aunque la relación vaya todavía de 1 a 3), el mes de vacaciones pago, la medicina gratuita, la supresión de los impuestos (excepto en el comercio privado), la tendencia a la gratuidad de algunos servicios públicos y de ciertas categorías de viviendas; finalmente, y sobre todo, la estabilidad del empleo y la seguridad para los días de la vejez, ligan al régimen a los trabajadores cubanos.

La total escolarización, la apertura de hermosas escuelas, una amplia extensión de becas de estudio (300.000 becarios en Cuba), el alojamiento de los becarios en las antiguas mansiones de los ricos en La Habana, la gratuidad de los estudios y de los libros, aseguran a la revolución el apoyo de la juventud.

Al campesinado menor se le ha hecho y mantenido la promesa de que no iba a ser socializado de ningún modo. Éste le debe al régimen la derogación de las servidumbres feudales y del arrendamiento, la compra a precios que escapan a la antigua ley de la oferta y la demanda de la totalidad de sus cosechas, el suministro a crédito de abonos, semillas, material agrícola, etcétera.

La revolución cubana ha vencido al analfabetismo y ha suprimido la desocupación, especialmente la desocupación estacional, que antes de 1959 era un mal endémico. Hoy sólo permanecen ociosos los vagos urbanos, los que rechazan el trabajo en el campo o el trabajo voluntario. Hay incluso una falta aguda de mano de obra, ocasionada por

[1] Cf. Miguel Barnet, *Esclavo en Cuba*, traducción francesa.

la débil demografía de Cuba, la recuperación económica y el cese de la inmigración estacional proveniente de Santo Domingo o de Jamaica. La miseria no existe más en Cuba, salvo en algunos rincones de suelo pobre y todavía abandonados. El visitante no ve harapos ni mendigos.

El panorama presenta, sin embargo, algunas sombras. El racionamiento de comestibles y ropa es muy severo. La población no puede, de este modo, consagrar la totalidad de sus ingresos a compras de primera necesidad, y se ve obligada a volcar el excedente en gastos que pertenecen al área —por otra parte agradable— de lo superfluo. Además, las bondades del régimen y el hecho de que son dispensadas desde arriba, no estimulan demasiado el ardor en el trabajo. La productividad sigue siendo bastante débil. Es verdad que la falla no incumbe solamente al factor humano sino también a la vetustez de las máquinas industriales y al hecho de que la mecanización de la agricultura se halla recién en sus primeros pasos.

Por otra parte, la supervivencia acordada al campesinado menor es un factor de escasa rentabilidad agrícola. Sus brazos le hacen mucha falta a la agricultura socializada [1], que carece de mano de obra: para cortar la caña de azúcar, para emprender sus nuevos cultivos diversificados, especialmente los alimenticios; la revolución está obligada a adjuntar a los trabajadores permanentes, voluntarios temporarios extraídos de las ciudades, asalariados y estudiantes. Este sistema desorganiza un poco la producción, los servicios públicos y los estudios, pero presenta la ventaja de mantener el entusiasmo revolucionario. La revolución cubana, efectivamente, cree en la excelencia de un voluntariado que, recalquémoslo al pasar, no parece ser una farsa: si hubiese que creer en las fuentes oficiales de información, los abstencionistas no serían objeto de ningún castigo. Como máximo estarían privados de algunos favores.

La revolución cubana, surgida de una empresa militar, bajo la dirección de pequeño-burgueses nacionalistas en un

[1] Cf. Michel Gutelman, *La agricultura socialista en Cuba*, 1968.

principio, llevada a continuación a tomar por modelos a los países socialistas del Este, ha acordado la suficiente atención a la gestión obrera de la producción del tipo español, yugoslavo o argelino. El "Che" Guevara (en los tiempos en que dirigía el Ministerio de la Industria) era desconfiado al respecto. Suspicacia que, por otra parte, reposaba en un malentendido: él se imaginaba erróneamente que la autogestión excluía la planificación centralizadora y que era sinónimo de egoísmo de empresa. Desde luego, en Cuba existe cierta colaboración entre las asambleas de trabajadores y las direcciones nombradas por el Estado, pero todavía es bastante limitada. La autogestión, por lo demás, se ha vuelto bastante poco practicable en la agricultura a causa del carácter muy estacional de la "zafra"; la campaña azucarera, que es la principal actividad productiva de la isla. dura solamente algunos meses y los cortadores, una vez terminada su faena, son volcados hacia otras actividades (construcción, cultivos diversificados, etc.). Además, la mecanización proyectada reducirá sensiblemente la cantidad de mano de obra empleada en el azúcar.

La ausencia de autogestión presenta inconvenientes de dos tipos: en primer lugar, los trabajadores no adquieren todo el espíritu de iniciativa y entrega comunitaria que les inculcaría una participación más activa en la gestión; por otra parte, la falta de autonomía contable de las empresas, cuyos ingresos y egresos son pura y simplemente "presupuestados" por el Estado, diluye la noción de costo de producción y compromete la rentabilidad (tal centralización es facilitada por la exigüidad de Cuba: la quinta parte de Francia).

A nuestras objeciones los cubanos respondían: 1) que la participación popular en la producción se opera, pero en un nivel más elevado que el de la empresa, el de la identificación con la revolución y con su comandante en jefe; 2) que la autonomía contable de las empresas es una de las supersticiones capitalistas de las que conviene liberarse.

Por otra parte, la revolución cubana se cree suficiente-

mente adelantada ya en el camino del comunismo, como para encarar el rompimiento con el fetichismo del dinero, destruir deliberadamente la ley del valor y tirar por la borda lo que Marx llama el "derecho burgués". Por lo menos de palabra es puesta en duda la necesidad, en todo período transitorio, del estímulo material y de la remuneración en función del trabajo suministrado. Cierto número de servicios públicos y sociales, algunos repartos de productos agrícolas, ya tienden a la gratuidad, y Fidel anuncia, en términos vagos, por otra parte, una "distribución comunista". Al quemar etapas, Cuba se inscribe (desde luego que quizá sin saberlo) en la línea del comunismo libertario de Kropotkin, antiguamente juzgado de prematuro tanto por marxistas como por proudhonianos. En el plano psicológico y pedagógico este paso es fecundo ciertamente. Contribuye a la formación de una mentalidad comunista, de un hombre nuevo liberado de la mentalidad de la economía mercantil. Pero es idealista. En el plano material su aplicación todavía es limitada y los resultados son problemáticos.[1]

Los sindicatos obreros hacen en Cuba un poco el papel de parientes pobres. Su campo de acción es limitado puesto que casi no hay lugar (o casi no hay motivo) para las reivindicaciones en la amable distensión que reina en el lugar de trabajo; la huelga, como arma de lucha de los trabajadores, es "impensable". Sin embargo, la C.T.C., Confederación de los Trabajadores Cubanos, nacida mucho antes de la revolución, ha sido reanimada recientemente. La misma encuadra y estimula a los trabajadores. Se basa en principios de democracia obrera y de internacionalismo proletario heredados del anarcosindicalismo español; la adhesión e incluso el pago de las cuotas son voluntarios. Ya no hay

[1] En un artículo de *Le Monde* (30 de enero de 1968), Henri Denis, profesor de la Sorbona, fustigó dogmáticamente, desde lo alto de la cátedra, a la revolución cubana: no podía entender que la misma se atreviese a transformar al hombre únicamente a fuerza de persuasión antes de haber alcanzado el estadio de la abundancia, que sería la sacrosanta condición del paso al comunismo.

más "permanentes": los delegados sindicales, elegidos por sus pares, trabajan como los otros. Las reuniones en las secciones sindicales de empresa, parecen ser frecuentes y democráticas.

Los sindicatos obreros (en el caso particular de Cuba no podemos hablar de sindicalismo) están subordinados al partido comunista, tanto en la empresa como en el plano nacional; sin embargo, esta subordinación es menor que en los otros regímenes comunistas. En Cuba, al término de una consulta al conjunto de los trabajadores, los miembros del núcleo comunista de empresa son designados en forma democrática y con suficiente amplitud. Los elegidos parecen ser realmente una élite, los militantes más activos, los más entregados, los más irreprochables. En el campo, en especial, hemos visto en acción cuadros comunistas muy jóvenes, de varones y de mujeres, que ejercían en la producción responsabilidades importantes con mucha seriedad y, al parecer, con cierta capacidad.

A pesar de todo, la adhesión al partido está subordinada a condiciones tan rigurosas que muchos trabajadores, no sintiendo ninguna vocación monacal, dudan en someterse a ellas. Resulta de ello que, en un país de cerca de ocho millones de habitantes, el partido comunista cubano sólo comprende algunas decenas de millares de miembros.

A decir verdad, la democracia en la cúspide del P. C. cubano, está ausente. La dirección del partido forma un pequeño núcleo cerrado, un aparato político-militar, de funcionamiento jerarquizado y secreto. La publicidad hecha de repente al "complot" de Aníbal Escalante y los antiguos *stalinistas*, en el que estaban complicados dos miembros del Comité Central, los medios empleados por la policía para ventilar este asunto (intervenir los aparatos telefónicos en la embajada de la U.R.S.S., etc.), el proceso, que se desarrolló ante un tribunal de excepción, la acusación elevada contra los culpables de ser "objetivamente" "agentes de la C.I.A.", sus autocríticas y sus arrepentimientos, las pesadas condenas pronunciadas, finalmente recuerdan, bastante

enojosamente, las costumbres soviéticas de antaño, aunque esta vez el procedimiento sea usado en contra de los filostalinistas.

Es verdad que en Cuba *la lucha contra la burocracia* está a la orden del día. El diario *Granma* le ha consagrado bajo este título una serie de artículos reproducidos luego en folletos, y la universidad, tomando conciencia del problema, anuncia que lo va a estudiar. Amplias reducciones de personal fueron efectuadas en diversos ministerios, siendo luego los 70.000 licenciados reeducados y reubicados en la producción. Pero la lucha parece estar encarada no tanto contra la burocracia como casta dirigente y órgano de poder sino contra empleados excedentes o ineficaces.

Otro aspecto bastante sorprendente de la revolución cubana es su puritanismo. Anteriormente, los cubanos eran de costumbres fáciles: clima tropical, raza encantadora y voluptuosa. No en vano los ejércitos de turistas norteamericanos habían transformado La Habana en un gran burdel. Hoy la revolución quiere ser sinónimo de virtud, los candidatos a las funciones políticas y sindicales son sometidos a investigaciones que no dudan en franquear el umbral de la vida privada. Las antiguas prostitutas han sido reconvertidas: se las encuentra en la ciudad vendiendo helados, o plantando espárragos o fresales en el campo. Los cabarets nocturnos no han desaparecido, pues sirven para hacer desaparecer el excedente monetario en poder de los consumidores racionales, pero han sido saneados. Max-Pol Fouchet vio cómo expulsaban de un café a una pareja de enamorados que se tomaban de la mano.[1] La homosexualidad es erradicada o perseguida de tal forma que provoca indignación.

Sería presuntuoso pretender que el régimen es sostenido unánimemente por la población. Existen porciones bastante amplias de descontentos. La Habana, en especial, como metrópoli parasitaria, no se consuela con haber perdido el esplendor lujurioso de antaño: ex ciudadela de las clases

[1] *Les Nouvelles Littéraires*, 8 de febrero de 1968.

acomodadas, hoy se ve afligida por una urbanización demasiado rápida, por la ociosidad voluntaria de los que rechazan el trabajo voluntario, por las condiciones de alojamiento todavía poco satisfactorias pese a los esfuerzos de los poderes públicos. Las personas de edad son desde luego más reticentes que los jóvenes. Las profesiones liberales (especialmente los abogados) abandonan poco a poco la isla revolucionaria, teniendo Fidel la sagacidad de dejar partir a aquellos que expresan este deseo; éste se cumple después de un largo período de espera durante el cual los postulantes son privados de sus medios de vida, excepto que acepten ir a trabajar como voluntarios al campo. Un avión con nuevos exiliados deja cada día la isla, rumbo a Estados Unidos. La partida de algunos de ellos, técnicos, médicos, causa un perjuicio a la revolución cubana, pero esta hemorragia constante tiene la ventaja de desempeñar el papel de válvula de seguridad y de prevenir la cristalización de una oposición organizada.

El racionamiento, por otro lado, es soportado con cierto descontento por parte de la población. El de la nafta parece haber tenido el efecto de una ducha fría. Desde lo alto de las tribunas sobre las cuales asistíamos al desfile militar del 2 de enero, pudimos notar indicios desconcertantes: después del desfile, le había sido permitido a la multitud ocupar el lugar ahora libre al pie de las tribunas. No bien Fidel hubo tomado la palabra y dejado entrever que el *leit-motiv* de su discurso iba a ser el racionamiento de la nafta, pudimos ver cómo grupos enteros se volvían, daban la espalda y ganaban el centro de la ciudad. Nuestros guías nos sugirieron una explicación: abandonaban porque preferían escuchar más confortablemente, ante sus aparatos de televisión, el resto del discurso; esta explicación no me satisfizo de ningún modo.

Tampoco es seguro que la población haya visto con mucho entusiasmo la invasión a La Habana por cerca de 500 congresistas extranjeros, provistos generosamente de manteca, café, carne y de otras vituallas raras o severamente

racionadas. El mismo Fidel Castro percibió esta reacción popular, puesto que públicamente tuvo que atribuir ciertos atrasos administrativos de los que se quejaban los usuarios la noche de la inauguración de un nuevo pueblo, al hecho de que los funcionarios oficiales estaban acaparados por nuestro congreso cultural. Es suficientemente explícito que haya tenido que usar a sus invitados como chivos emisarios.

Las dificultades de toda clase que asaltan a la revolución son neutralizadas por Fidel de esta manera. No juega ni al dictador, ni al hombre providencial, ni al gran brujo. Usa medios más simples: la honestidad, la franqueza. Obtiene la confianza de su pueblo diciéndole la verdad; hay sin duda una parte de demagogia y de astucia entre sus formidables dones de tribuno que posiblemente no se le escapen al oyente, pero que son compensadas por la rectitud del acento y la bondad de la mirada. Fidel no es un jefe de gobierno como los otros: es infatigable; no se queda quieto en un lugar. Este hombre, inquieto como una ardilla, se siente incómodo en un escritorio. Siempre está viajando, haciendo uso del avión, del helicóptero o del jeep. Se informa de las necesidades, de las dolencias, de las opiniones de la totalidad. Sus bolsillos se llenan de peticiones y memoriales. Lo hemos visto la noche en que inauguraba un pueblo, dejarse interrumpir familiarmente por algunas mujeres y escuchar con paciencia sus recriminaciones:

—¡Eh, Fidel! ¿Y la oficina de correos?

—Dinos, Fidel, ¿para cuánto el autobús?

—¿Y, Fidel, las llaves de nuestras casas? Por qué mañana, por qué no esta misma noche, Fidel.

En la mañana del día siguiente a primera hora, sin espectadores ni periodistas, Fidel volvía discretamente al mismo pueblo para asegurarse que las reclamaciones oídas en la víspera iban a ser satisfechas.

La revolución cubana combina, de rara manera, la razón y la locura. Cuando Fidel inaugura una nueva población, lo que impresiona es el buen sentido, el realismo, la minuciosidad, el gusto por los números, y por decirlo así, un

administrador genial, sólido y macizo mocetón que tiene los pies sobre la tierra. 1968 fue bautizado "año del guerrillero heroico" y la imagen obsesionante del "Ché", con la melena desbordando la boina, fue fijada en todos lados. El culto al combatiente caído reviste formas sorprendentes para un observador occidental.

Es verdad que aquí tocamos un punto neurálgico. El culto del "Ché" bien podría deberse a un fenómeno de compensación, tanto para los gobernantes como para el pueblo. Los gobernantes no tienen la conciencia muy tranquila. ¿Acaso no fue, como se dice, luego de las discusiones tormentosas con el hermano de Fidel, Raúl Castro [1], y el presidente Dorticós, que Ernesto Guevara dejó simultáneamente el poder y el territorio cubano? En cuanto al pueblo, la muerte del guerrillero considerado invencible y el fracaso, al menos temporario, de los guerrilleros bolivianos, le han significado probablemente un choque muy profundo. En su fuero íntimo había puesto mucho en el triunfo de la empresa: a consecuencia de una óptica deformante, la victoria de los guerrilleros en América Latina le parecía el único camino susceptible de poner fin al aislamiento de la revolución cubana. Desde entonces experimenta un sentimiento de humillación y frustración. Tiene tendencia a dudar, a replantear. El trastorno de los espíritus ha ganado hasta a una vanguardia de cuadros, más preocupada por la construcción económica que por la aventura exterior. Esta confusión, este germen de revisionismo, fueron explotados contra la memoria del "Ché" por la "microfracción" de Aníbal Escalante; lo que explica lo riguroso de su castigo.

El culto exagerado del héroe caído desempeñaba el papel de bálsamo sobre una herida todavía en carne viva. En la Exposición del Tercer Mundo inaugurada en el curso de

[1] Debe ser necesariamente relacionado con el altercado que habría opuesto al mismo Raúl Castro con el malogrado Camilo Cienfuegos en octubre de 1959. Camilo habría sido libertario y antistalinista.

nuestro congreso, y cuya entrada estaba custodiada por una pareja de verdaderos leones, se podían ver treinta y tres retratos idénticos del héroe, en tres hileras de once, sobre fondo rosa, iluminados en transparencia por lámparas eléctricas. Súbitamente las tres hileras giraban alrededor de su eje, dejando ver en su reverso consignas de lucha. En la sala vecina, una serie de paneles también iluminados en transparencia, presentaban toda clase de armas automáticas, mientras un fondo sonoro hacía oír, sin tregua, el famoso "tableteo de las ametralladoras" de uno de los últimos mensajes de Ernesto Guevara.

El culto revolucionario en Cuba no está exento de cierta morbosidad. Esqueletos y cráneos proliferan profusamente, ya sea como objetos reales o como productos del pincel de los artistas. Aquí resurge la vieja complacencia hispánica en la idea y el espectáculo de la muerte. Otras señales de desarreglo mental aparecen aquí y allí en las conversaciones y en los escritos. El aislamiento de Cuba, sin duda, su condición de fortaleza asediada, han avivado estos síntomas de desvarío.

La extravagancia de Cuba o si se quiere usar un término peyorativo, su originalidad, tiene sin embargo una ventaja, le permite hoy a la revolución cubana escapar en cierta medida al conformismo y al dogmatismo de los países socialistas del Este. Pequeño-burguesa y nacionalista en un principio, se ha dado más tarde un barniz de "marxismo-leninismo", pero nunca se ha sentido totalmente cómoda con el dogma y el estereotipo. Cuando repite la lección aprendida lo hace sin creer demasiado en la misma. Hoy oscila entre un marxismo pobre, importado de la revolución rusa degenerada, y una sed de libertad y de renacimiento culturales que le hacen buscar el contacto con los intelectuales del mundo entero, por más que éstos sean muy poco socialistas.

El discurso pronunciado por Fidel Castro en el cierre del congreso de La Habana fue de una rara vehemencia: "No puede haber nada más antimarxista que el dogma, que

la petrificación de las ideas. Hay ideas que se esgrimen en nombre del marxismo y parecen verdaderos fósiles. El marxismo tiene necesidad de salir de cierto anquilosamiento, de comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una Iglesia seudo-revolucionaria. ¿Vamos a resignarnos a ver cómo sectores del marxismo se convierten en formas eclesiásticas? ¡Esperamos que no se nos aplicará el procedimiento de la excomunión por haber afirmado esto, ni tampoco el de la Santa Inquisición!"

Sin embargo el ardor de su exhortación contra el comunismo filomoscovita pudo conducir a Fidel a caer en el exceso contrario. Con justa razón, decepcionado por la pasividad de las clases obreras occidentales [1] o sudamericanas y, especialmente por los partidos comunistas que pretenden representarlas, parece perder confianza en el proletariado internacional y confía el papel de vanguardia de la Revolución a los intelectuales.

Pero esta idealización de los espíritus refinados encubre móviles de "Realpolitik": amenazado de perder el apoyo soviético que asegura literalmente la supervivencia de la economía cubana por sus entregas de petróleo (un petrolero ruso cada 54 horas) y sus compras de azúcar, Fidel se ve llevado a adular a Francia y Gran Bretaña para que las mismas aumenten su intercambio con Cuba y, en consecuencia, a los intelectuales de París y de Londres, susceptibles de influir sobre sus gobiernos.

La revolución cubana, en su situación actual, encierra una contradicción entre las palabras y los hechos. Una situación que recuerda un poco la de la Rusia stalinista del "tercer período", en tiempos en que la coexistencia pacífica con el mundo capitalista, corolario de la construcción del "socialismo en un solo país", estaba camuflada por consignas en apariencia izquierdistas. Cuba continúa predicando hoy, en los países de América latina, una concepción blanquista de la revolución. Pretende y cree poder aplicar me-

[1] Cuando, sin embargo, una de estas clases obreras, la de Francia, se embarcó en la Revolución de Mayo, el eco en Cuba de la misma, por lo menos en la prensa, fue más que débil.

cánicamente a todas las situaciones el esquema de Sierra Maestra. Pero los disgustos sufridos recientemente en Bolivia y otras partes parecen haber incitado a los dirigentes cubanos a calmar este intervencionismo, convertido sobre todo en un recurso verbal, y a consagrar lo esencial de sus esfuerzos a la edificación del socialismo únicamente en la isla. Razón de más para disimular el nuevo curso del mismo bajo la represión del revisionismo cubano pro-soviético, haciéndole al mismo tiempo discretas extracciones.

Desgraciadamente, apenas es posible construir un socialismo auténtico en el aislamiento como lo ha probado el precedente ruso; con mayor razón en un pequeño país insular y bloqueado. De este modo la revolución cubana, a pesar de su heroico esfuerzo para salir del subdesarrollo, parece condenada a quedar más o menos atrofiada, tanto económica como políticamente, en tanto no pueda evadirse del marco nacional y ser enriquecida por la extensión de la revolución mundial [1].

Cuba ha probado su internacionalismo de muchas maneras, aunque más no sea con el hecho de albergar grandes reuniones internacionales, tales como la Tricontinental, la O. L. A. S., y el reciente Congreso Cultural. Arriesgándome a enfadar a mis amigos cubanos, creo que es necesario observar que la revolución cubana no está totalmente liberada de sus orígenes nacionales y pequeño-burgueses. Tomemos por ejemplo su consigna: "patria o muerte"; la Revolución Francesa, por más burguesa y patriota que haya sido, decía: "la 'libertad' o la muerte". Hemos oído el himno nacional cubano ejecutado religiosamente ante multitudes en actitud de saludo militar, pero nunca la "Internacional". Uno podría también preguntarse si el interés prioritario acordado a América Latina, no correspondería más a un nacionalismo latino-americano que a un verdadero internacionalismo proletario.

También es ésta, quizás, la razón por la cuál la revolu-

[1] *Cf. al respecto el artículo de Michele Tourny, "Purga en La Habana", en el Voz Obrera, del 7 de febrero de 1968.*

ción cubana no ha intentado practicar una política antillana ni inculcar una conciencia caribe a las poblaciones de las islas vecinas, desgraciadas víctimas de los imperialismos occidentales, "ruinas" abandonadas a su triste suerte. De hecho, la élite de los afro-cubanos que forman más de la mitad de la población de la isla, se siente próxima a las otras Antillas; pero casi no es acompañada por los cubanos blancos de origen español.

Es cierto que la revolución cubana expresa con un calor particular su solidaridad con el Vietnam en lucha. Pero también aquí están presentes las segundas intenciones de realismo político: el eje Hanoi-La Habana asocia al puñado de países socialistas que quieren conservar cierta distancia, tanto respecto de Moscú como de Pekín.

Por otra parte es lícito preguntarse si la disputa entre Cuba y la U. R. S. S., que en cierto momento había tomado un cariz tan vivo, es únicamente de orden ideológico, y si realmente sólo recae en la "coexistencia pacífica" y en el papel de la lucha armada. Cuba, a su manera, también practica de hecho la coexistencia pacífica. Una especie de "modus vivendi" tácito parece haberse instaurado entre la pequeña isla revolucionaria y su colosal vecino. Está señalado por la vigilancia, somnolienta y ronroneante de un crucero yanqui en el límite de las aguas territoriales, y la perpetuación de la base de Guantánamo sobre el mismo suelo de la isla: millares de obreros cubanos, pagados en dólares norteamericanos, la abandonan cada noche para ganar sus casas en el territorio revolucionario.

La causa esencial de la tensión con Moscú parece ser de orden económico. Recae sobre el azúcar y sobre el petróleo, sobre cuestiones de suministros y de precios que introducen en la planificación cubana continuos elementos de incertidumbre. Un ejemplo: mientras que el rápido desarrollo de la economía cubana acarrea un consumo siempre creciente de combustible, la U. R. S. S. se obstina en no aumentar los suministros estipulados, lo que obliga a Cuba a solicitar adelantos sobre entregas futuras, a hipotecar

el porvenir, a empezar a gastar los stocks de defensa nacional y, por último, a restringir el consumo de nafta.

Otra contradicción muy singular de Cuba es la mezcla de antinorteamericanismo y norteamericanismo. En la Exposición del Tercer Mundo, la primera sala está consagrada a *affiches* de colores que recuerdan la época concluida y aborrecida de la publicidad yanqui. Es que la influencia americana ha dejado en la isla rastros numerosos y visibles: los horribles rascacielos de La Habana, los hoteles para millonarios de la capital y de muchas ciudades de provincia, los "shows" donde la desmesura se alía con el mal gusto, la pasión por el béisbol, los silbidos a manera de aplausos, los vehículos americanos (que desde 1960, por desgracia, tuvieron tiempo de envejecer), el gusto por el "chewing gum" en los muchachos y, por encima de todo, una predilección auténticamente yanqui por todo lo audaz y lo gigantesco. De este modo, por el ardor de pioneros con el que son desmontadas vastas superficies y experimentados nuevos cultivos, hortícolas o frutales, uno creería estar en el Far West, en plena "frontera".

Cuba es, ante todo, una isla asediada, movilizada, objeto de infiltraciones cotidianas del enemigo. Una isla cuya configuración hace pensar en una larga embarcación de caña de azúcar que se extiende sobre una longitud de 1.150 kilómetros y sobre un ancho que nunca supera los 150 kilómetros. Una isla vulnerable, expuesta en todo su contorno al desembarco de un agresor. Una isla resuelta, dado el caso, a combatir hasta la muerte.

La revolución ha triunfado allí con las armas en la mano. Se la defiende con las armas en la mano; los asuntos militares son la ocupación primaria de sus habitantes. El servicio militar obligatorio es de larga duración: tres años. Pero tiende a confundirse cada vez más con la enseñanza. En las escuelas militares, dirigidas por oficiales y sometidas a una disciplina rigurosa, los conscriptos, a los que se agregan

mujeres jóvenes [1], reciben una formación general y técnica. Una formación que, como toda formación de corte militar, se expone a ser en alguna medida una deformación. En particular, se dice que la escuela normal de Minas del Frío donde los futuros instructores son adiestrados, lejos del mundo, en la severa y fría soledad de Sierra Maestra, se parece a un convento de reclusión: la combinación de lo monacal y lo militar, que inspira terror a los futuros alumnos, hace pensar en una resurrección de la Orden de los Templarios.

La milicia popular paralela al ejército, está provista en todo momento de armas cortas (pistolas o revólveres). Pese a ser voluntaria, engloba a la mayoría de la población; hombres y mujeres, a partir de los quince años y hasta una edad avanzada pueden enrolarse en ella. Se toma la precaución de no suministrarles armas largas (fusiles o ametralladoras) más que para hacer guardia, de tiempo en tiempo, en alguna empresa, edificio público, fábrica o museo.

A los ojos del visitante, el porcentaje de uniformes parece elevado; parte de los gobernantes no abandona nunca el ropaje militar. Fidel lleva siempre en su cinturón un revólver que desnuda ostensiblemente en el momento en que va a tomar la palabra. De hecho, el país está gobernado por un equipo de oficiales, unos, antiguos guerrilleros, otros, promovidos después de la victoria de la Revolución. Existe una interpenetración estrecha entre lo militar y lo civil, entre el personal político y el ejército. Ningún rastro de escisión entre los dos componentes del tipo de la que en Argelia, opuso a Boumedienne y a Ben Bella. El comandante Fidel Castro es el jefe supremo, a la vez civil y militar. El ejército no podría celar a un poder civil con el cual se confunde.

"Es el pueblo en armas" exclaman los optimistas a su retorno de Cuba; olvidan que los armamentos modernos

[1] Las mujeres no están obligadas al servicio militar; sin embargo, ingresan en gran número a las academias militares para acceder a ciertas categorías de la enseñanza, tales como las lenguas vivas.

están en manos del ejército y no de la milicia popular. Los observadores ásperos se sienten un poco menos seguros. Creen percibir en Cuba gérmenes seguros de militarismo. Es así como la disciplina libremente consentida, de la cual ninguna revolución podría librarse, es a veces allí sumergida por una disciplina puramente formal. Instructores checos vinieron a enseñarles a los cubanos (que como todos los pueblos tropicales tienen tendencia a la indisciplina); el paso a compás y aún el paso de ganso a la prusiana. El 2 de enero de 1968, para el 9º aniversario de la Revolución, vimos no sólo al ejército sino a batallones de obreros blandiendo sus machetes desfilar en un orden rigurosamente impecable, a paso redoblado. Incluso los niños en las escuelas salen de clase a paso acompasado: "Uno, dos, tres, cuatro". Un grupo de oficiales ingenuos dirigiéndose a nuestro Congreso, propuso una resolución tendiente a la formación del "hombre integral", por medio del entrenamiento militar, como si el producto de una particularidad cubana pudiese ser de aplicación universal.

Es frecuente por otra parte que el militar desborde al civil. Trabajar a "un ritmo de guerrillero" es una expresión corriente en el lenguaje aun cuando se trate de trabajos tan prosaicos como la organización material de un congreso. Algunos sectores de la producción están militarizados. Se da así el caso que comandos de choque del tipo de la brigada "Ché Guevara" desmonten el suelo con ejércitos de tractores o embistan contra el "marabú" (maleza improductiva) con carros de asalto unidos entre sí por cadenas.

¿En qué se transformaría la revolución cubana sin Fidel? Pues la buena naturaleza atenúa los perjuicios inherentes a todo poder estatista sin llegar a suprimirlos. Si por desgracia Fidel llegase a desaparecer, el cáncer burocrático no tardaría sin duda en proliferar. Ya se perfilan en su entorno inmediato hombres de gobierno ambiciosos, solapados, que siguen su parecer, lo cortejan, se cuidan siempre de no contradecirlo, y trepan uno por uno los escalones de

la jerarquía política imponiéndose por su "eficacia". ¿Cómo podría preservarse la revolución cubana de estos aprendices de Stalin?

Entre el pueblo y Fidel el diálogo es permanente, y reemplaza, a falta de una Constitución y una representación popular, a las instituciones democráticas. Las organizaciones de base no faltan, por supuesto. Los comités locales de defensa de la revolución (C. D. R.) son organizaciones de masas por barrio y calle, encargadas de garantizar la seguridad revolucionaria. El "Poder Local" es la representación popular que administra la localidad y da cuenta de su actividad periódicamente, ante la población reunida en asamblea general. Pero parece que faltan correas de trasmisión entre esta base y la cúspide, que el partido y el sindicato, del modo en que funcionan, no alcanzan a suplir. La revolución cubana vista de cerca se muestra tan auténticamente socialista en su espíritu y en su intención, por no decir en todas sus formas, que la perspectiva de tener que volver a un país capitalista le ha parecido amarga a más de un invitado al Congreso Cultural. Deseemos a Cuba —que sabe ganarse de este modo el afecto de sus visitantes—, que sepa introducir una verdadera democracia proletaria en su relativo vacío institucional. Deseemos a Cuba que descubra el marxismo libertario.

Enero de 1968

11. LA CLASE OBRERA CHECOSLOVACA EN LA RESISTENCIA Y LA LUCHA POR EL SOCIALISMO

"Informe sobre la conferencia de Estocolmo"
1º-2 de febrero de 1969

Mi intención es exponer sobre el papel específico desempeñado por la clase obrera checoslovaca en la descolonización de su país.

Para comprender lo que sigue, creo que hará falta volver atrás, hacia el año 1945. El 8 de mayo de 1945 Praga se libera por sí misma de la ocupación hitlerista; más tarde es "liberada" por las tropas soviéticas. Los blindados rusos son recibidos por la población con un entusiasmo delirante. Un diluvio de flores cae sobre ellos.

La clase obrera desempeñó su propio papel en el levantamiento de Praga; en las fábricas confiscadas a los colaboracionistas y a los alemanes, luego en las tomadas a los grandes capitalistas, se forman consejos de empresa. Estos, enmarcados dentro de las organizaciones sindicales, rápidamente constituyen órganos de autogestión análogos a lo que habían sido los soviets en el despertar de la Revolución Rusa.

Empero el Partido Comunista checoslovaco acapara pronto para su provecho las flores arrojadas a los tanques rusos. Los trabajadores pierden rápidamente su poder de autogestión en provecho de la burocracia comunista y gubernamental; la consigna de Gottwald, presidente del P. C., es: "Nada de soviets, nada de socialización." Los obreros, felices por haber sido librados del nazismo, dejan hacer con cierta pasividad.

En febrero de 1948 el P. C. elimina mediante un golpe de Estado, a los otros partidos supervivientes, y se arroga la totalidad del poder al mismo tiempo que subordina estrechamente a los sindicatos, cuya única función de ahora en

adelante será estimular a sus miembros para que trabajen más.

Indudablemente los trabajadores no pierden de inmediato ni totalmente su derecho a participar en la dirección de las empresas. Todavía pueden en alguna medida (una medida cada vez más débil), debatir problemas relacionados con la producción y elaborar proposiciones tendientes al mejoramiento del trabajo y la técnica. Pero sus atribuciones se detienen aquí; es el director de la fábrica el que decide si corresponde o no tener en cuenta las observaciones que le han sido trasmitidas por los obreros y el que hace lo que le parece. Al mismo tiempo, se debilita la influencia de la central sindical en lo que concierne a la defensa de las reivindicaciones sociales y económicas de los trabajadores, lo mismo que la actividad del P. C. en la base con respecto a la organización política de la clase obrera.

Es el Estado, todopoderoso y omnipresente, cuya esencia es el Partido Comunista, el que determina soberanamente la marcha de las empresas y el que se apropia al máximo de los recursos financieros a expensas de la remuneración de los trabajadores. Éstos se encuentran finalmente en una situación más desfavorable que la de los obreros en un régimen capitalista, puesto que el Estado monopoliza todo y es infinitamente más invasor que el de cualquier país burgués. Los salarios checoslovacos caen a un nivel más bajo que el de un país occidental cualquiera. La propaganda oficial se empeñará en convencer a los trabajadores que son los "amos", que la industria nacionalizada les pertenece, que son privilegiados en relación con las otras clases sociales. Éstos lo creen cada vez menos. Si todavía las células comunistas conservan una apariencia de influencia en las fábricas, las no comunistas en cambio son tratadas como parias.

Como escribía Ludvik Vaculik a fines de mayo de 1968 en su célebre carta llamada de las "dos mil palabras": "El aparato decidía lo que se debía hacer o no. Dirigía las fábricas tomando el lugar de los obreros. Ninguna organiza-

ción pertenecía realmente a sus miembros, ni siquiera las organizaciones comunistas. La más grande felonía de los dirigentes fue que justificaban su arbitrariedad proclamando que ésta era la voluntad de los obreros."

Pero este sistema de producción estatista y burocrático, imitador servil del modelo stalinista ruso, arbitrario y centralizado a ultranza, centrado en el desarrollo excesivo de la industria pesada en beneficio de la U. R. S. S, indiferente a las necesidades del consumidor, debía desembocar a partir de 1962 en resultados económicos desastrosos. Por ejemplo, el ritmo anual medio de desarrollo de la producción industrial, que había sido de 10,5 para el período 1956-1960, cayó a 5,2 para los años 1961-1965. En febrero de 1963 el economista Radoslav Selucky lanzaba un ataque contra el "culto del plan" y "la adopción de las estructuras de la industrialización soviética como criterio absoluto". Antes que él, Ota Sik, otro economista, inspirándose en las reformas propuestas en la U. R. S. S. por Liberman y otros, había reclamado la descentralización de la planificación, la fijación de los precios por la ley de la oferta y la demanda y el retorno al mecanismo del mercado, algo idealizado. Sin duda no es esta reforma puramente económica —que después de todo iba en dirección de la descentralización comenzada en la U. R. S. S.—, la que desencadenó la cólera de los soviéticos y provocó la invasión: a pesar de la calumnia rusa según la cual la reforma económica checoslovaca "retrotraería al capitalismo".

No obstante, las limitaciones de este sistema no tardan en aparecer. La autonomía relativa de las empresas, por cierto, deja una mayor iniciativa a los trabajadores que el régimen anterior. Pero al mismo tiempo, los poderes exorbitantes arrebatados al Estado se confían a una casta de administradores-tecnócratas, réplica de los antiguos capitanes de industria. La reforma económica exige por lo tanto el contrapeso de la gestión obrera, al mismo tiempo que tiene necesidad del estímulo a la producción que provee la autogestión. De este modo, los dirigentes liberales checos,

partidarios en un principio de una reforma económica moderada, se vieron obligados a tomar decisiones cada vez más radicales.

El Comité Central del P. C. checoslovaco de este modo, después de la expulsión del presidente stalinista Antonin Novotny, adopta el 5 de abril de 1968 un programa de acción en el que figura un capítulo consagrado al "desarrollo de la democracia socialista". La participación de la colectividad trabajadora en la producción le parece "inevitable" y llega a proponer la creación de consejos de fábrica. Pero aquéllos deben componerse por parte iguales, a razón de un tercio por cada grupo, por representantes del Estado, por especialistas ajenos a la empresa representando intereses generales (por ejemplo clientes y proveedores) y, finalmente, por representantes de los trabajadores. De este modo, en la primera ocasión que se presentase, los obreros hubieran estado expuestos a ser las víctimas de la connivencia entre estos "especialistas" pretendidamente "independientes" o "neutros" y el Estado.

Este proyecto híbrido fue rápidamente superado, y el 1º de junio de 1968, en plena "primavera de Praga", el Comité Central del P. C. da un nuevo paso adelante: la palabra "autogestión" era aventurada y fue adoptado un proyecto de "consejos de trabajadores" cuyos principios generales debían ser enunciados en julio. Pero este proyecto todavía era demasiado limitativo. No dejaba a los consejos de trabajadores sino el cuidado de nombrar el director, sobre el que recaían las decisiones finales, tomadas según la opinión formulada por el consejo.

Desde entonces un movimiento en favor de la verdadera autogestión fue integrado por un grupo de militantes revolucionarios que condensaron en un programa sus reivindicaciones. Por su parte, la fábrica de construcción mecánica Wilhem Pieck redactaba el 29 de junio de 1968 un proyecto democrático detallado, en vista de su próximo ingre-

so en la autogestión [1]. Eran entonces 3 ó 4 las fábricas dirigidas por los trabajadores.

Se hubiera podido creer que la invasión militar rusa a partir del 23 de agosto de 1968, iba a comprometer la extensión de los consejos obreros. Sin embargo, a principios de enero de 1969, el consejo de empresa de las gigantescas fábricas metalúrgicas Skoda, en Pilsen, tomaba una iniciativa importante: la de convocar un "consejo de consejos" agrupando cerca de doscientas empresas de toda Checoslovaquia. Esta reunión —anunciada por el diario "Prace", órgano de los sindicatos—, tenía por objeto permitir un intercambio de información sobre el funcionamiento de los primeros consejos de empresa ya puestos en marcha. El diario decía comentando esta noticia: "La clase obrera ha tomado en sus manos el destino del socialismo y se convierte en el principal garante de la política posterior a enero de 1968." "Es lícito asegurar sin exageración que estos consejos son aptos para convertirse en una importante barrera contra toda tentativa de restablecer la dictadura y hacer revivir el férreo sistema burocrático." El jefe del gobierno checo Oldrik Cernik, bajo la presión autogestionaria de los trabajadores, anunció en enero de 1969 que, desde el trimestre en curso, un texto de ley precisaría en el seno de las empresas el estatuto de los consejos de trabajadores. Los consejos se encargarían principalmente de elaborar la política de desarrollo de la empresa, nombrar y revocar sus dirigentes, aprobar el balance y decidir el reparto del beneficio.

Los trabajadores habían experimentado durante toda una época, cierta desconfianza respecto a los consejos obreros: ¿acaso no estaban acostumbrados a ver reprimir desde hacía tantos años todas sus iniciativas? Además, hasta cierta época, gran número de ellos había podido ser engañado por la demagogia obrerista del presidente Novotny, principalmen-

[1] Publicado en francés en la revista *Autogestion*, nº 7, diciembre de 1968. También se encuentra en ella el artículo de Rudolf Slausky: "Los primeros pasos de la autogestión en Checoslovaquia".

te por sus ataques contra los "intelectuales" del partido y los autores de la reforma económica. Uno de los puntos fundamentales de esta reforma era la retribución a los obreros en función de los resultados económicos de la empresa —de allí en adelante autónoma— que los empleaba. De ahí el peligro de reducciones de salarios en caso de falta de éxito de determinada empresa. En febrero de 1968, poco antes de ser obligado a abandonar la presidencia de la República, Antonin Novotny había visitado una fábrica del combinado metalúrgico C. K. D. y había exclamado: "¡Si ser conservador significa oponerse a una baja del nivel de la clase obrera, entonces estoy orgulloso de ser conservador!"

Es necesario precisar aquí que saboteada y mal aplicada, la reforma económica, en ciertos lugares, desembocó efectivamente en alzas de precios no acompañadas por alzas de salarios, lo que dio a los stalinistas, momentáneamente, algunas armas contra ella.

Pero poco a poco los obreros se dieron cuenta que la puesta en práctica de la autogestión iba a permitirles adquirir el poder económico directo. Inmediatamente, los obreros dejaron de ser escépticos respecto al conjunto de los procesos de liberalización que se habían desarrollado desde enero de 1968, y comprendieron que la "primavera de Praga" se identificaba con sus intereses de clase.

Desde marzo de 1968, Ota Sik y su equipo se ocupaban de visitar sistemáticamente las fábricas y cooperativas agrícolas; le seguían el rastro a Novotny y se dedicaban a reducir su influencia en las grandes empresas industriales. Cuando a fines de mayo de 1968 se publicó en la prensa la carta de las "2000 palabras", todas las empresas, todas las cooperativas agrícolas votaron y firmaron millares de resoluciones en favor de la democratización en curso. En julio, los comités de iniciativa para la creación de consejos obreros en las fábricas, brotaron como hongos después de la lluvia. Al mismo tiempo, los trabajadores eliminaban a sus dirigentes sindicales desacreditados para hacer emerger de la

clandestinidad un movimiento sindical auténtico, democrático, revolucionario, independiente de todo partido político. Numerosos comités sindicales de fábrica elegidos no incluían ningún "comunista"; de tal forma estaba presente en la memoria de los obreros el recuerdo detestable de la de la influencia dictatorial del stalinismo novotnista.

Inmediatamente después de la invasión rusa del 23 de agosto la clase obrera desempeñó un papel determinante en la resistencia.

Es en una fábrica de Praga, poco después de la ocupación, donde gracias a una organización proletaria impecable, el 14º Congreso extraordinario del Partido Comunista pudo reunirse clandestinamente bajo los mismos cañones de los tanques, con fotógrafos y cameramen. La resolución final de este Congreso proclama, entre otras cosas, que "la defensa de la libertad no es solamente asunto de los comunistas, sino de todos los trabajadores de las fábricas y del campo".

En las empresas, los trabajadores estaban continuamente atentos a los llamados de la red radiofónica que seguía fiel al gobierno. Un testigo cuenta: "En cuanto a los obreros praguenses, sobre los que el régimen de Novotny pretendía apoyarse, su actitud ha constituido una sorpresa. La fábrica más grande de Praga tenía preparados día y noche 'containers' de metal en fusión para tirar sobre los tanques en caso de tentativa de ocupación. El redactor de una gran revista es trasportado por un motociclista que lleva el uniforme de las milicias obreras y los diarios se redactan en las fábricas, mientras que los soldados rusos, perplejos, hurgan en las salas de redacción."

La referencia a las milicias obreras es tanto más digna de atención cuanto que las mismas habían sido creadas por el régimen de Novotny como guardias pretorianas, le habían sido fieles, y algunas de ellas, después de la invasión, se dejaron llevar a escribir una carta a los obreros rusos afirmando el apego de la clase obrera checoslovaca a la Unión Soviética. El 24 de enero de 1969, por otra parte, los

representantes de la milicia popular de Praga y de la Bohemia Central habían reincidido enviando una carta al Comité Central del P. C. y llamando al orden a los periodistas para que practiquen mejor la "autocensura".

Pero volvamos a la acción obrera en la resistencia contra la invasión. Gracias a la devoción de los tipógrafos principalmente los innumerables periódicos y panfletos clandestinos pudieron ser distribuidos en las mismas barbas de los ocupantes. Escuchemos al testigo ya citado: "El 22 de agosto, X tiene la idea de llamar a la imprenta; y he aquí que aquel taller donde siempre hacía falta llevar una buena botella si se quería que se respetasen los plazos de impresión, ya largos, se encuentra disponible en el mismo instante, con hombres y máquinas, para panfletos, un diario, lo que fuera. Ahora sé por qué en la historia del movimiento obrero se habla tan a menudo con respeto sobre los trabajadores de la imprenta. Los nuestros no sólo realizaron un trabajo perfecto, rápido, sin fijarse en las horas, sino que, además, por su calma, aguante, conciencia del objetivo buscado, y su reflexivo coraje, permitieron restablecer efectivamente desde el segundo día y a pesar de la ocupación de numerosas imprentas, la aparición regular de todos los órganos de prensa. En el momento en que se van los últimos distribuidores (pues nunca debemos estar en la imprenta más de dos por vez), la composición ya no existe más y ya hace mucho tiempo que el último ejemplar sobrante ha sido destruido."

Los trabajadores del riel no sirvieron menos a la causa de su país contra el invasor. Es siempre el mismo testigo el que habla: "¡Y los ferroviarios! Famosa epopeya la del tren que debía traer desde alguna parte de Eslovaquia a Praga las instalaciones de la poderosa estación emisora "Zaria". (Por mucho tiempo creímos que se trataba de equipos de interferencia.) Aquel tren que, finalmente, a pesar que los motores de las locomotoras se inflamen y que las estaciones sean bloqueadas, llega a alguna parte por diversos desvíos no previstos en el programa, toma veloci-

dad, pasa por alto algunas estaciones y rueda y rueda largo tiempo; y cuando se hace evidente al fin que rueda por una vía sin salida, fuera de uso, debe dar marcha atrás después de muchos gritos. Por último llega a un lugar donde los rieles han desaparecido. De este modo la estación "Zaria" debe ser encaminada desde allí en helicóptero."

Más tarde, el 18 de noviembre de 1968, la huelga de tres días de los estudiantes repudiando la "normalización" que pretendía imponer por la fuerza el ocupante ruso, atrajo a las universidades numerosas delegaciones obreras que venían a participar de los mitines de los huelguistas. En grandes empresas como Skoda fueron adoptadas resoluciones de solidaridad. Se desarrollaron paros de un cuarto o de media hora, mientras que en otras fábricas se accionaban las sirenas en señal de simpatía. Los ferroviarios de Praga advirtieron que irían a la huelga en caso que el gobierno tomara medidas de represión contra los estudiantes. Trabajadores de diversos organismos del Estado los abastecieron. Los de los transportes urbanos pusieron sus ómnibus a disposición de los huelguistas para que pudiesen salir sin ser golpeados; la ley prohibía las reuniones de más de veinte personas. Los empleados de correos establecieron gratuitamente algunas comunicaciones telefónicas entre las ciudades universitarias. Nosotros, los franceses, desearíamos ver manifestarse una solidaridad tan extensa entre obreros y estudiantes. Es verdad que la composición del cuerpo estudiantil checo es muy diferente a la que existe entre nosotros; el porcentaje de hijos de obreros o de empleados en la universidad es allí mucho más importante: por lo menos el 60 %.

La clase obrera retomó la lucha, esta vez a principios de enero de 1969, para intentar imponer la permanencia de Josef Smirnovsky en la presidencia de la Asamblea Nacional. Se acordó que aquél había sido el primero, en enero de 1967, en oponerse al régimen de Novotny. En algunas empresas se produjeron paros. Con la fuerza de sus 900.000 afiliados, el sindicato de los metalúrgicos checo amenazó

con recurrir a la huelga general, proyecto que fue abandonado en seguida bajo la presión de los gobernantes que buscaban un compromiso entre los representantes de las dos entidades, checa y eslovaca. El congreso de los sindicatos de Bohemia y Moravia adoptó poco después una resolución, retomando por su cuenta el programa reivindicativo de diez puntos que había redactado la Federación de Estudiantes el 18 de noviembre de 1968. Una de las reivindicaciones democráticas de ese programa, el punto 8, estipula "la continuación de la creación de consejos de empresa como órganos de autogestión".

Estos son algunos de los hechos que demuestran que la clase obrera checoslovaca supo liberarse de la influencia de la demagogia novotnista y hasta qué punto supo estimular la resistencia del conjunto de la nación contra la invasión militar soviética. Si los rusos se obstinasen en curvar bajo su yugo a un pueblo tan apegado a su independencia, si la fuerza de las armas fuese utilizada nuevamente contra el mismo, si los actuales gobernantes llegasen a ceder más a los dictados del ocupante, no cabe ninguna duda que el proletariado continuaría luchando tercamente, de ser necesario clandestinamente, por una vía checoslovaca marxista libertaria hacia el socialismo, dentro de la democracia obrera y de la libertad.

12. HACIA UNA OPOSICIÓN EXTRAPARLAMENTARIA

Alocución en el mitin organizado por los "Amigos del S. N. C. C. (Poder Negro)" en la Mutualidad, el 29 de abril de 1968

Mis queridos camaradas:

En el curso de una reciente conferencia de prensa creí

necesario plantear a James Forman, no una pregunta tramposa, sino una de esas preguntas que se plantean a un amigo para obtener de él la respuesta que ya se da por descontada. Le pregunté si es exacto que el Poder Negro tiene la intención de boicotear las próximas elecciones presidenciales y generales en los Estados Unidos. Su respuesta fue categórica: "sí". Y Forman agregó que para los negros americanos, de aquí en adelante, la lucha ya no se desarrolla más sobre el terreno electoral —que ha pasado a segundo plano— sino en la calle. Rap Brown había dicho antes que él en Nueva York, en septiembre último, que los "negros no esperaban nada de las elecciones de 1968 [1]".

Hace algunos meses otros portavoces del Poder Negro, me han hecho ver, por otra parte, que la multiplicación de los grupos activistas negros a través de los Estados Unidos presenta ventajas que no ofrecería una centralización excesiva del movimiento revolucionario. Preservar la espontaneidad de la lucha, su relación directa con las masas, son algunas de ellas.

De este modo los negros americanos han vuelto a encontrar por sí mismos las reglas fundamentales de la acción revolucionaria, que habían sido elaboradas en Europa a mediados del siglo XIX: por una parte, subordinar la acción electoral y parlamentaria a la acción directa, en verdad a la lucha armada; por otra parte, salvaguardar la autonomía y, en consecuencia, la espontaneidad de las organizaciones de base, llámeselas comunas, soviets o consejos. Desde entonces, desgraciadamente, estos principios elementales han sido —y todavía lo son en nuestros días—, medianamente olvidados en el seno de nuestros movimientos. Debemos agradecer a nuestros amigos negros americanos por recordárnoslos ¡y con qué poder de convición!

Llego a un punto que me parece esencial. Es nuestro deber, ¿acaso es necesario decirlo? tomar la defensa de los negros americanos, testimoniarles, como lo hacemos aquí,

[1] En los hechos la gran mayoría de los negros dieron finalmente sus votos al candidato demócrata Humphrey.

nuestra solidaridad. Por cierto que es nuestro deber, como lo es el de sostener al heroico Vietnam en lucha. Pero creo que debemos ponernos en guardia contra nosotros mismos. Efectivamente, sería un grave error concentrar nuestra acción sobre los negros americanos, sobre Vietnam, simplemente para darnos una "buena conciencia", para ejecutar un acto de distracción, para fabricarnos una coartada que nos dispensase de luchar, aquí, entre nosotros, contra el enemigo que está en nuestro propio país.

Sobre este punto, estoy seguro que nuestros amigos negros americanos estarán de acuerdo. Saben lo que tienen que hacer, no tienen necesidad que nosotros se lo indiquemos, y nuestra solidaridad, aunque no es despreciable para ellos, no es de ningún modo la condición de su victoria.

Además, por una vez que tenemos el honor y la buena suerte de tener entre nosotros a uno de sus portavoces más autorizados, podemos dispensarnos de decir sobre ellos lo que ellos pueden decir mucho mejor.

Por el contrario, me parece que debemos extraer de la gran lección que ustedes nos dan, queridos camaradas del Poder Negro, enseñanzas aplicables a nuestro propio país y a nuestras propias luchas.

En primer lugar, si queremos ser verdaderamente fieles, nuestra tarea más inmediata sería emprender a fondo la lucha contra la discriminación que reina en Francia respecto a los hombres de color, tanto económica como humana. Daré aquí dos pequeños ejemplos extraídos de una experiencia personal: mientras me hallaba desempeñando las funciones de consejero cultural en el Teatro de las Naciones hace algunos años, habíamos reservado una serie entera de habitaciones para un ballet africano en un hotel de la orilla izquierda del Sena. Sin duda, el hotelero no había comprendido que se trataba de un ballet negro y cuando los artistas se presentaron, se les respondió que las habitaciones retenidas ya no estaban disponibles. Tanto el organismo al que entonces yo pertenecía, como los poderes públicos, no reaccionaron.

Segundo ejemplo: el 19 de febrero se abría en el Palacio de Justicia de París el proceso de los patriotas guadalupeños. Los estudiantes antillanos habían organizado en la ocasión una manifestación callejera. Se había dado la consigna de desplazarse en forma dispersa hasta las inmediaciones del Palacio. Cuando con mi amigo Michel Leiris franqueamos el puente de Saint-Michel, una barrera de C. R. S. viniendo de la plaza de igual nombre, hizo una selección: se acordó el derecho a pasar a toda persona de piel blanca, toda persona de color fue rechazada. La consigna policial que había sido impartida era bien racista, pues cierto número de los mismos blancos a los que se dejaba pasar tan complacientemente, también venía para manifestar junto a los antillanos.

En segundo lugar, queridos amigos negros americanos, deberíamos emprender entre nosotros la lucha contra nuestra burguesía, nuestro capitalismo, nuestro neoimperialismo, con una energía que sin alcanzar desde luego tal grado de ebullición, se asemejase a aquélla de la que ustedes dan prueba. Y cuando digo "neoimperialismo" no es una fórmula hueca: no hace tanto tiempo que las fuerzas de represión francesas hacían correr la sangre en la Martinica, Djibouti y Guadalupe.

El mundo es uno, la revolución es una; ustedes abren allá una brecha. Nos corresponde a nosotros abrir otra aquí. Cómo podríamos apoyarlos mejor en la lucha sino dejando de ser una izquierda blanda, de "piel de conejo", (como se decía en mi juventud), en estado de "coexistencia pacífica", como se dice hoy; una izquierda dividida, más pródiga en palabras que en actos y sin gran peso en la balanza internacional. En mejor forma podríamos darles una buena mano arrancando aquí las llaves de nuestro destino al enemigo de clase, un destino que en último análisis, se identifica con el de ustedes.

Se puede objetar por cierto que allá la situación no es la misma que aquí, que el infierno de ustedes, amigos negros americanos, nada tiene en común con el purgatorio en

el que nos mantienen nuestros opresores. Por cierto, nada hay en común entre la explotación económica en el interior de los países blancos y la que golpea a otro color, la que bajo pretextos epidérmicos condena a toda una población a quedar confinada en los ghettos luego de haber sido expoliada de sus patronímicos, lenguas, religiones, culturas ancestrales, personalidad que hace de los suyos extranjeros en su propia patria, que los expone en todo momento a la violencia y a la muerte.

Empero, la sociedad en que nosotros vivimos y que nos hemos habituado un poco a sufrir a pesar de esta diferencia de grado, no es mucho menos mala ni menos injusta. Sí, queridos amigos negros americanos, también entre nosotros hay llagas irritantes, excesos insoportables, crímenes odiosos. Una distancia enorme entre el rico y el pobre, entre el poseedor de los medios de producción y el asalariado, entre el gobernante y el gobernado, entre el privilegiado fiscal y la pobre gente esquilmada por el fisco, entre el justo y el corrompido. ¿Querido Forman, la Francia que lo recibe hoy, no es acaso el país en cuyo territorio pudo ser raptado y liquidado impúnemente el líder de la izquierda marroquí, Medhi Ben Barka, con la participación de los servicios oficiales franceses?

Hecho este paréntesis retomo mi exhortación. Existe entre nosotros una vejez muda e invisible que termina sus días en la miseria, justo en medio del despliegue insolente del lujo. Tras la fachada del bello París hay calles sórdidas y chozas increíbles.

Tenemos una juventud alienada, incomprendida y escamoteada; tenemos a la mujer que espera todavía su verdadera emancipación, que se inclina bajo el cuádruple peso de la maternidad, la búsqueda del sustento, los trabajos domésticos, el aborto clandestino. Tenemos en la fábrica el ritmo acelerado del trabajo que agota y abrevia la duración de la vida. Tenemos la vergüenza de la mayoría de nuestros hospitales y universidades, mal equipados y sobrepoblados; el escándalo de una medicina no socializada y de un trust

farmacéutico rapaz; la ignomia de nuestro sistema penitenciario. Tenemos el despilfarro insensato de nuestros recursos para la bomba atómica y "la grandeza de Francia".

Tenemos el indigno tratamiento que reservamos a los extranjeros, su superexplotación, su apartamiento en semighettos, el egoísmo, el chauvinismo y el racismo que demasiados franceses les demuestran. Tenemos la vida cada día más cara, el desempleo por la mecanización y la concentración a ultranza.

Finalmente, compañero Forman, para sintetizar: la condición obrera dista de estar abolida en este país en que lo recibimos. A pesar de las apariencias, la frase de Karl Marx y Friedrich Engels conserva un fondo de verdad: en una revolución los trabajadores no tendrán nada que perder, solamente sus cadenas, en cambio ganarán un mundo.

Desde luego que no necesariamente los medios de nuestra lucha tendrían que ser idénticos a los que ustedes ponen en acción, queridos negros americanos, y no quiero sugerir esta noche de ningún modo que, por ejemplo, la formación de tiradores escogidos esté desde hoy a la orden del día entre nosotros. (Gritos de: "¡Sí, sí, lo está!")

Pero la voluntad de ustedes, como lo dicen —y como lo hacen—, de destruir e incendiar un sistema de poder blanco que ya no pueden ver ni pintado, debería restituirnos las ansias de nuestra propia salvación. Ya es el momento, el gran momento de que hagamos oír en este país la poderosa voz de lo que los iracundos estudiantes de allende el Rhin llaman (junto con nuestros propios estudiantes revolucionarios) una oposición extraparlamentaria. Es el gran momento en que junto a ustedes, como ustedes, camaradas del "Poder Negro", arrasemos el Viejo Mundo, para reconstruir a partir de él otro, viable y vivible.

13. MAYO DE 1968 Y EL MARXISMO LIBERTARIO

Ya hace una cantidad de años que creí distinguir en el seno de la juventud francesa los gérmenes de una rebelión libertaria. Entre otras cosas seguía con atención y —por qué esconderlo— con simpatía, los arranques de los jóvenes proletarios, más o menos proscriptos por la sociedad burguesa, enfrentados con los "canas" y también con los "viejos": los camisas negras, las bandas organizadas de los barrios o de los H. L. M.

Me daba cuenta que la juventud, en su conjunto, más allá del caso específico de los jóvenes "sociables", no pertenecía a nadie. Su aparente escepticismo no era ni indiferencia ni diletantismo, menos aún nihilismo, sino rechazo global a los falsos valores de todos sus mayores, ya fuesen éstos señores apasionados por la jerarquía y la autoridad, o *stalinistas*, nuevos jesuitas, obedientes *perinde ac cadaver*.

En el curso de un debate radiodifundido sobre la juventud, hacia principios de 1958, creí poder afirmar: "El socialismo siempre está vivo en la conciencia de los jóvenes, pero para que los atraiga sería necesario que rompiese con las monstruosidades del *stalinismo*, que se les mostrase como libertario".

Al año siguiente, publiqué una recopilación de ensayos precedidos por la siguiente dedicatoria:

"A ti, juventud de hoy, dedico estos ensayos. Sé que te apartas de las ideologías y de los 'ismos' que las carencias de tus mayores han terminado por volver huecos. Sé que alimentas una desconfianza tenaz (¡y cuán justificada, desgraciadamente!) respecto a todo lo que tiene que ver con la 'política'. Sé que los buenos señores que pensaron acerca del problema social en el siglo XIX (y que se citan con frecuencia en la presente recopilación) te parecen viejos barbudos. Sé que el 'socialismo', tan a menudo traicionado

y tan descaradamente deshonrado por los que dicen sostenerlo, suscita tu justo escepticismo.

"En tus respuestas a la encuesta sobre la Nueva Ola [1], no tuviste peros en decir: 'No es de desear un futuro socialista a causa de esa subordinación absoluta del individuo a una idea política y al Estado.'

"Pero lo que te aparta del socialismo —nos dices— no es la perspectiva de poner fin a la opresión del hombre por el hombre, son los 'burócratas y las purgas'.

"Dicho de otra manera, desearías el socialismo si fuese auténtico. En tu mayoría tienes un sentimiento muy vivo de la injusticia social, y muchos son en tus filas los que tienen conciencia que 'el capitalismo está condenado'.

"Por otra parte, estás apasionadamente ligado a la libertad, y ùno de tus portavoces escribe que la 'juventud francesa es cada vez más anarquista'.

"Como M. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, tú eres anarquista sin saberlo. Frente a ese vejestorio en bancarrota que es el socialismo jacobino, autoritario y totalitario, el socialismo libertario lleva el sello de la juventud. No sólo porque es el secreto del futuro, el único sustituto posible —a la vez racional y humano— de un régimen económico históricamente condenado, sino también porque corresponde a las aspiraciones profundas, aunque todavía confusas, de la juventud, sin cuyo acuerdo y participación sería inútil pretender reconstruir el mundo.

"Pienso, escribe uno de estos jóvenes, que en el curso de mi vida veré derrumbarse esta civilización. Por mi modesta parte, deseo vivir tanto tiempo como para ser, contigo, juventud, testigo y actor de esta gigantesca barrida. Y ojalá que el proceso al falso socialismo que es objetivo de esta recopilación pueda sugerirte algunos de los materiales con los que construirás, con un entusiasmo donde el escepticismo ya no tendrá cabida, una sociedad más justa y más libre."

[1] Cf. el Apéndice del presente libro.

La revolución de mayo de 1968 ha confirmado ampliamente esta anticipación. Fue una gigantesca barrida. Ejecutada por la juventud no sólo estudiantil sino también por la juventud obrera, ligada a aquélla en razón de la solidaridad de la edad y la alienación común. En la universidad como en la fábrica y en el sindicato, la dictadura de los adultos locales, ya fuesen éstos maestros, patrones o bonzos sindicales, fue cuestionada, mejor dicho: profundamente sacudida. Y esta explosión inesperada, surgida como un rayo, contagiosa y devastadora, fue en gran medida anarquista.

Tuvo por origen una crítica no sólo de la sociedad burguesa sino también del comunismo *poststalinista*, la que se profundizaba año a año en el medio universitario. Fue alimentada, en particular, por la declaración de guerra del pequeño grupo "situacionista" a la "miseria en el medio estudiantil". Se inspiró en la rebelión estudiantil de los diversos países del mundo y especialmente de Alemania.

Tomó como armas la acción directa, la ilegalidad deliberada, la ocupación de los lugares de trabajo; no dudó en oponer a la violencia de las fuerzas de represión la violencia revolucionaria; enjuició todo, todas las ideas recibidas, todas las estructuras existentes; repudió el monólogo profesoral así como el monarquismo patronal; puso fin al reino del vedettismo y de la figuración individual; quiso ser anónima y colectiva; de hecho, en algunas semanas hizo el aprendizaje de la democracia directa, del diálogo de las mil voces, de la comunicación de todos con todos.

Bebió golosamente el vino de la libertad. En sus innumerables reuniones y foros de toda clase, se reconoció a cada uno el derecho de expresarse plenamente. En la plaza pública, transformada en anfiteatro (pues la circulación había sido interrumpida y los contestatarios estaban sentados en la misma calle), la estrategia de la guerra callejera fue larga, amplia y abiertamente discutida. En el patio, los corredores y los pisos de la Sorbona, colmena revolucionaria donde cualquiera podía entrar, todas las tendencias

de la revolución, sin exclusivismos, dispusieron de *stands* donde instalaban su propaganda y su literatura.

Con la ayuda de esa libertad conquistada, los libertarios pudieron salir de su anterior insularidad. Combatieron codo con codo junto a los marxistas revolucionarios de tendencias "autoritarias", casi sin animosidad recíproca, olvidando temporariamente las fricciones del pasado. Al menos durante la fase ascendente de la lucha, en la que todo estaba subordinado a la fraternización contra el enemigo común, la bandera negra se mezclaba con la bandera roja sin competencia ni preeminencias.

Toda autoridad fue desacreditada, o peor todavía, ridiculizada. El mito del vejete providencial que ocupaba entonces el trono en el Elíseo fue menos socavado por el discurso serio que pulverizado por medio de la caricatura y la sátira: "él es su careta de carnaval". La fábrica de palabras parlamentaria fue negada con el arma mortal de la indiferencia: una de las largas marchas de los estudiantes a través de la capital llegó a pasar un día ante el palacio de los Borbones * sin dignarse siquiera reconocer su existencia.

Una palabra mágica halló eco durante las gloriosas semanas de mayo de 1968 tanto en las facultades como en las fábricas. Fue tema de innumerables debates, de pedidos de explicación, de recursos a precedentes históricos, de exámenes minuciosos y apasionados de las experiencias contemporáneas relativas: la autogestión. En particular, fue ampliamente aportado el ejemplo de las "colectividades" españolas de 1936. Los obreros concurrían por la noche a la Sorbona para iniciarse en esta nueva solución del problema social. Una vez de regreso en el taller, se entablaban, alrededor de las máquinas inmovilizadas, discusiones acerca de ella. Desde luego que la revolución de mayo de 1968 no puso en práctica la autogestión, se detuvo en el umbral, mejor dicho, en el mismo principio. Pero la autogestión quedó alojada en las conciencias y, a pesar de sus detractores, resurgirá de las mismas tarde o temprano.

* Sede del Parlamento francés. *(N. del T.)*

Esta revolución, por último, tuvo la suerte de encontrar en un concierto de millares de voces, un portavoz: un joven estudiante, judío franco-alemán, de veintitrés años. Daniel Cohn Bendit no es, para hablar con propiedad, un teórico. En el plano de las ideas, su hermano mayor, Gabriel, profesor en un liceo francés, lo supera en madurez como en saber. Tuvo sucesivamente una formación marxista y luego una libertaria, que se refleja en el libro publicado bajo la firma de los dos hermanos, un libro marxista libertario.

Pero Daniel está dotado de atractivos más impactantes que las cualidades de escritor. Se ha revelado como un agitador nato, de los que no veíamos más en Francia hace largo tiempo, como un orador de raro poder, directo, realista, a la vez prudente e incitante, imponiéndose sin demagogia ni artificio a una juventud que abomina de la retórica politiquera.

Por otra parte, pese a desempeñar, por la fuerza de las cosas, el papel de vedette, se niega a jugar al líder y considera que sigue siendo un militante estudiantil entre otros. Para De Gaulle, mensajero de Dios, era Satanás. Los burgueses no se lo perdonan, menos aún los *stalinistas*, que aquél trató —lo merecían—de crápulas. En cuanto a ciertos grupúsculos de tendencias autoritarias, parecen resignados, demasiado pronto, a su escandalosa expulsión de Francia. Unos y otros se equivocan, sin embargo, si creen haberse desembarazado de él: ausente o presente, está siempre —el marxismo libertario está siempre— junto a ellos.

14. MAYO: UNA CONTINUIDAD, UNA RENOVACIÓN

Excepto quizá el nombre Cohn Bendit, que impresiona en algunos de los innumerables libros que han sido escritos

sobre mayo del 68 un poco apresuradamente, lo que llama la atención es la ausencia relativa de referencia, o la referencia insuficiente al pasado revolucionario. En general los libros en que se destaca esta laguna han sido escritos por jóvenes. Los jóvenes han sido los iniciadores de Mayo. Experimentan al respecto un legítimo orgullo; muchos han descubierto la Revolución a través de Mayo, una Revolución que no todos habían conocido previamente por los libros, o que habían conocido mal por culpa de las versiones falsificadas que les habían presentado de la misma. De ahí la óptica particular que tiende a hacerles creer que en Francia todo empezó con Mayo del 68; que Mayo ha sido una creación absolutamente original, sin lazos directos con la tradición obrera y revolucionaria francesa.

Claude Lefort ha dejado escapar una ilusión de este género cuando no temió afirmar en un artículo de *Le Monde* [1]:

"Con el movimiento de Mayo [...] algo nuevo se manifiesta [...] una oposición que todavía no sabe cómo se llama, pero desafía de tal modo a todas las autoridades establecidas 'que no se la podría confundir con los movimientos del pasado'."

Es verdad que en este caso Lefort es ganado por el ardor de una polémica contra los distintos grupos *trotskistas*, a los que reprocha —por otra parte no sin alguna razón— que busquen recuperar y monopolizar el movimiento de Mayo, exponiéndolo a la fosilización; pero llevado por las necesidades de su causa, hace inclinar exageradamente la balanza en sentido contrario al de la tradición *trotskista*, y no comparto de ningún modo su opinión en la que Mayo se distingue de manera tan radical de los movimientos del pasado.

Lo que es nuevo en Mayo, por cierto, absolutamente inédito, es que hemos asistido al primer acto de una revolución social de larga duración, cuyo detonador no han sido los obreros, como en el pasado, sino, por primera vez, los estudiantes. Sin embargo, esta particularidad de Mayo,

[1] *Le Monde*, 5 de abril de 1969.

mientras fueron estudiantes los que edificaron las barricadas y mantuvieron las calles, sólo concierne a los quince primeros días del mes desde entonces famoso. La segunda fase de la revolución de mayo, con mucho la más importante, la que sacudió más profundamente al poder político y a los patrones, a la vez la que suscitó la alarma de los *poseedores* y la huida de sus capitales, fue una revolución de la clase obrera, del estilo y el nivel de las grandes crisis sociales del pasado.

Se puede preguntar si la razón por la cual algunos tienden a sobreestimar la originalidad de la revolución de mayo, no sería que la misma ha surgido en una fase de la historia de Francia en que la revolución había sido vaciada de todo contenido, traicionada, desnaturalizada y borrada del mapa por dos poderosas aplanadoras políticas, dos esterilizadores del pensamiento rebelde: el *stalinismo* y el *degaullismo*. Si Mayo se ha mostrado audazmente contestatario, si ha parecido enjuiciar todos los valores y todas las instituciones establecidas, como tiende a creerlo Claude Lefort, ¿acaso no habrá sido porque desde hace cuarenta años el *stalinismo*, y el *degaullismo* desde hace diez años, hicieron perder a los franceses la costumbre y el placer de la contestación radical y la protesta libertaria? Costumbre, placer y tradición que habían sido suyas durante cerca de ciento cincuenta años.

Tomémonos el trabajo de remontar nuestro pasado y aceptemos redescubrir los innumerables Mayo del 68 de nuestra historia nacional y social. Rascando y hurgando detrás de la fachada engañosa edificada por los historiadores burgueses, he intentado, por mi parte, hacer revivir el movimiento de masas de la revolución de 1793, extraordinario y casi increíble porque había surgido de una Francia más o menos hundida todavía en las tinieblas del absolutismo, la aristocracia y el clericalismo. He seguido paso a paso las incursiones audaces en dirección de las revoluciones del *futuro*, tales como la vanguardia descamisada, tan adelantada a su tiempo, la práctica de la democracia directa, el todopoderoso poder de la calle. He hecho un

acercamiento —¿cómo podía dejar de hacerlo?— entre los Rabiosos de 1793 y los de 1968, subrayando esta frase de Jacques Roux, precursor de Daniel Cohn Bendit: "Sólo los jóvenes son capaces del grado de calor necesario para llevar a cabo una revolución."

Para describir el impulso verbal, el buen sentido, el buen humor, más jovial que cruel, que desplegó el pueblo en la gran aventura de la descristianización de 1793 y que le hizo derribar los ídolos, le puse por título al capítulo consagrado a este tema una expresión tomada a Mayo del 68: "la imaginación al poder". Puesto que se trata del mismo genio creador.

Todas las revoluciones sociales que siguieron en Francia a la de 1793, y que nacieron de su tradición, fueron como su antecesora, una fiesta exuberante de la libertad recuperada, un enorme desahogo colectivo.

Tal es el caso, en alguna medida, de la huelga general obrera desencadenada en París en 1840, en el mismo momento en que nacía en los espíritus la idea del socialismo; huelga general demasiado poco conocida, pues también aquí los historiadores burgueses, excepto Octave Festy, han sido, sin duda intencionalmente, superficiales y negligentes.

¿Y qué decir de la tumultuosa y fecunda revolución de 1848, en que fueron forjadas tantas ideas surgidas durante meses de un crisol popular en efervescencia; en que se desarrollaron tantas reuniones públicas y vastas asambleas populares; en que nacieron tantos diarios, panfletos y hojas de propaganda?

La explosión libertaria en la Comuna de 1871, heredera directa de la de 1793, es de igual naturaleza. Es ocultada a menudo o relegada a segundo plano por los autores que tienen los ojos puestos casi exclusivamente en los aspectos relacionados con la guerra civil. Pero durante el breve lapso de tiempo en que el París revolucionario pudo expandirse, aprovechando el corto respiro, anterior a la agresión fatal de los versalleses, ¡qué florecimiento, qué desborde de alegría y libertad! Armand Gatti, en el hermoso texto que re-

dactó en mayo del 68 para comentar una proyección de diapositivas, captó bien el equivalente de "Mayo del 68" en la Comuna. (Del mismo modo, sería dar una visión unilateral de la revolución de mayo reducirla a una serie de combates callejeros, minimizando la contestación generalizada y la democracia directa. El enfrentamiento con los C.R.S. fue el precio que hubo que pagar para abrir el festival de la libertad en la Sorbona.)

Hace justamente cincuenta años el mismo brote libertario se encuentra en las grandes huelgas que se dieron en Francia al fin de la Primera Guerra Mundial mezcladas con los motines de los marineros franceses del Mar Negro que se negaban a la guerra contra los Soviets. ¿Se sabe acaso que el 8 de junio de 1919 Tolón fue teatro de una verdadera insurrección, donde marinos, soldados y obreros, codo con codo, se batieron en las calles, a pedradas, contra los gendarmes? [1]

Por mi parte, junto a decenas de miles de militantes, tuve la suerte de poder vivir junio del 36, antecedente inmediato del mayo obrero del 68. Y puedo dar fe con todos ellos que, con Francia entera paralizada por la huelga general con ocupación de fábricas, el poder de las masas dueño del país no desmereció en nada comparado con el levantamiento obrero que acabamos de vivir hace un año. La revolución de 1968, como las explosiones precedentes, fue una formidable fiesta de alegría popular. Cortejos de un millón de habitantes recorrieron las calles, igual que el 13 de mayo de 1968; y en las fábricas, donde los trabajadores se habían vuelto amos, participamos de un inmenso baile popular, de un enorme 14 de Julio, espontáneo como no lo es el celebrado cada año por la tradición republicana burguesa.

Por haber tomado parte en Mayo en numerosos debates en los anfiteatros de las facultades ocupadas, puedo atestiguar que las multitudes apasionadas y vibrantes allí apre-

[1] Cf. "Los motines del Mar Negro", *Cuadernos de Mayo*, 18, rue du Fbg-du-Temple, julio de 1969.

tujadas, lejos de dar la espalda al pasado revolucionario, estaban ávidas por volver a encontrar su continuidad, por abrevar en esa fuente permanente, pero para muchos de ellos tan recientemente descubierta, de energía libertaria.

El renacimiento del anarquismo durante mayo de 68 ha podido sorprender a algunos. Pero, observando de cerca, se ve que la clase obrera francesa y por extensión el pueblo francés, han conservado siempre un fondo de anarquismo o, más bien, de anarcosindicalismo. La tradición de la C.G.T. en la lucha de clases y en la acción directa, desplegada de 1895 a 1914, pese a las apariencias, nunca ha muerto. Cantidad de militantes e incluso de líderes, convertidos luego en comunistas *stalinistas*, no lograron matar completamente la nostalgia reprimida del anarcosindicalismo. La escisión sindical de 1921, la creación de la C.G.T.U., y luego la *bolchevización*, no han hecho desaparecer de la conciencia de los trabajadores el viejo fermento sindicalista.

Las huelgas generales con ocupación, de 1936 y 1938, levantadas por la masa, espontáneas y surgidas de la base fueron, con toda autenticidad, anarcosindicalistas. La C.G.T. de hoy, a pesar de los manejos de los burócratas liquidacionistas a la Georges Séguy, sigue siendo en una amplia medida (si se puede decir, en el fondo de sus entrañas) anarcosindicalista; y esto es lo que encoleriza tanto su batallón de burócratas.

Por último, si el anarquismo ha sido reencontrado en Mayo, o, con mayor exactitud, ha entrado en simbiosis con el marxismo, no hay que buscar muy lejos la causa de ello: muy simplemente ocurre que toda revolución social no puede ser otra cosa que libertaria en el momento de su estallido.

Después, solamente después, vienen los recuperadores, los burócratas, los jefes que ponen sus garras sobre la revolución, la desfiguran y la ahogan.

La Revolución de Mayo tuvo conciencia de este peligro. Hasta el presente, casi no ha sucumbido al mismo. ¡Cuidado, sin embargo!

Mayo de 1969.

15. ¿PARA QUÉ UN MARXISMO LIBERTARIO?

Al término ya de este libro, es tiempo de sacar conclusiones y de atreverse a esbozar los rudimentos de un programa, a riesgo de ser acusado de volcarse en la "metapolítica".[1]

Hoy sería inútil tratar de emparchar un edificio más o menos rajado y carcomido de doctrinas socialistas; esforzarse en reconstruir los fragmentos todavía sólidos del marxismo y anarquismo tradicionales; rivalizar en erudición marxista o bakuninista; buscar, trazar, aunque más no sea sobre el papel, ingeniosas síntesis y tortuosas componendas.

Si en este libro nos hemos vuelto con bastante frecuencia hacia el pasado, el lector habrá comprendido que no era de ningún modo para demorarnos o complacernos en él; sí para aprender y profundizar (con una preocupación futurista más que retrospectiva), pues la experiencia anterior es rica en enseñanzas.

El marxismo libertario de nuestro tiempo, que floreció en el mayo del 68 francés, supera tanto al marxismo como al anarquismo.

Decirse marxista libertario no es mirar atrás, sino poner un pie en el futuro. El marxista libertario no es un exégeta, es un militante; no ignora que le incumbe, ni más ni menos, la tarea de cambiar el mundo. La historia lo coloca frente a su destino; la hora de la revolución socialista ha sonado en todas partes; ha entrado —como el alunizaje— en el terreno de lo inmediato y lo posible. La definición precisa de las formas de una sociedad socialista ha dejado de pertenecer al terreno de la utopía. Los únicos que carecen de realismo son los que cierran los ojos ante estas evidencias.

[1] Este neologismo oscuro y espantoso salió de boca de un joven trotskista que todavía permanece en las concepciones leninistas de organización de 1901.

¿De acuerdo con cuáles líneas directrices se va a emprender y lograr finalmente la revolución que, como decía Babeuf, será la última?

El marxismo libertario, antes que nada, y antes de entrar en acción, aprecia la naturaleza exacta de las condiciones objetivas, trata de justipreciar de un vistazo las relaciones de fuerza características de cada circunstancia. El materialismo dialéctico e histórico, método elaborado por Karl Marx y de ningún modo envejecido, sigue siendo para los nuevos revolucionarios la más segura de las brújulas, una fuente inagotable de modelos y puntos de referencia. Con la condición, empero, que sea tratado a la manera del mismo Marx, es decir, sin dogmatismo y evitando todo rigor mecánico. Con la condición de que no se inventen eternamente, abrigándose bajo su ala falsos pretextos, razones pseudoobjetivas para excusarse de ir a fondo, para retroceder, para flaquear cada vez que se presente la ocasión revolucionaria.

Marxista libertario es aquel que rechaza el determinismo y el fatalismo, el que da mayor importancia a la voluntad individual, a la intuición, a la imaginación, a la rapidez de reflejos, al profundo instinto de las grandes masas más perspicaces en las horas de crisis que los razonamientos de las élites; *el* que cree en el efecto de la sorpresa y de la provocación, en la audacia; *el* que no se deja abrumar y paralizar por un pesado aparato bautizado de científico; *el* que no tergiversa ni embauca; *el* que se cuida del aventurerismo como del miedo a lo desconocido.

Marxista libertario es *aquel* que sabe bien cómo jugarse.

Marxista libertario es el que desprecia el tumulto impotente de la desorganización tanto como las cadenas burocráticas de la superorganización.

El marxista libertario, fiel en este punto a Marx y Bakunin a la vez, rechaza el fetichismo del partido único, monolítico y totalitario, del mismo modo que elude las trampas de un electoralismo fraudulento e inmovilizador.

El marxista libertario, por esencia, es internacionalista;

considera como un todo la lucha mundial de los explotados; pero no por ello tiene menos en cuenta la especificidad, las formas originales de socialismo en cada país. No concibe al internacionalismo proletario sino cuando deja de ser una impostura, es decir, cuando está animado de abajo hacia arriba, en un pie de igualdad absoluto, sin ninguna subordinación a tal o cual "hermano mayor" que se crea más poderoso y más astuto.

Marxista libertario es el que nunca sacrifica la lucha revolucionaria a los imperativos diplomáticos de los grandes imperios llamados socialistas y *el* que, como hacía el "Che", no duda en prescindir de ellos si sus aberrantes disputas fratricidas ponen en peligro de muerte la causa del socialismo universal.

Es marxista libertario quien, cuando llega la hora de la prueba de fuego revolucionaria, ataca a la vez el centro y la periferia, tanto en el plano político y administrativo como en el plano económico.

Quien sin miramientos por un lado, con todas sus energías, si es necesario por los medios de la lucha armada, le arregla las cuentas al Estado burgués y a toda la compleja maquinaria del poder, ya sea en el plano de la capital, las regiones, los departamentos o las comunas; quien nunca comete el error de descuidar, subestimar o abstenerse de desmantelar las ciudades de donde se dirige la resistencia enemiga, pretextando "apoliticismo".

Pero quien, en el mismo momento, por otra parte, ni más temprano ni más tarde, conjugando la lucha económica con la lucha política, se apodera de todas las posiciones patronales en el lugar de trabajo, y arranca a sus acaparadores los medios de producción para devolverlos a los únicos que verdaderamente tienen derecho a ellos: los trabajadores y técnicos autogestionarios.

Una vez victoriosa y plenamente cumplida esta revolución social, es marxista libertario no el que destruye al Estado para reconstituirlo inmediatamente bajo una nueva forma todavía más opresora que la antigua debido a la

colosal extensión de su competencia, sino el que desea la transmisión del poder a una confederación de confederaciones: la confederación de comunas, a su vez federadas por regiones, y la confederación de sindicatos obreros revolucionarios preexistentes a la revolución, o en su defecto, la confederación de los consejos obreros engendrados por la revolución, sin excluir la eventualidad de una simbiosis de estas dos últimas. Los delegados, elegidos por un corto período y no inmediatamente reelegibles son, en estas diversas instancias, controlables y revocables a cada instante.

El marxista libertario descarta todo desmenuzamiento particularista en pequeñas unidades, comunas o consejos obreros, y aspira a una coordinación federalista estrecha y libremente consentida a la vez. Rechazando la planificación burocrática y autoritaria, cree en la necesidad de una planificación coherente y democrática, impulsada de abajo hacia arriba.

El marxista libertario, porque pertenece a su tiempo, quiere arrancar de manos de sus nocivos acaparadores los "mass media", la energía atómica, la automación, la informática, para ponerlos al servicio de la liberación del hombre.

Los autoritarios inveterados o los escépticos sostienen que los imperativos de la tecnología contemporánea serían incompatibles con una sociedad marxista libertaria. A la inversa, el marxista libertario considera que da principio a una nueva revolución técnica orientada al mismo tiempo, esta vez, hacia una más alta productividad y a una menor duración del trabajo, hacia la descentralización, el descongestionamiento, la desburocratización, la desalienación, el retorno a la naturaleza. Al tiempo que quiebra la degradante mentalidad de la llamada sociedad de consumo se prepara para llevar el consumo al más alto nivel jamás alcanzado.

El marxista libertario opera esta transformación gigantesca en el menor desorden, sin lentitud ni precipitación.

Sabe que un simple toque de varita mágica no podría promover instantáneamente el cambio social más profundo de los últimos tiempos. No pierde de vista que se necesitará tiempo para formar un hombre socialista a partir del *hominido* deformado por milenios de opresión, oscurantismo y egoísmo. Admite las transiciones al mismo tiempo que se niega a eternizarlas.

Resulta así que pese a asignarse como objetivo último para alcanzar por etapas: la extinción de la competencia, la gratuidad de los servicios públicos y sociales, la desaparición de la moneda y la distribución de la abundancia según las necesidades de cada uno, apuntando a la asociación en la autogestión de los agricultores y artesanos, a la reorganización cooperativa del comercio, no suprime del día a la noche la competencia y las leyes del mercado, la remuneración según el trabajo cumplido, la pequeña propiedad campesina, artesanal y comercial.

No cree superflua la existencia temporaria de minorías activas más instruidas y más conscientes, cualquiera sea el nombre que éstas se den; minorías cuya contribución es inevitable para llevar a las retaguardias a la plena madurez socialista, pero que se mantienen listas para no estar en escena un día de más, para fundirse, tan rápido como sea posible, en la asociación igualitaria de los productores.

El marxista libertario no propone, como uno de los términos posibles de una alternativa, una opción "grupuscular". Las líneas directrices que acaban de ser enunciadas le parecen coincidir con el instinto de los obreros de clase elemental.

Fuera del marxismo libertario —una experiencia larga, ardua y dolorosa, hoy lo ha demostrado— no existe verdadero socialismo.

Junio de 1969.

APÉNDICE

16. LA NUEVA OLA

El "Informe nacional sobre la juventud" del Instituto Francés de la Opinión Pública (que *L'Express* publicó en 1957) es a la vez negativo y positivo, como la mayoría de las encuestas de este tipo. Negativo, porque las condiciones en que el sondeo se realizó merecen las más serias reservas; positivo, porque las menos dudosas de estas conclusiones nos aportan preciosas indicaciones acerca de la mentalidad y las aspiraciones de los "menores de treinta años".

Los encuestadores casi no hablan del método empleado; hay cosas oscuras. Para dar un ejemplo, planteé a la I.F.O.P. que quería saber si el porcentaje del 46 % de mujeres francesas sin profesión, de 16 a 30 años, había sido obtenido contando las mujeres pertenecientes a familias de agricultores, y nunca pude obtener una respuesta.

También habría mucho que decir en lo que concierne a los comentarios que siguen a los resultados de la encuesta; algunos son excesivamente sumarios, otros tendenciosos. Pero el principal defecto es la total falta de sentido "dialéctico". Omiten explicar las actitudes ambivalentes que en las respuestas revelan las contradicciones. No intentan llegar a la "síntesis" de estas contradicciones y por último no extraen de las distintas cartas recibidas los elementos de tal síntesis, y que se encuentran en gran parte en las mismas. Los jóvenes fueron más lúcidos que sus encuestadores.

"¿Es usted feliz?" es una de esas preguntas características a la que es imposible dar una respuesta válida. Los jóvenes lo han sentido muy bien, he aquí lo que responden:

"¿Si yo soy feliz? Pregunta mal hecha. Sí, soy feliz."

"No, no soy feliz."

"Creo que vivo en una falsa felicidad."

"¿Qué es la felicidad? Si es la ausencia de infelicidad, entonces soy feliz."

"No soy feliz. Tampoco soy infeliz."

Otra pregunta mal planteada es: "¿Le parece esencial la fidelidad en el amor?" Es tendenciosa, porque evoca una respuesta afirmativa conformista (dada en un 91 %); como las respuestas lo prueban, es demasiado vaga, pues hay fidelidades y fidelidades (un joven explica que los dos cónyuges pueden ser "fieles" y al mismo tiempo tener experiencias con otros compañeros, pero con la condición de no "engañarse" el uno al otro como en los vodeviles burgueses, y de tener al corriente al cónyuge); por último, la pregunta suscita reacciones ambivalentes que los comentadores no recalcan lo suficiente. Un joven "piensa que la fidelidad es la base esencial para un perfecto entendimiento", al tiempo que agrega con toda lealtad: "Pero es una noción a la que yo no podría adherirme." Otro: "¿La fidelidad? Es admirable, pero sobrehumano." Del contexto de otra respuesta surge que la fidelidad parece esencial al interesado, pero sólo en un caso particular: cuando hay amor propiamente dicho. Otro no concibe la fidelidad a no ser en el matrimonio. Otro la limita a los primeros años de la vida conyugal. Se ve que la actitud del 91 % que respondió "sí" es más bien matizada.

Y he aquí una serie de preguntas típicamente contradictorias y que suponen, además, resuelta la vieja controversia entre deterministas y partidarios del libre arbitrio: se pregunta, por una parte, a los jóvenes, si sienten que están totalmente a merced de los acontecimientos y, por otra parte, se les pregunta (sin relacionar la segunda pregunta con la primera) si creen poder remediar la injusticia. El resultado de esta trampa es que el 80 % declara renunciar a tener una influencia sobre los acontecimientos, mientras el 63 % cree poder remediar la injusticia. Un joven, en su respuesta, percibió muy claramente esta contradicción. Escribe: "Pienso que estadísticamente estamos a merced de poderes que superan enteramente nuestra capacidad de acción. Pero individualmente conservamos, sin embargo, el poder de modificar los acontecimientos ineluctables." Por

su parte, los encuestadores y comentadores, ante el esfuerzo de síntesis esbozado a tientas por este joven, prefirieron sustraerse.

Otro ejemplo de contradicción: se pregunta a los jóvenes, especificando, "en el plano material", lo que más les falta; y por otra parte, sin relación alguna entre las dos preguntas, si creen necesario tener un ideal para vivir. Comentando las respuestas a la primera pregunta, los encuestadores creen necesario reprender a la mayoría de los jóvenes por su "inmadurez", su "materialismo", su "egocentrismo", revelados por el hecho de que las privaciones de las que se quejan "conciernen principalmente a satisfacciones inmediatas y personales". Sin embargo, a la segunda pregunta, el 78 % de los jóvenes responde que creen necesario tener un ideal para vivir; y el 28 % de estos pretendidos egoístas, de estos "miopes", declaran con lucidez que Argelia es el problema nacional Nº 1, y solamente el 11 % piensa que la prioridad recae en el *standard* de vida.

De todas estas contradicciones, la más impactante y también la más punzante, concierne a la actitud de los jóvenes respecto al socialismo. Sienten muy bien, como lo escribe uno de ellos, que "el capitalismo está condenado". El 58 % tiene un sentimiento muy claro de la injusticia social. Pero sólo el 25 % aspira a un porvenir socialista. ¿Por qué este desfasaje, que es el drama esencial de nuestra época? Los jóvenes se encargan por sí mismos de explicárnoslo:

"Deseo el socialismo, pero no los burócratas y las purgas."

"Un futuro socialista no es de desear a causa de esa subordinación absoluta del individuo a una idea política y al Estado."

"Temo que ellos (los comunistas en el poder) vuelvan a cometer los mismos errores que en las democracias populares."

La síntesis que estos jóvenes no son capaces de encontrar por sí solos, pero que ya está latente en sus subconscientes, la síntesis que los encuestadores, por su parte, tienen cuidado en eludir, nos corresponde a nosotros sugerirla: como

lo dije un día en la tribuna de París (O.R.T.F.), consagrada al "Informe sobre la juventud", el socialismo está siempre vivo en el corazón de los jóvenes, pero para que los atraiga es necesario que rompa con los errores trágicos del *stalinismo*, que se les demuestre como libertario (el 77 % de los jóvenes incluye a la libertad entre las cosas que van bien en esta Francia donde tantas cosas van mal, y un joven escribe que "la juventud francesa es cada vez más anarquista").

En lo que concierne al sindicalismo, igual equívoco. Los encuestadores, sin revelarnos porcentajes ni darnos sus fuentes, sacan en conclusión, demasiado apresuradamente, que hay una "indiferencia muy grande respecto al sindicalismo". Pero las respuestas de estos jóvenes son mucho más matizadas: "Aquí el sindicalismo es camelo. El sindicalismo en sí es perfecto, siempre que parta de la base."

"Participaré en él cuando haya un solo sindicato."

La juventud de hoy, por lo tanto, ni rechaza el sindicalismo ni tampoco da la espalda al socialismo. Pero es bastante perspicaz como para poner como condición de su adhesión que el sindicalismo rehaga su unidad y se depure de toda burocracia.

Apartadas estas contradicciones, la encuesta aporta cierto número de elementos sólidos. Descubre una juventud por una parte conservadora y atrasada, y por otra, progresista y moderna.

Con una expresión indiscutiblemente feliz, lo que los encuestadores llaman el "capullo familiar", aprisiona todavía (la encuesta dice púdicamente: "protege") a los jóvenes franceses. Un gran número de ellos todavía vive en los domicilios de sus padres. ¿Qué hay de sorprendente en que el 76 % de ellos declare que su generación no es distinta a la de sus "viejos"? Comparada con la juventud alemana y la norteamericana, la juventud francesa de 1957 todavía era casera.

Por otra parte, el movimiento de emancipación de la mujer, que es quizá el acontecimiento más grande de nues-

tro siglo, no parecía haber tocado todavía profundamente a la mujer francesa. El 46 % de las jóvenes de 16 a 30 años —si los porcentajes han sido calculados correctamente— estaría sin profesión.

El 69 % de las mujeres no *entrevé* mejor perspectiva que consagrarse al hogar.

El 35 % (contra el 11 % de los hombres) tiene por preocupación prioritaria su porvenir familiar.

En lo que concierne a la libertad sexual, los encuestadores notan "importantes restricciones morales", sin apoyarlo en verdad con cifras. El aborto legal sería prácticamente reprobado por todas las categorías de individuos. La difusión de anticonceptivos sería deseada por las "capas más evolucionadas", pero "combatida por los otros grupos".

Por otra parte, la gran mayoría de los jóvenes (87 %) no experimentaba ningún deseo de expatriarse, lo que todavía era un síntoma de esa mentalidad casera que se recalcaba más arriba.

Por último, los encuestadores tienen razón en notar "una laguna importante de información y de conocimientos sociológicos elementales". Las juventudes de los otros países europeos a los dos lados de la "cortina de hierro" están más adelantadas a este respecto que las de nuestro país. Empero, nuestros jóvenes no son responsables de esta gran laguna. Los culpables son las potencias del dinero, que moldean nuestra opinión pública y proponen a la juventud francesa toda clase de diversiones, desde las más frívolas a las más malsanas, para impedirles tener una clara conciencia de la explotación fundamental del hombre por el hombre.

Sin embargo, nuestra juventud no es retrógrada. Pertenece a su tiempo y está orgullosa de él, a justo título.

La industria ejerce un atractivo considerable (37 %). El 53 % estima tener la suerte de vivir en la época actual:

"Me siento solidario con mi tiempo. Vivo con el progreso de mi época."

"Encuentro que tengo una suerte formidable en vivir en mi época."

"Pienso que durante mi vida veré derrumbarse esta civilización."

Independientemente de su forma capitalista, los simples beneficios del progreso son experimentados por la mayoría de los jóvenes. ¿Cómo se los podría acusar de acordar prioridad a la aspiración a las vacaciones (42 %) y al "medio de transporte personal" (39 %)?

¡Cuánta razón tienen también en ver en el amor el antídoto indispensable contra la amenaza de encasillamiento de las sociedades demasiado organizadas, demasiado planificadas, demasiado mecanizadas y también demasiado amenazadoras (debido al peligro de la guerra atómica)!

"El amor [...] es la única cosa, la última cosa en la que creo."

"Es casi el único lujo que uno se puede ofrecer."

"Permite evadirse de la realidad."

Lo que le falta a la juventud francesa de hoy (y esta laguna es perceptible en sus escritos más significativos, por ejemplo, las novelas de Françoise Sagan) es aprender a integrar el amor en un sentimiento más amplio, más universal, más militante: el de la camaradería, la fraternidad libertaria.

En conclusión, no hay que desesperar por nuestros jóvenes. Sólo hace falta comprenderlos mejor para orientarlos mejor y convencerlos de ponerse más completamente al servicio de la justicia social, de la que ya tenían, en 1957, tan clara conciencia.

ÍNDICE

1. Por qué marxista libertario 7
2. Hermanos gemelos; hermanos enemigos 10
3. Un proceso en rehabilitación 16
4. ¿Hay una crisis en el socialismo francés 20
5. Tres problemas de la revolución 21
6. Lenin o el socialismo desde arriba 36
7. El último combate de Lenin 63
8. La autogestión contemporánea 73
9. Sindicalismo y socialismo en Ghana 87
10. ¿Dónde va la revolución cubana? 99
11. La clase obrera checoslovaca en la resistencia y la lucha por el socialismo 118
12. Hacia una posición extraparlamentaria 127
13. Mayo de 1968 y el marxismo libertario 133
14. Mayo: una continuidad, una renovación 137
15. ¿Para qué un marxismo libertario? 143
16. *Apéndice.* La Nueva ola 148

Se terminó de imprimir el día
30 de junio de 1973 en los
talleres de AMÉRICALEE, S. R. L.,
Tucumán 353, Buenos Aires.
Esta edición consta de 3.500 ejemplares.

El marxista libertario es, por esencia, internacionalista; considera como un todo la lucha mundial de los explotados, pero no por ello tiene menos en cuenta la especificidad, las formas originales del socialismo en cada país. No concibe al internacionalismo proletario sino cuando deja de ser una impostura, es decir, cuando está animado de abajo hacia arriba, en un pie de igualdad absoluto, sin ninguna subordinación a tal o cual "hermano mayor" que se crea más poderoso y más astuto. Marxista libertario es el que nunca sacrifica la lucha revolucionaria a los imperativos diplomáticos de los grandes imperios llamados "socialistas" y el que, como hacía el "Ché", no duda en prescindir de ellos si sus aberrantes disputas fratricidas ponen en peligro de muerte la causa del socialismo universal.

Daniel Guérin